RICHIE HALVERSEN

TOCANDO FONDO

UN ADICTO, UN RESCATE,
UNA NUEVA VIDA

Tocando fondo

Un adicto, un rescate, una nueva vida

Richie Halversen

Asociación Casa Editora Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

Tabla de contenido

Tapa

Dedicatoria

Prefacio

1. El comienzo

2. Un espiral hacia abajo

3. La estafa

4. Una visita a la iglesia

5. Problemas en Kmart

6. Twin Falls

7. Vuelo de conexión

8. Boca abajo en un puente... y en mi matrimonio

9. Navidad solo

10. Gooding, Idaho

11. El crisol de la abstinencia

12. El circuito de cuerdas

13. El Día de la Familia

14. Da, y recibirás

15. La graduación

16. Reencuentros

17. La recuperación

18. El día del juicio

19. El momento de enmendar

20. Una nueva vida

21. El predicador

22. La oscuridad no prevalecerá

Tocando fondo

Un adicto, un rescate, una nueva vida.

Richie Halversen

Título del original: *Darkness will not overcome. One person´s struggle and recovery from opioids.*

Dirección: Natalia Jonas

Traducción: Natalia Jonas

Diseño de tapa y del interior: Giannina Osorio

Ilustración: Shutterstock

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición; e - Book

MMXXII

Es propiedad. © Pacific Press Publishing Association (2019). © ACES, 2022.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-712-6

Halversen, Richie

Tocando fondo: Un adicto, un rescate, una nueva vida / Richie Halversen / Dirigido por Natalia Jonas. - 1ª ed. - Florida: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: online

Traducción de: Natalia Jonas.

ISBN 978-987-798-712-6

1. Adicciones. I. Jonas, Natalia, dir. II. Título.

CDD 362.29092

Publicado el 30 de septiembre de 2022 por la Asociación Casa Editora Sudamericana (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Website: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total* o *parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Dedicatoria

A Dios: gracias por nunca darte por vencido conmigo.

A mi hermosa esposa, Brittney: gracias por permanecer comprometida conmigo.

A mis cuatro hijos: los amo más de lo que se imaginan.

A mis padres: gracias por el amor, las oraciones y el apoyo.

Y a mis hermanas: gracias por su fortaleza, valor y fe en Dios.

Prefacio

Dios tiene muchas maneras de transformar vidas. Esta historia se trata de cómo me transformó a mí. La comparto para darle esperanza a la gente. Dios nunca se da por vencido con nosotros.

Este libro puede dividirse en dos partes: mi problema y la solución de Dios. No comparto el problema para que la atención se concentre allí. En la recuperación, las personas utilizan el término "historias de guerra". Cuando las personas comienzan a contar "historias de guerra" en una reunión, un buen moderador los interrumpe y, con amabilidad (pero también firmeza), les recuerda: "Pasemos del problema a la solución". Enfocarse en el problema nunca ayudó a nadie; solo lastima. Comparto el problema no para contar una "historia de guerra", sino para ayudarte a ver hasta dónde me llevó mi adicción. Y, lo más importante, de qué me rescató Dios. Comparto todo: lo bueno, lo malo y lo horrible; y lo hago para dar esperanza. Si Dios pudo transformar mi vida, puede transformar la tuya, o la de alguien a quien amas.

Creo que la adicción es una de las mayores amenazas para nuestras comunidades y familias. Todos han sido afectados por ella. Puede ser que tú estés luchando contra ella, o alguien a quien conoces. Vivimos en una crisis de opioides. "Cada día, más de 130 personas mueren en los Estados Unidos por sobredosis de opioides".[1]

¿Qué sabemos sobre la crisis de opioides?

- Entre el 21 % y el 29 % de los pacientes a quienes se les receta opioides para el dolor crónico abusan de ellos.

- Entre el 8 % y el 12 % desarrollan un trastorno de uso de opioides.
- Entre el 4 % y el 6 % de quienes abusan de los opioides comienzan a usar heroína después.
- Cerca del 80 % de las personas que usan heroína primero abusaron de opioides que les fueron recetados.
- Las sobredosis por opioides aumentaron un 30 % entre julio de 2016 y septiembre de 2017 en 52 áreas en 45 estados de los Estados Unidos.
- La región del Medio Oeste de los Estados Unidos experimentó un aumento del 70 % en sobredosis por opioides entre julio de 2016 y septiembre de 2017.
- Las sobredosis por opioides en las grandes ciudades aumentaron un 54 % en 16 estados de los Estados Unidos.[2]

La buena noticia es que sigue habiendo esperanza. En este libro cuento la historia de cómo me desintoxiqué y cómo me he mantenido limpio. No podría haberlo logrado sin Dios, mi iglesia y un grupo de adictos en recuperación. No creo que mi camino sea el único camino: Jesús es el único camino. Sin embargo, la recuperación requiere un tratamiento. Si no se realizan cambios positivos, nada cambiará. La recuperación implica ser honesto con los demás y con uno mismo; especialmente con uno mismo. La recuperación no ocurre "por arte de magia" ni en un instante; requiere toda una vida de oración, paciencia y persistencia. La iglesia local ha sido un componente esencial en mi recuperación, pero pocas veces una iglesia puede manejar todas las situaciones que surgen durante el proceso de recuperación. La mayoría de las iglesias simplemente no está preparada para enfrentar los diferentes aspectos de la adicción. Sin embargo, espero que uno de los resultados de este libro sea abrir los ojos de la iglesia y de

las autoridades cívicas, y que las ayude a crear comunidades para la recuperación.

No hay ningún programa que haya ayudado a más personas con adicciones que los "Doce Pasos" de Alcohólicos Anónimos. A partir de Alcohólicos Anónimos (AA), han surgido muchos otros grupos de doce pasos: Narcóticos Anónimos, Comedores Compulsivos Anónimos, Celebrate Recovery y muchos más, que han ayudado a miles de adictos a desintoxicarse y permanecer limpios. Los programas de doce pasos promueven la honestidad, la seguridad, la autonomía y la responsabilidad que los adictos necesitan para recuperarse. Puedes abstenerte de sustancias, y aun así no recuperarte. El uso de drogas es solo un síntoma de un problema mucho mayor. La verdadera recuperación comienza con la abstinencia, pero no termina allí. El adicto debe trabajar en los pasos de un programa que lo llevará al corazón del problema.

En el libro de Joel, el profeta describe el azote de las langostas. Dice:

Cuéntenselo a sus hijos,
y que ellos se lo cuenten a los suyos,
y estos a la siguiente generación.
Lo que dejaron las langostas grandes
lo devoraron las langostas pequeñas;
lo que dejaron las langostas pequeñas
se lo comieron las larvas;
y lo que dejaron las larvas
se lo comieron las orugas (Joel 1:3, 4).[3]

Así como esta plaga no dejó nada y se devoró todo, lo mismo ocurre con la adicción. Toma y toma y toma, hasta que ya no

queda nada. Pero servimos a un Dios que puede restaurar lo que se han "comido las langostas". Yo no puedo, él puede; y creo que se lo voy a permitir.

Aquí hay algunos recursos a los que puedes recurrir si tú o alguien a quien amas está luchando con la adicción:

- Alcohólicos Anónimos: visita https://www.aa.org/pages/es_ES
- Narcóticos Anónimos: visita http://na.org.ar/2020/
- Celebrate Recovery: visita https://www.celebraterecovery.com/
- Instituto Nacional sobre el Abuso de Drogas de Estados Unidos: visita https://www.drugabuse.gov/es
- Instituto Nacional sobre el Abuso de Alcohol y Alcoholismo: visita https://www.drugabuse.gov/es

---

[1] "Opioid Overdose Crisis", National Institute on Drug Abuse, consultado en enero de 2019, https://www.drugabuse.gov/drugs-abuse/opioids/opioid-overdose-crisis.

[2] "Opioid Overdose Crisis".

[3] A menos que se especifique de otro modo, las citas bíblicas se han tomado de la versión Nueva Versión Internacional (NVI).

Capítulo 1

El comienzo

"¿Quieres ser un predicador como tu padre cuando crezcas?" La anciana olía a naftalina y caramelos de menta. La luz que entraba a través del vitral oscurecía el rostro de la mujer. Estaba en el lugar perfecto para que el contorno de su cabeza resplandeciera como un pequeño sol.

El sermón acababa de terminar. Mi padre se había ubicado en su lugar habitual después de predicar: de pie junto a la puerta, para saludar a las personas cuando salieran del templo. Ser el hijo de un pastor tiene desventajas, especialmente, que siempre se está expuesto. Parecía que la *apariencia* era más importante que la *persona*. Querían que fuéramos la familia modelo; no importaba si realmente lo éramos o no. La apariencia era todo lo que importaba; o al menos, así se sentía a veces. Luego de cada servicio teníamos que quedarnos cerca de mi padre, para recibir o responder a los diversos comentarios y preguntas que nos dirigían. Las personas tenían la tendencia a hacer las mismas preguntas; preguntas aburridas, que no buscaban una respuesta sincera: "¿Cómo va la escuela?", "¿En qué curso estás?", "¿Cómo estuvo el verano?"; y la más popular: "¿Quieres ser un predicador cuando crezcas?" No trataban a los demás niños así; solo a los hijos del pastor. Se suponía que debíamos ser hijos modelo, de familias modelo, a disposición para que todos nos miraran como a algún tipo de exhibición santa. Muy temprano me di cuenta de que muchas de las personas que me hacían preguntas no querían escuchar mis respuestas; en realidad, estaban buscando la respuesta que pensaban que yo les daría. Así

que, les daba las respuestas que pensé que esperaban. No todas las personas eran falsas. Como en todos lados, en la iglesia había algunas personas buenas y genuinas; y otras que tenían buenas intenciones, pero que no eran genuinas.

Ser hijo de pastor no era completamente negativo. De hecho, por años me encantó serlo. Me encantaba ser parte de algo que parecía más grande que yo. Era emocionante experimentar ese sentido de misión. Era una vida que, a veces, parecía que superaba la situación común de trabajar, comprar una casa, tener una familia... En la iglesia había muchas historias de éxito; historias de vidas que habían cambiado para bien.

La anciana me seguía mirando, con esa mirada que las ancianas suelen dirigir a los muchachos adolescentes; esa mirada que viene justo antes de que te pellizquen la mejilla. Yo tenía catorce años... Definitivamente ya era muy grande para que me pellizcaran la mejilla, pero sabía que ella pensaba en eso.

¿Quieres ser un predicador como tu padre cuando crezcas? Su pregunta hacía eco en mi mente. Mi respuesta hasta hacía un año hubiera sido un "sí" entusiasta, pero ahora se había convertido en un "no" enérgico. El hechizo de querer hacer lo mismo que mi padre se había disipado. Con los años y una perspectiva cada vez más cínica, llegué a resentir la pregunta. Quería ser yo mismo. No quería ser propiedad de Dios ni de la iglesia. Quería ser dueño de mí mismo. Quería hacer lo mío.

–No creo –dije con una sonrisita forzada.

–Bueno, es una lástima. Si te pareces aunque sea un poco a tu padre, sería un desperdicio.

Con eso, se alejó. El halo del vitral desapareció con ella. El olor a naftalina y pastillas de menta quedó atrás.

Sí, bueno... No, gracias, pensé, mientras plasmaba una sonrisa plástica al verla alejarse.

Traté de alejarme del grupo grande que se amontonaba cerca de donde estaba mi padre, y comencé a ir hacia la parte de atrás de la iglesia, donde podría desaparecer por una de las puertas laterales sin ser visto. Mis pies se movían tan rápido como podían sobre la alfombra color borgoña. Podía sentir los ojos del Jesús del vitral que me miraban mientras pasaba. Estaba cuidando de sus ovejas del vitral, pero yo estaba seguro de que también me estaba mirando a mí. Su expresión era una contradicción de amable indiferencia. Me acosaba. Era una mirada de preocupación, pero no la suficiente como para hacer algo al respecto. Para mí, era una mirada que decía: "Más vale que comiences a comportarte como se debe, Richie, y te unas al resto del rebaño". Pero yo no quería ser una oveja. Las ovejas son tontas. Las ovejas no son originales. Las ovejas parecían tan insignificantes... ¡Yo quería más!

Suspiré aliviado cuando llegué al pasillo oscuro al final de la iglesia. La incomodidad que me generaba la mirada del vitral se disipó. El cartel de salida me llamaba en la oscuridad y me invitaba a escapar. Esperaría a mi familia en el lugar habitual: bajo el enorme roble donde siempre estacionábamos nuestro auto. Ese era mi refugio después de la iglesia. Todo el último año me había escapado a ese lugar apenas terminaba el culto o cuando pensaba que había permanecido el tiempo suficiente como para que mis padres no me retaran al volver a casa. Cuando llegaba al roble, podía suspirar aliviado. Ya no sentía que debía actuar. Podía ser yo mismo y sentarme en el césped,

apoyado contra el tronco del árbol enorme, soñando despierto con cómo sería mi vida.

Capítulo 2

Un espiral hacia abajo

El sonido de un semirremolque que pasaba me despertó. Frené con todas las fuerzas que pude reunir. Parecía que el coche se estrellaba; el volante no funcionaba. ¿Por qué no giraba el vehículo? Hasta que, tras unos segundos de gritos de pánico, me di cuenta de que el coche no se movía. De repente, recordé que había parado en la cuneta. Exhausto, me había quedado dormido. Me pareció una eternidad, pero solo habían pasado unos minutos.

Había estado conduciendo todo el día y casi toda la noche, algo que se había convertido en una actividad frecuente para mí. Conducía a hospitales en los que nunca había estado; iba a ver a médicos que aún no había visto, aunque la lista rápidamente se me estaba acabando; conducía cada día más lejos que el día anterior, a veces, hasta trescientos kilómetros para una sola receta. Era un puñado de sustos. Hubo algunos días en los que tuve suerte, conseguí lo que buscaba en la primera parada, y pude dar por terminado el día. Pero la mayoría de los días eran como hoy: paraba en cuatro o cinco lugares diferentes antes de conseguir suficiente droga para descansar... al menos hasta la mañana siguiente. Mi adicción había aumentado, de forma silenciosa y persistente. Pasó, aparentemente de la noche a la mañana, de ser un entretenimiento divertido a un trabajo a tiempo completo. Se había convertido en un capataz implacable que golpeaba su látigo y me acosaba constantemente para conseguir más.

La noche era húmeda y fría, y mi auto estaba insoportablemente sofocante. Arranqué el vehículo para poner en marcha el aire acondicionado, mientras miraba por el espejo retrovisor. Estaba constantemente paranoico. No sé en qué estaba pensando cuando me detuve en la banquina de esa manera. ¿Qué habría pasado si un agente de policía se detenía y yo respondía mal a sus preguntas; o peor aún, si decidía registrar mi coche?

Palpé mis bolsillos con el pánico habitual. La forma tranquilizadora de un frasco de pastillas alivió un poco la ansiedad. Darvocet. ¡Cómo odiaba el Darvocet! Era mejor que nada, pero no mucho. No podía pedir la droga que quería. Si lo hacía, aparecía un cartel de neón intermitente sobre mi cabeza: "drogadicto", "adicto", "buscador de drogas". No, tenía que fingir que no conocía la diferencia entre la hidrocodona y la aspirina, aunque los adictos probablemente saben tanto o más que el farmacéutico local.

A veces, la desesperación era tal que bajaban la guardia y te despachaban con una receta de Tramadol o Darvocet, el tipo de analgésico que te dan cuando quieren deshacerse de ti, cuando sospechan del consumo de drogas pero no están tan seguros como para no darte nada. Creo que hubo momentos en que los médicos se apiadaron de mí. Se daban cuenta de la farsa desde el principio. Solo querían deshacerse de mí. O tal vez ellos mismos eran adictos, y veían la desesperación en mis ojos y se sentían identificados, por lo que me ayudaban un poco. Eso era poco frecuente. Estaban demasiado ocupados buscando formas y medios para conseguir su propia droga.

Puse el auto en marcha y me dirigí a casa. Faltaban pocas horas para el amanecer. Esperaba poder llegar a casa antes de que mi

esposa se despertara, antes de que se diera cuenta de que había estado fuera toda la noche. Eso no sería bueno. Nuestra relación ya tenía problemas. Las discusiones aumentaban cada día. La confianza se estaba erosionando... como mi cordura.

Con la esperanza de ganar algunos puntos, hacía poco había asistido a la iglesia con ella y los niños. No me molestaba tanto la iglesia. Nunca me había costado creer en la existencia de Dios, ni siquiera cuando mi vida estaba arruinada. De hecho, la adicción no había hecho más que confirmar mi convicción de que somos criaturas espirituales. Estamos hechos para adorar: si no adoramos a Dios, adoraremos a otra cosa. Mi consumo se había convertido en mi adoración.

Con cada estímulo intentaba tomar un atajo hacia el cielo, esperando esos días sin dolor, inclinándome ante el altar de un pico de endorfinas, yendo de un estímulo a otro, intentando encapsular un sentimiento, una libertad, una paz, y extendiéndolo hasta la eternidad. ¿Qué es eso, sino adoración? Todo lo que hacemos parece tener esto de fondo. No importa lo que sea. La adicción a las drogas, el alcoholismo, la adicción al trabajo, el materialismo, tener el último auto, llegar al peso deseado, sentir un estímulo más: todos, intentos desesperados por aferrarse a algo que siempre está fuera del alcance; una búsqueda de alguien o algo que pueda hacer que el dolor desaparezca.

El problema era que cuanto más alto empezaba a llegar, más estrepitosamente empezaba a caer. Cuanto más me acercaba al cielo, más se parecía mi vida al infierno. Cuanto más intentaba recomponer mis piezas, más roto estaba. Esa es la desventaja de ser un adicto: al final, siempre tienes que volver a caer. Lo mismo que usas para volver a estar completo es lo que está

absorbiendo secretamente tu alma, llevándose otro pedazo de ti cada vez, hasta que no queda nada que llevarse.

Me pasé la lengua por la cavidad vacía de la boca, donde antes había un diente. La cosa estaba llegando a tal extremo que estaba renunciando a mis dientes. Unos días antes me habían extraído uno a cambio de unas pastillas. Había ido a un dentista de Kentucky y le había contado la historia habitual del dolor de muelas. Me había convertido en un experto en exhibir todos los síntomas clásicos de una muela con absceso, y mejoraba cada vez más lo que debía y no debía decir. Pero este hombre se dio cuenta desde el principio. Nada de: "Aquí tienes un antibiótico y un analgésico. Vuelve en unos días"; por supuesto, nunca volvería. Lo único que hacía era insistir en la extracción de la muela.

–Si duele, podemos sacarla –dijo claramente.

¿Con qué clase de dentista de pueblo me había topado?

–¿No hay otra cosa que podamos hacer? Prefiero no hacerlo.

–No –me interrumpió cortante–. Esta es tu única opción.

–¿Y un tratamiento de conducto? –pregunté, dándome cuenta por un segundo de lo ridículo que estaba siendo. Sabes que estás mal cuando pides un tratamiento de conducto.

–No hago tratamientos de conducto –dijo.

A veces uno obtiene una victoria, y a veces fracasa. Tenía la sensación de que esto era un fracaso.

–Sacaré la muela. Te daré algunos analgésicos y estarás bien.

Eso es todo lo que tuvo que decir para que me despidiera de mi diente. Este dentista había hecho un espacio en el horario al final de su jornada para atenderme. Ya había ido a dos médicos antes de él y no había conseguido nada. Mi puerta se cerraba rápidamente. *Es solo una muela,* pensé. *Puedo conseguir un implante o un puente más adelante.* Esto es lo que hace la adicción, provoca lapsos temporales de falta de cordura. ¿Sacarme una muela por una docena de pastillas que me gastaría en unas horas?

–Bien, adelante. Sáquelo –dije.

Mientras conducía de vuelta a casa, lamiendo la cavidad vacía en mi boca, la realidad me golpeó. *Qué idiota. ¿Todo eso por Darvocet? ¡Odio el Darvocet!*

Tenía que haber una forma más fácil que esta. *Perder los dientes, ¿en serio?* Solo tenía un número limitado de dientes. Saltaba de médico en médico, de sala de urgencias en sala de urgencias; tenía tantas facturas médicas que mis facturas tenían facturas. No había forma de que pudiera salir de la deuda que había generado en los últimos años. Además, mis niveles de tolerancia estaban llegando al punto en que no había suficientes horas en el día para conseguir la cantidad de recetas que necesitaba solo para sobrevivir. Tenía que pensar en otra cosa.

Una idea seguía viniendo a mi mente. Hasta ese momento, la expulsaba con la misma rapidez con la que entraba, pero estaba llegando al punto en el que tenía que considerarla. ¿Cuántas veces había escuchado a los médicos pedir una receta? ¿Cuántas veces había estudiado el papelito antes de llevarlo a la farmacia? ¿Qué tan difícil podía ser pedir mis propias recetas? Es decir, ponían el número de la DEA justo en el papel.

Lo ensayé en mi mente: *Hola, soy el doctor ____ . Tengo una receta para informar. El nombre del paciente es Richie Halversen, Lortab diez, tomar cada cuatro a seis horas, p.r.n., el número de la DEA es...* Al final, ¿qué tan difícil era eso?

Cuanto más lo pensaba y lo ensayaba, más me convencía de que podía hacerlo. Claro, en el fondo, sabía que probablemente me atraparían. Pero no me importaba. Con la adicción, te vuelves tan bueno mintiendo que empiezas a creerte tus propias mentiras. Las mentiras son más fáciles que la verdad. De repente, te encuentras en lugares a los que juraste que nunca irías, haciendo cosas que juraste que nunca harías. Es más fácil creer en una mentira que admitir la verdad. Recuerdo todas las promesas que hice mientras crecía. "Nunca haré eso..." Estaba rompiendo cada una de esas promesas.

Justo uno de esos días rompí una. Juré que nunca sería una de "esas personas" que piden dinero. Al crecer en la ciudad turística de Nashville, estaba acostumbrado a que los mendigos se acercaran a pedirme dinero. Había oído todas las historias, y variaciones, que había. Había prometido que nunca sería una de "esas personas". Pero me había quedado sin dinero. Y cuando hay droga de por medio, no hay nada que hacer.

Mis dos hijos estaban conmigo. Kaleb tenía cuatro años; Hayley, uno. Esperaba que mis hijos validaran mi historia o al menos hicieran que alguien se compadeciera de mí. La adicción convierte a todos en un medio para drogarse. Nada es sagrado, excepto drogarse.

Entré en un pequeño restaurante y conté una de las historias que juré que nunca contaría.

–Me he quedado sin gasolina. Necesito llevar a mis hijos a casa.

Me encontré con una sospecha inmediata. Supongo que no fui tan convincente como creía.

El tipo me miró con expresión triste y dijo:

–Lo siento, señor, aquí no regalamos dinero. Esto es un restaurante. Si necesita algo de comida, podemos ayudarlo a usted y a sus hijos con eso.

–No necesitamos comida. Solo algo de gasolina para llegar a casa. Por favor, solo unos pocos dólares –le rogué mientras señalaba a mis dos hijos para tratar de doblegar la determinación de este hombre.

–Lo siento, amigo –dijo.

Salí del restaurante con una gran vergüenza, y una adicción más grande aún. Estaba caminando hacia mi auto cuando escuché a alguien gritar detrás de mí.

–Oye, amigo –dijo el hombre del restaurante–, te estoy dando esto por tus hijos. No sé si lo que dices es cierto o no. Espero que lo sea, pero si no lo es, depende de ti, no de mí.

Me dio un billete de veinte dólares.

–Si no estás diciendo la verdad, busca ayuda. No pongas a tus hijos en esta situación.

–Le prometo que es la verdad.

Mentira.

–Muchas gracias. Realmente aprecio esto. Le prometo que se lo devolveré –le dije mientras seguía mirándome con cara de

lástima.

–Eso estaría bien –dijo.

–Lo haré.

–Buena suerte, amigo –dijo mientras se daba la vuelta.

Había jurado que nunca pediría dinero, por muy mal que se pusiera la cosa. Pero la mendicidad, la estafa y la manipulación solo empeorarían, haciéndose más comunes y más desesperadas. Una vez que se le dice que sí a una mentira, resulta cada vez más fácil decir que sí a otras mentiras. Te vas hundiendo hasta llegar a un punto en el que nada queda fuera de los límites. Empiezas a convertirte en alguien totalmente distinto; alguien que apenas reconocerías si realmente te tomaras el tiempo de mirarte en el espejo. Cada día me acostumbraba más a mi nuevo yo. El antiguo Richie se estaba convirtiendo en un extraño que no conocía.

Antes de hacer algo ilegal, empiezas a vender tus posesiones una por una. Tus CDs favoritos, los DVDs de tu hijo, el reloj que te regaló tu abuelo o ese anillo que llevas desde que dijiste: "Sí, acepto". De repente, las cosas no son tan importantes como antes; al menos, no tanto como drogarse. Había pasado de sacar dinero de la billetera de un familiar a pedirlo prestado "por última vez", y ahora a mendigarlo, a hacer promesas de devolverlo sin intención de devolver nada. "Si tan solo pudiera conseguir suficiente dinero. Si tan solo pudiera conseguir determinada cantidad de pastillas. Si tan solo..." es el himno del adicto. Sigues persiguiendo ese primer éxtasis, pero nunca lo encuentras. Así que, continúas en la búsqueda, mintiendo para conseguirlo. Nada es tan importante como la inconsciencia momentánea de drogarse. Cada detalle en el altar de mi adicción había sido meticulosamente planeado y probado: cómo

sacarle el máximo partido a mi dinero y cómo conseguir el mejor efecto de las drogas, masticando las pastillas con el estómago vacío. Había masticado muchas pastillas, lo que significaba muchos estómagos vacíos. Había perdido mucho peso. Como si fuera una señal, mi estómago gruñó de hambre.

El sol estaba saliendo por el este, con los tonos púrpura y naranja de un nuevo día. No había forma de llegar a casa antes de que mi esposa se levantara. ¡Caramba! Estaba perdido. Ella me vería y se daría cuenta de lo que pasaba. Esa mañana habría gritos. Empecé a pensar en una historia. Mis historias eran cada vez más ridículas. Pero no me importaba, todo quedaba en segundo plano ante el único y verdadero amor de mi vida: drogarme.

El pequeño alivio de mi siesta al lado de la ruta ya estaba desapareciendo. No tendría mucho tiempo antes de tener que empezar todo este proceso nuevamente. Así era cada día. Nunca había descanso. Algo tenía que ceder. Y como la adicción no cede ante nadie, sería yo quien lo diera todo. Esta semana probaría mi nueva idea. Probaría mi nueva estafa.

Darvocet. Increíble. Odio el Darvocet.

Capitulo 3

La estafa

Me presenté en la farmacia temprano, porque no tenía otra cosa que hacer; temprano, porque era lo único en lo que podía pensar; temprano, porque no tenía otro sitio al que ir. La gente entraba y salía de la farmacia. Era un día común y corriente para la mayoría de las personas. Era inquietante pensar que ese era un día común y corriente para mí.

Pedir mis propias recetas se había convertido en una forma fácil de adquirir mi droga preferida. Para mi desgracia, se me daba bien. La primera vez que lo intenté, lo logré. Lo mejor hubiese sido que no sucediera porque, desde entonces, había quedado atrapado. Muchas veces había ido al médico y había fingido una lesión de espalda, con la ausencia de mi diente todavía fresca en mi mente. Pero esto era mucho más fácil. Escuchar tantas prescripciones finalmente estaba dando sus frutos. Ojalá hubiera probado esto mucho antes...

Recuerdo la primera vez que lo probé. Cuando me fui, me sentí increíblemente eufórico, incluso antes de consumir la droga. Pronto me convertí en adicto tanto al estímulo de la adrenalina de conseguir las drogas como al estímulo opiáceo de consumirlas.

Sin embargo, el aumento de la disponibilidad lleva a un aumento del consumo. Estaba consumiendo demasiado. Lo sabía. Pero no podía dejarlo.

Me di un discurso animador, asegurándome de ensayar lo que debía decir.

Esta farmacia era como todas las demás. Miré a mi alrededor con la mayor despreocupación posible, tratando de captar cualquier indicio de que algo anduviera mal. Sentí miradas que no existían.

–Tengo que retirar una receta –le dije a la mujer de la ventanilla.

–¿Bajo qué nombre? –preguntó ella.

Evalué e inspeccioné cada una de las inflexiones, el tono y los gestos en busca del más mínimo indicio de sospecha.

¿Qué nombre había dado esta vez? Había utilizado muchos nombres diferentes en los últimos dos años. Los ojos de la auxiliar de farmacia parecían quemarme el alma. Me sentí fileteado, abierto, expuesto.

–David Johnson –le dije.

–Un momento –respondió mientras se dirigía a la computadora.

Había dejado de usar mi nombre verdadero, por razones obvias. Si buscaban mis datos, si sospechaban, lo tenían todo: dirección, nombre, número de teléfono. En cualquier momento el comisario estaría golpeando a mi puerta. Así que, empecé a utilizar una identidad diferente cada vez, lo cual planteaba su propio conjunto de problemas; por ejemplo, que me pidieran una identificación. Esto había sucedido varias veces, a lo que tenía que responder con un inocente: "Me la olvidé en el auto", solo para salir de la tienda, subirme al auto y arrancar.

Los segundos pasaron con una lentitud agonizante mientras la señora tecleaba en la computadora.

–¿Alguna vez le han hecho una receta aquí?

–Creo que no –dije con aire de inocencia, como si dijera: "Nunca me dan recetas". (Esta era la segunda receta de ese día.)

–Voy a necesitar algunos datos.

Me pidió mi dirección, mi fecha de nacimiento y mis alergias.

¿Sería este el momento en que me atraparían? Al final, uno se da cuenta de que lo van a descubrir en algún momento. No se trata de si lo van a hacer, sino de cuándo. Lo triste es que había llegado a un punto en el que no me importaba.

Había pasado de pensar en los días siguientes a pensar solo en los estímulos siguientes. Si podía conseguir el siguiente estímulo, me preocuparía de que no me descubrieran –y de abandonar la adicción– después. Todo gira en torno al siguiente estímulo. Todo lo demás es borroso; todo lo demás queda en el olvido.

La señora dejó la computadora para ir a la vuelta de la esquina. ¿Cuál sería el veredicto? ¿Regresaría con el farmacéutico, amenazando con un arresto, o volvería con un frasco de pastillas?

Sentía como si mi alma sudara, como si cada poro de mi cuerpo pronunciara la palabra *culpable.* Una de las cosas más difíciles de esta parte de la estafa es actuar como si no te importara, cuando en realidad es lo único que te importa; es mostrar una despreocupación intencionada y organizada, cuando por dentro te sientes de todo, menos despreocupado.

Volvió a girar por la esquina.

–Sr. Johnson, tenemos su receta lista.

Utilizó un tono de voz ordinario, completamente ajeno al drama que acababa de reproducir en mi mente.

–¿Necesita hacerle alguna pregunta al farmacéutico sobre la medicación? –preguntó.

–Creo que no.

Lo irónico fue cuando el farmacéutico se acercó y me dio las indicaciones que el médico le había dado para que me diera, que en realidad eran las que yo había dado: todo formaba parte de la estafa. El truco consistía en los detalles. Cuantos más detalles, más real parece.

Pagué la receta y les di las gracias. Eufórico, salí de la tienda. Con decidida despreocupación, me paseé por el estacionamiento, listo para que el equipo SWAT se dejara caer por el techo; listo para que el comisario se detuviera frente a la tienda; listo para que algo me sorprendiera en el acto. Pero no pasó nada.

El círculo vicioso de la dependencia química. Usamos las drogas para escapar de la realidad, de la realidad del dolor o del aburrimiento. El problema es que no solo escapas de lo que quieres; también escapas de las cosas que no quieres escapar, como Dios, la familia, el trabajo y la responsabilidad. En poco tiempo, esa huida empieza a acumular una lista de consecuencias: la pérdida de trabajo, los problemas matrimoniales, la desprotección de los hijos. Estar rodeado de las consecuencias de "la huida" –abrumado por la culpa, la vergüenza y el arrepentimiento– crea aún más deseo de escapar. Así, tu solución y tu problema son la misma cosa. El "círculo vicioso" continúa. La realidad es el problema, tú eres el problema. Desgraciadamente, no importa lo que hagas, sigues sin cambiar. Al día siguiente, a esta misma hora, habría terminado

este frasco de pastillas. Después de este éxtasis estaría más deshecho, vacío y roto de lo que estaba ahora. Lo sabía, pero no podía parar. No importaba lo que hiciera: seguía sin cambiar. Tenía que permanecer en mi propia prisión por un tiempo más, para continuar en el espiral descendente hacia el olvido.

Salí del estacionamiento, me metí diez pastillas en la boca y comencé a masticarlas. La amargura calcárea se había vuelto dulce para mí. Era amargo en la boca pero dulce en mi mente, porque sabía que el adormecimiento estaba llegando.

Capítulo 4

Una visita a la iglesia

Un día me vi obligado a ir a la iglesia, un lugar que intentaba evitar. Pero ese día llegué tarde y me fui temprano. Mi esposa me miró de reojo durante todo el servicio, indudablemente con la esperanza de que volviera a nacer, de que una frase del sermón, una nota de un himno o una palabra de una oración pudieran llegar a mí. No solo el adicto vive una vida con altibajos; los que aman al adicto también la viven. Justo cuando empiezan a esperar, contra toda esperanza, que el adicto esté cambiando –o quizá, solo quizá, mejorando un poco– algo sucede para estrellar esa esperanza contra el acantilado de la realidad.

El llamado del pastor se hizo eterno. Sentí como si mil ojos del cielo y de la Tierra me observaran como si yo fuera un espectáculo, una especie de exhibición. Sentí como si el pastor me hablara, como si estuviera orando con un ojo abierto apuntando hacia mí. No pude soportarlo más, así que, me levanté silenciosamente del banco y me dirigí hacia la puerta trasera. Definitivamente, no quería hablar con nadie. Había ido a la iglesia. Me había presentado. Eso debería ser suficiente. Eso debería satisfacer a mi esposa al menos por un tiempo.

Mientras salía de la iglesia y me dirigía al estacionamiento para llegar a mi auto, escuché que alguien detrás de mí gritaba mi nombre. Era mi profesor de secundaria, el Sr. Cornell. Nunca se me dieron bien la química, las matemáticas o las ciencias, las clases que él impartía. Pero allí estaba él, persiguiéndome. Era uno de esos profesores que veían algo en sus alumnos que ellos mismos no podían ver.

–Oye, Richie, ¿tienes un segundo?

No, no tenía un segundo. No, no quería hablar. No tenía el más mínimo deseo de escuchar su charla motivacional, el dato inspirador que me preparaba para soportar.

–De acuerdo.

Mi falta de interés era evidente. Él llevaba puesto uno de los abrigos deportivos que había confeccionado. ¿Había algo que este hombre no pudiera hacer?

–No estoy seguro de lo que está sucediendo en este momento, Richie, pero Dios me impresionó a decirte algo –dijo mientras yo hacía todo lo posible por tratar de producir lo más parecido a una sonrisa auténtica.

–Genial –una mentira obvia que Cornell descifró.

–Richie, sé que no estás bien. Me doy cuenta. Solo quería que supieras que he estado orando por ti. Me gustaría hacer una breve oración contigo ahora mismo. ¿Te parece bien? –preguntó, sin importarle mi respuesta.

–Realmente me tengo que ir...

–Será rápido –dijo, poniendo su brazo alrededor de mi hombro y orando antes de que tuviera la oportunidad de objetar.

No recuerdo mucho la oración. Tenía otras cosas en la cabeza. Pero por un momento mi mente se dirigió a la escena de la Biblia, en la Última Cena, cuando Jesús dice: "Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido zarandearlos a ustedes como si fueran trigo. Pero yo he orado por ti, para que no falle tu fe. Y tú, cuando te hayas vuelto a mí, fortalece a tus hermanos" (Luc.

22:31, 32). Jesús oró por Pedro aunque sabía que lo iba a negar. Jesús eligió a Judas como discípulo aunque sabía que lo iba a traicionar. Así debió sentirse Judas, de pie en un círculo, tomado de la mano de los otros discípulos, mientras Jesús oraba durante lo que parecía una eternidad, sabiendo muy bien lo que iba a hacer; sabiendo muy bien que no tenía intención de cambiar de opinión. Tal vez esto es lo que quiso decir la Biblia cuando afirmó: "Entonces entró Satanás en Judas, uno de los doce, al que llamaban Iscariote" (Luc. 22:3). Me preguntaba si Judas no podía parar aunque quisiera, como me sucedía a mí. Tal vez amaba el sonido de la plata tintineando en su bolsillo como yo amaba el sonido de las pastillas tintineando en el mío. Jesús se preocupaba más por Pedro, Judas y todos los discípulos de lo que ellos se preocupaban por sí mismos. Vi ese mismo cuidado hecho carne y hueso mientras el Sr. Cornell oraba conmigo aquel día. Él se preocupaba más que yo. "Pero yo he orado por ti, para que no falle tu fe. Y tú, cuando te hayas vuelto a mí, fortalece a tus hermanos".

Él dijo: "Amén", y yo me apresuré a decir: "Adiós".

Recuerdo que mientras salía del estacionamiento de la iglesia vi al Sr. Cornell en mi espejo retrovisor observando cómo me alejaba. Tenía una expresión triste, de derrota; una de las muchas razones por las que yo evitaba ir a la iglesia. Tenía cosas más importantes que hacer. No había espacio en mi vida para otra cosa que no fuera drogarme.

Capítulo 5

Problemas en Kmart

Un toque de nostalgia me golpeó al entrar en el Kmart. Las luces fluorescentes y los olores a plástico me transportaron a una época en la que, de niño, me dirigía directamente a la sección de juguetes. Esta vez me dirigía a la farmacia.

Había pedido una receta. Había pasado por allí antes, pero me dijeron que no estaba lista y que volviera en unos treinta minutos. Me senté en el auto, mirando el reloj en el tablero a cada minuto. Apenas pasaron los treinta minutos, me levanté y salí del auto.

Debería haber visto las señales. Si miro hacia atrás, eran evidentes: la disposición excesivamente feliz del farmacéutico, los susurros y las miradas detrás del mostrador, los autos de la policía ubicados aleatoriamente en el estacionamiento. La visión estrecha me había cegado, y no sería la última vez. Algo no estaba bien. De alguna manera, muy en el fondo, lo supe mientras volvía a atravesar la tienda, pasando por la sección de juguetes, hasta llegar a la farmacia.

–¿Ya está lista mi receta? –le pregunté al farmacéutico que me había dicho que volviera.

–Ya está casi lista –me dijo. Inmediatamente me di cuenta de que me habían atrapado.

–Gracias.

Me di la vuelta con toda la calma que pude y comencé a dirigirme hacia la entrada.

Antes de estar lo suficientemente cerca como para que las puertas automáticas notaran mi presencia y se abrieran, tres autos de policía con las luces encendidas -los que había visto dispersos "aleatoriamente" en el estacionamiento- se detuvieron frente a la puerta. No tenía sentido correr. Los policías salieron de sus vehículos antes de que pudiera darme la vuelta.

–Señor, quédese donde está. ¿Es usted Richard Halversen? –preguntaron mientras se acercaban rápidamente a mí. No pude decir nada. Me quedé sin palabras.

–Dese la vuelta.

Me esposaron y luego me escoltaron en la dirección por la que había venido, hacia la farmacia. Las madres sujetaban a sus hijos contra ellas. Los padres me miraban como si yo fuera el mayor problema del mundo. Los niños me miraban como si fuera la cosa más aterradora que jamás hubieran visto. Parecía que todas las personas del mundo estaban en ese Kmart –observándome, embobadas– mientras la policía me llevaba a la farmacia. Ya es bastante malo ser arrestado, pero en Kmart se sentía aún peor. Esto era malo.

–¿Es él? –le preguntaron al farmacéutico y al empleado detrás del mostrador.

–Sí –fue la respuesta.

Las expresiones detrás del mostrador siempre se dividen en dos categorías: una expresión de lástima o una expresión de alegre satisfacción porque hay un adicto más fuera de las calles.

Los policías me hicieron dar la vuelta y me acompañaron de vuelta a la parte delantera de Kmart, donde estaban estacionados sus vehículos.

–Cuidado con la cabeza –dijo el que me llevaba mientras me empujaba hacia abajo y me metía en la parte trasera de su patrullero.

Se acercó a los otros policías y les dijo algo. No pude escuchar lo que dijeron, pero sí sus risas, y cuando se dio la vuelta, estaba sonriendo. Entró en el auto, apagó las luces y me miró por el espejo retrovisor. Llamó por radio a la central mientras salía del estacionamiento de Kmart. De repente, caí en la realidad de mi situación.

–¿Qué va a pasar ahora? –pregunté, temiendo lo que estaba a punto de oír.

–Te llevaremos al cuartel y te procesaremos.

–¿Qué significa eso?

–Significa que te tomaremos las huellas dactilares. Redactaremos un informe. Te pondremos en una celda hasta que te vea el juez. Entonces el juez fijará el monto de la fianza –dijo, impasible.

–¿Cuándo ocurre eso? –le pregunté.

–¿Cuándo ocurre qué?

–¿Cuánto tiempo tarda el juez en fijar la fianza?

–Depende. Pero normalmente unas pocas horas.

El resto del trayecto hasta la comisaría del condado de Davidson, en Nashville, fue relativamente tranquilo. Cuando nos acercamos a la comisaría, el agente de policía, al notar mi aprensión, me dirigió unas palabras de ánimo.

–Tienes que buscar ayuda –me dijo.

–Sí, tiene razón –respondí, esperando que tal vez mi actitud dócil me hiciera ganar puntos con el oficial de policía; como si fuera a detenerse, abrirme la puerta y decir: "Bueno, parece que has aprendido la lección. Anda, vete de aquí, jovencito".

–No tienes que vivir así. He visto a mucha gente terminar muy mal por esto. En el mejor de los casos, acabas en la cárcel; en el peor, acabas muerto. No es forma de vivir. ¿Tienes hijos?

–Dos.

–Hazlo por ellos, hombre. Necesitan a su padre.

–Sí.

Este oficial era relativamente agradable. En los meses y años siguientes, me relacionaría con muchos que no lo eran. Algunos policías se desquitaban con sus detenidos. Te trataban como si fueras un animal. Tal vez eso se debía a que empezabas a parecer y actuar más como un animal que como un ser humano. Sin embargo, como este oficial, algunos veían a la persona que había detrás de la enfermedad. Veían su carrera como su vocación. No solo querían arrestar personas; querían ayudar a evitar que la gente tuviera que ser arrestada. Este agente de policía, el oficial James, era así. En lugar de mirarme como si fuera un pedazo de chatarra sin valor, reconoció la humanidad que había en mi interior.

Paramos frente a un garaje. Pulsó el portero automático. Segundos después, la puerta empezó a subir. Cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, sentí que una parte de mi vida también se había cerrado. Acababa de entrar en un nuevo abismo en mi vida. Me había convertido en una de "esas personas" en las que había jurado no convertirme nunca.

El oficial James me ayudó a salir del patrullero. Es difícil levantarse o sentarse cuando tienes las manos esposadas a la espalda. Abrió las esposas y me las quitó. Ya no eran necesarias: estaba asegurado, encerrado.

Un guardia se acercó al oficial James. Le entregó un formulario. El oficial James lo firmó. Luego el guardia me tomó del brazo y me llevó a las escaleras.

–Buena suerte –dijo el oficial James mientras me veía subir la escalera. Había llegado el día del juicio. Toda mi actividad ilegal parecía haber estado preparándose para este momento.

–Gracias.

No necesitaba suerte. Necesitaba ayuda, una ayuda desesperada.

Me llevaron a una sala donde me fotografiaron y me tomaron las huellas dactilares. Hay una primera vez para todo. Me hicieron lavar las manos y luego me dieron una loción. Al parecer, ayuda con el proceso de la toma de huellas dactilares. El olor de la loción invadió mis fosas nasales como si se tratara de una dulce corrupción. Nunca olvidaré ese olor. Ese recuerdo se asociaría para siempre a mi caída, a esta sala fría y fluorescente en la que me sentí completamente vacío y roto.

De allí me llevaron a ver al juez. Entré en una habitación pequeña. El juez estaba sentado detrás de un grueso cristal. Me leyó mis cargos.

–Sr. Halversen, se lo acusa de fraude de prescripción. Es un delito de clase D que puede acarrear de dos a doce años de prisión estatal, dependiendo de su historial delictivo. ¿Entiende?

–Sí.

¿De dos a doce años? La inquietud se convirtió en pánico. *Se acabó. Estoy arruinado para siempre. Me van a encerrar y a tirar la llave.*

–No tiene antecedentes penales, por lo que debería poder optar por el programa de desviación previa al juicio, que le permitirá salir en libertad sin que se fije una fianza. Aquí está la fecha de su juicio. Preséntese, Sr. Halversen.

Un alivio instantáneo me invadió, haciéndome olvidar brevemente que había empezado a retirarme. Miró más atrás, hacia el guardia que estaba detrás de mí. El guardia me tomó del brazo y me llevó.

El guardia me guio por un pasillo hasta una gran puerta de acero. Hizo un gesto a otro guardia que estaba detrás de un cristal al final del pasillo. La puerta sonó y se abrió. Había unas veinte personas en la sala, todas ellas detenidas recientemente. Todos estaban sentados en los bancos metálicos que se alineaban en el interior de la sala, con la excepción de un vagabundo que yacía en el suelo. Tenía un pequeño charco cerca de la ingle. Por el olor que sentí, no había duda: era orina.

–Siéntate. Te llamarán cuando estén listos para recibirte –dijo el guardia mientras intentaba evitar el charco de orina en mi

camino hacia el único asiento pequeño y libre de la sala.

–¿Y mi llamada telefónica?

Hasta ese momento, mi única referencia de la cárcel era el cine.

–Los teléfonos están ahí, en la pared –respondió.

Había cuatro teléfonos alineados en un lado de la habitación. Todos estaban ocupados, excepto uno; el que se encontraba entre dos tipos muy grandes, muy feos y de aspecto rudo. De todos modos, fui por el teléfono. Seguro que no me harían daño aquí. Había demasiados testigos. Intenté fingir fuerza con mi zancada. Pesaba veinte kilos menos. Estaba hecho un palo de escoba. ¿A quién quería engañar?

–Disculpe –dije, señalando el teléfono sin usar.

No se movió ni miró en mi dirección. Con mucho miedo y temor, alargué la mano, tomé el teléfono y me senté en el minúsculo espacio del banco. Solo había suficiente espacio para que me sentara de costado. No importaba. No me iba a quejar.

La única forma de hacer llamadas era a cobro revertido y, por supuesto, cuando se llama a cobro revertido, se anuncia: "Richie Halversen (una grabación con su nombre declarado) le llama a cobro revertido desde la cárcel del condado de Davidson. ¿Acepta?" ¿A quién podría llamar que no se asustara con ese mensaje? ¿A mi esposa? Definitivamente, no. ¿A mis padres? De ninguna manera. ¿A mis suegros? Ridículo. Y entonces me di cuenta: a mi hermana April. La llamaría a ella.

Tengo dos hermanas: Jennifer y April. Jennifer, al ser la típica hermana mayor, era como una segunda mamá; al menos, asumía ese papel, tanto si se lo daban como si no. De hecho, a veces, mamá Nº 2 sabía (o creía saber) más que mamá Nº 1. April y yo solo nos llevábamos catorce meses de diferencia y éramos bastante cercanos, así que, a veces teníamos que unir fuerzas para enfrentarnos a la malvada hermana mayor: Jennifer.

Cuando tenía unos siete años, me costaba mucho dormir solo en mi habitación. Había visto algo en la televisión que me dio miedo, y eso afectó mi capacidad de dormir solo. Entonces me escabullía a la habitación de mis hermanas.

April me metía a escondidas entre sus mantas y me tapaba para que Jennifer no me encontrara. Jennifer sentía que era su responsabilidad cortar de raíz esa mala costumbre. Si se despertaba y me encontraba en su habitación, se encargaba de darme una lección y me llevaba nuevamente a mi cuarto.

–Lo siento, Richie, es por tu bien –decía mientras me llevaba de vuelta a la cama.

Puedo decir sinceramente que lo hacía por mi propio bien, y yo amaba a mis dos hermanas. Sin embargo, si Jennifer se enteraba de que estaba haciendo algo malo, se sentía obligada a contárselo a mis padres.

Una vez, me descubrieron fumando en el baño del colegio secundario. En esa ocasión, hice una llamada telefónica falsa a mis padres delante de mi decano. Podría haber ganado un Oscar por esa actuación. Pensé que me había salido con la mía. Sin embargo, los pecados no se pueden esconder para siempre. La amiga de Jennifer se lo mencionó, y el resto fue historia. Jennifer se lo contó a mis padres y me castigaron por un mes. April, en

cambio, sabía guardar un secreto. Nos cubríamos las espaldas mutuamente.

Tomé el teléfono y marqué el número de mi hermana. Gracias a Dios, contestó.

–Hola, Richie, ¿qué pasa? –preguntó.

–Hola, April. Bueno, es un poco loco, pero me han arrestado por conducir con el carné suspendido. ¿Puedes hacerme un favor? ¿Podrías venir a Nashville a sacarme de aquí?

–Bueno. Está bien –dijo ella.

–Gracias, April –intenté ocultar la desesperación en mi voz–. Te lo agradezco de verdad.

Colgué el teléfono, sintiéndome más enfermo con cada minuto que pasaba. La cárcel es un lugar bastante miserable. Es aún peor cuando estás drogado.

Era la hora de la cena. Se abrió la puerta y un guardia introdujo un carro cargado con bandejas de comida. La cena consistía en jamón, pan de maíz y un montón de lo que parecían ser espinacas. En realidad eran coles, un plato favorito del sur que nunca había comido hasta entonces. Pero no podía comerlo; se me revolvía el estómago de solo pensarlo. Lo único que mi cuerpo quería era drogarse. Hasta que lo hiciera, rechazaría cualquier otra cosa que intentara darle.

El guardia me entregó una bandeja.

–No, gracias –dije.

Las palabras apenas habían salido de mi boca cuando un hombre enorme a mi izquierda, el que era tres veces más grande que yo, se inclinó hacia mí y me dijo: "Será mejor que tomes esa bandeja, chico".

–Pensándolo bien, creo que la tomaré –dije sin dudarlo.

El guardia me entregó la bandeja, y mi gran vecino me la sacó inmediatamente, sin pausa ni permiso. No nos dijimos ni una palabra más. Se comió la segunda bandeja de comida con la misma autoridad que la primera. ¿Cómo podía comer aquí esta gente? El olor a orina y a sudor era fuerte.

Pasaron unas horas y, finalmente, la puerta se abrió de nuevo y un guardia me llamó por mi nombre.

–Soy yo –casi grité mientras me levantaba de un salto.

–Sígueme –dijo.

Seguí al guardia a través de un par de puertas corredizas y me senté frente a una mampara de cristal. Detrás de la mampara de cristal había otra oficial sentada.

–Tu hermana está aquí para llevarte.

Un alivio abrumador inundó mi mente.

–Tienes que completar estos formularios. Aquí tienes la fecha de tu juicio. No faltes –dijo, sin expresión alguna.

–Sí, señora.

Terminé de completar los papeles en unos minutos. Se los devolví y ella pulsó un botón que hizo que se abriera una puerta

junto al cristal.

Salí a otro pasillo y luego por otra puerta, detrás de la cual me saludó una cálida noche de verano de Nashville. Mi hermana estaba fuera del coche; su marido, Ben, estaba sentado al volante. Ella se acercó a mí con una mirada de decepción y preocupación, y me abrazó. Esa era una mirada que había recibido de April muchas veces en el pasado, mucho más en los últimos años. Los guardias ya les habían dicho por qué me habían detenido. Hasta ahí había llegado mi farsa; hasta aquí, la elaborada mentira que había pasado tanto tiempo elaborando.

Mi hermana April es la más tranquila. No habló durante unos minutos. Seguramente estaba nerviosa al no saber cómo acercarse a mí. Ben se concentró en conducir.

–Richie, ¿qué pasa?

–Nada. Fue una estupidez. No sé por qué lo hice. Solo estaba jugando.

Seguía restándole importancia, como si hubiera robado un paquete de chicles de una tienda. Ella no respondió inmediatamente con palabras, pero sus lágrimas, que caían abundantemente, lo decían todo.

–Richie, esto es serio.

–Lo sé.

–Te acusan de un delito grave. Dicen que tienes que asegurarte de conseguir un buen abogado. Esto es un gran problema –dijo mientras sacudía la cabeza.

–No sé en qué estaba pensando. Pero te prometo que no lo volveré a hacer. Lo prometo. –Hice la promesa sabiendo que iba a romperla–. ¿Se lo has dicho a mamá?

–¡Por supuesto que se lo dije a mamá! –respondió.

Su tristeza rápidamente se convirtió en ira.

–Mamá cree que tienes que venir a casa con nosotros, y entonces pensaremos qué hacer.

–Bueno, primero tengo que buscar mi auto –dije, volviendo al pánico que me era familiar.

Cada vez que algo se interponía entre mí y la droga, el pánico, la desesperación y las endorfinas hacían acto de presencia. Era capaz de hacer cualquier cosa. Le mentía a cualquiera. Ningún robo estaba prohibido. No importaba si era a la familia o a una anciana de la calle. Ya nada era sagrado para mí, salvo consumir.

–¿Por qué no dejas el coche esta noche y lo buscamos mañana? –sugirió Ben.

Sus primeras palabras. Estaba en esa posición incómoda en la que a veces se encuentran los parientes políticos cuando se descorre el velo y se empieza a comprender la situación. Mi familia está rota; su familia está rota. Mis problemas de repente se convierten en sus problemas. Mi equipaje de repente se convierte en su equipaje.

–No, tengo que buscar mi coche –casi grité.

Tenía que buscar mi coche porque tenía que drogarme. Se dieron cuenta aunque no lo dije.

–Necesito mi coche. Tengo cosas que hacer mañana.

Como drogarme.

–No creemos que sea una buena idea –se sumó April.

–No me importa si crees que sea una buena idea o no –el pánico se convirtió en frustración y luego en ira–. Si no me llevas adonde está mi auto, voy a saltar de este coche en marcha y llegaré hasta allí yo mismo.

Las lágrimas de mi hermana empezaron a caer de nuevo.

–Llévalo, Ben –dijo.

Ben se resignó con un suspiro y tomó la salida hacia el Kmart, donde mi coche seguía estacionado.

–No se preocupen por mí. Iré directamente a la casa –dije, tratando de recuperarme de mi estallido.

Ben detuvo el auto en el estacionamiento. Mi vehículo estaba allí, solo, vacante, como algo olvidado, rodeado de lugares vacíos; como mi vida. Bajé de un salto.

–Los veré en unos minutos.

Mi cuñado y mi hermana no se veían muy convencidos. Tomé mis llaves, abrí el auto y lo encendí. Ellos esperaron un momento, y luego emprendieron el camino. Yo comencé a seguirlos, pero cada vez dejaba más distancia entre ellos y yo. Cuando entraron en la curva para ingresar en la autopista, y ya no podían dar la vuelta, yo seguí de largo y giré para dirigirme por la autopista en la dirección contraria: nuevamente camino a la ciudad. Hacia mi locura. Llegaría a la casa de ellos en algún

momento. No tenía otro lugar adonde ir. Mi esposa definitivamente no me dejaría volver a la casa. Pero primero necesitaba drogarme; al menos lo suficiente para pasar la noche. Solo un poco, para que el dolor aminorara.

Volví a hacer lo mismo por lo que acababa de ser detenido. Ni siquiera lo dudé. Era como si este día no hubiera sucedido. No podía detenerme. Estaba atrapado. No importaba cuánto lo intentara; no podía detenerme.

Capítulo 6

Twin Falls

Varios meses después de esa primera detención, me arrestaron de nuevo, en Lafayette, Tennessee. Al parecer, fue una gran noticia para la pequeña ciudad, porque llegó a la portada de su pequeño periódico. "Hombre detenido por pedir sus propias recetas médicas", decía.

–¿Eres tú? –preguntó uno de mis compañeros de celda.

–Desgraciadamente, sí –respondí, al ver mi nombre en la página impresa.

Mis padres estaban en la ciudad. Intenté que me pagaran la fianza, pero en lugar de venir a buscarme, me dejaron una nota.

"Richie, estamos cansados. No podemos seguir con esto. Tu padre y yo no tenemos el dinero. Te queremos, pero no vamos a pagar la fianza".

En la parte inferior había un versículo de la Biblia. "Pero clamaré a Dios, y el Señor me rescatará" (Salmo 55:16, NTV).

Mamá firmó así: "Te queremos, mamá y papá".

La adicción es una enfermedad que no solo afecta al adicto, sino también a todos los que lo quieren: al cónyuge, a los padres, a los hijos, a los amigos... Los adictos terminan dañando más a quienes más los quieren. Se cuelan en sus mentes: preocupación constante, sospechas constantes, paranoia, noches sin dormir anticipando una llamada telefónica que les notifique que el

adicto ha sido arrestado o, lo que es peor, asesinado. Justo cuando creen que el adicto está mejorando, este cae a un nuevo nivel, tocando un fondo cada vez más profundamente. La esperanza sigue erosionándose hasta que no queda mucho a lo que aferrarse. Siguen intentando diferentes cosas para llegar al adicto, pero nada parece alcanzar para lograrlo.

En uno de estos intentos de llegar a mí, después de una semana en la cárcel, mis padres me enviaron un boleto para viajar en avión a donde mi padre estaba haciendo una serie de evangelismo de tres semanas en Twin Falls, Idaho. Había agotado mi acogida en casa y decidí aceptar la oferta. A los adictos no les gusta mucho viajar. Hay demasiadas variables, de las cuales la principal es: ¿dónde conseguiré drogas? Así que, me aseguré de abastecerme todo lo que pude antes de ir.

Mis padres me habían invitado para verme más de cerca. Querían ver si estaba realmente limpio. (No lo estaba.) Al salir, volví directamente a consumir.

El avión aterrizó en Boise, Idaho, donde ellos me buscarían. Era un día frío de marzo.

Mis padres me esperaban en el sector de equipaje. Solo llevaba una mochila, aunque tenía mucho más equipaje (invisible) que eso.

Cuando mis padres me vieron, quedaron impactados. Una vez que la pesadilla se hace visible y la ves con tus propios ojos, la realidad se impone. Había perdido mucho peso en el poco tiempo transcurrido desde la última vez que habíamos estado juntos. Solo quería drogarme. Comía simplemente porque tenía que hacerlo.

Mi madre me abrazó. Sentí la angustia en el abrazo; un apretón palpable de desesperación, como si intentara evitar que me desmoronara. Pude ver el horror en los ojos de mi padre, aunque intentó parecer optimista. Tus hijos son siempre tus hijos. Independientemente de lo que hagan, de los crímenes que cometan, e incluso si hacen lo impensable, siguen siendo tus hijos. La mente siempre se remonta a tiempos pasados mejores. Es más fácil pensar en tiempos mejores que enfrentarse a la realidad del presente. Cuando todos los demás veían a un drogadicto, mi madre y mi padre veían a su hijo, su único varón. Siempre fui un niño de mamá. Siempre fui su pequeño admirador. "Nadie es tan linda como tú, mamá", decía a menudo. De jovencito, odiaba estar lejos de casa. Incluso sufría ansiedad por separación cuando me iba al colegio por unas horas. Para mí, de niño, no había nada como la sensación tranquilizadora de estar en casa, juntos. Pero me había convertido en alguien totalmente distinto. Solo quedaba un pequeño remanente de aquel niño; una voz olvidada en un espacio profundo, oscuro y vacío.

Arrojé mi mochila en el asiento trasero y me subí para viajar durante dos horas hasta Twin Falls. Al principio no hablamos mucho. Nadie quería enfrentarse a lo obvio. Nadie quería hablar del "elefante en la sala", al menos no todavía. Era demasiado pronto en el viaje para estropear el ambiente.

–¿Tienes hambre?

–Claro, podría comer algo.

–¿Dónde quieres comer? –preguntó mi padre.

–Cualquier lugar está bien.

Poco después, mi madre no pudo contenerse.

–Richie, ¿cómo has estado?

–Estoy bien.

Todo el mundo podía ver que no estaba bien. Estaba de todo, menos bien.

–He estado leyendo un poco.

Ahí comenzó. Mi madre empezó a descargar todo lo que había aprendido sobre la adicción a las drogas en los últimos dos años. Las palabras salían de ella en flujos constantes de aliento y sonido. Si seguías sus palabras, podías rastrearlas a través de su boca, bajando por su garganta, emanando de su corazón. Intentaba erradicar la enfermedad que me estaba destruyendo con todo lo que había leído. Quería inclinar la balanza más a mi favor, como si René Descartes tuviera razón cuando dijo: "Pienso, luego existo". No. Más bien: "Hago; por tanto, soy". Somos criaturas de hábitos. Si el mero hecho de saber algo te convirtiera en algo, el mundo sería un lugar mucho mejor. Llevaba años intentando pensar en cómo salir de esta prisión. Pero lo que descubres en la adicción es que la mente puede saber que se está destruyendo a sí misma y aun así no ser capaz de detenerse. La enfermedad tenía más poder que yo.

Mi madre siguió compartiendo su investigación conmigo mientras parábamos para comer algo. Seguí asintiendo con la cabeza. En este momento necesitaba comportarme de forma agradable. Tenía que infundir seguridad y confianza porque mañana tendría que encontrar la manera de escabullirme y alejarme de mis padres. Mi suministro de drogas estaba disminuyendo rápidamente.

Creo que mi madre no probó ni un solo bocado de su comida, y dudo que disfrutara de lo poco que comió. No era la única cuya dieta se había resentido últimamente. Condujimos una hora más antes de llegar a la casa rodante de mis padres, su alojamiento durante las tres semanas que duraría el evento de evangelismo. El suelo estaba cubierto por cinco centímetros de nieve. La temperatura máxima de aquel día era de -12 ºC. Tomé mi mochila y entré.

–Siéntete como en casa –dijo mi madre.

Mientras miraba la pequeña casa rodante, pensé: "Esto va a ser interesante".

–Gracias. Creo que voy a acostarme unos minutos, si te parece bien.

Me tumbé en el sofá.

Casi todos los días durante mi estadía en Twin Falls, se me ocurría una razón extravagante por la que necesitaba ir a la ciudad, ir a la biblioteca o estar solo. Hacía que me dejaran en la biblioteca o en una tienda, o simplemente me iba y luego "hacía dedo" hasta la ciudad. Mi proceso de destrucción todavía era lo suficientemente temprano como para poder convencer a mis padres, y a otros, de que no estaba haciendo nada malo. Pero no estaban realmente convencidos. La negación parece ser más fácil que enfrentar la verdad.

Todas las noches me iba con ellos a una reunión, así que solo tenía un par de horas entre media mañana y media tarde en las que podía fingir y escaparme para drogarme.

Twin Falls no es una ciudad grande; cuenta con una población de solo unos cincuenta mil habitantes. No recuerdo mucho de ella: uno de los desafortunados subproductos de la adicción. La memoria es vaga; desaparece por el deseo y la necesidad de más. La cascada fue lo único que me impresionó de forma duradera. Las cascadas eran las que habían dado nombre a la ciudad, supongo. El agua que fluía era imparable, voluminosa y blanca; como nubes líquidas que fluían sobre rocas y piezas irregulares. El agua no podía detenerse aunque quisiera. Mi vida se había convertido en esa cascada: caía por la ladera, empujada por las grietas, cuesta abajo por los acantilados. Llegaba a un nivel solo para darme cuenta de que había otro por bajar. Sin importar lo doloroso que fuera, seguía adelante. No podía parar. La vida se había vuelto cómoda en mi quebrantamiento.

Ese día, después de visitar la cascada, mis padres me dejaron en la biblioteca. A principios de esa semana, había plagiado una receta médica y no me habían descubierto.

"Hola, soy el doctor _____ . Tengo un paciente que está de vacaciones..." Ridículo. ¿Quién se va de vacaciones a Twin Falls, Idaho, en pleno invierno? Pero la receta había pasado sin problemas. Si hubo alguna sospecha, no alcanzó para convencer al farmacéutico de que llamara a la policía.

Pero ese día no tuve tanta suerte. Llamé a una farmacia y, a los pocos segundos de mi engaño, el farmacéutico me interrumpió. "Sé que no eres médico", dijo, con toda naturalidad. "He llamado al consultorio del médico para comprobarlo, y me han dicho que llevas un tiempo utilizando su identidad para pedir recetas. He llamado a todos los farmacéuticos de la zona y les he dado esta información. No vas a poder obtener una receta en un radio de 160 km. Si lo intentas, serás detenido".

Se me revolvió el estómago. Entré en pánico y colgué rápidamente el teléfono público. Pero, por desesperación, me adelanté y llamé con otra receta para ver si el farmacéutico había estado exagerando.

Dejé el teléfono público y empecé a caminar en dirección a la farmacia. Estaba a un kilómetro y medio de distancia. Me subí el cierre de la chaqueta para caminar en el frío aire invernal.

Cuando llegué a la calle en la que estaba la farmacia, todo parecía normal. Nada extraño. Seguí caminando un poco más, examinando cuidadosamente la zona en busca de cualquier cosa que pareciera sospechosa. Había aprendido de mi episodio en Kmart a examinar los lugares con detenimiento. Me acerqué a la parte más alejada de la tienda y, justo cuando creía que todo estaba bien, bajé por una calle lateral para echar un vistazo a la parte trasera de la tienda, y mis sospechas se confirmaron. Cuatro coches de policía ya estaban estacionados allí atrás. El pánico se apoderó de mí. La adrenalina me recorrió el cuerpo entero. Inmediatamente, miré fijamente hacia adelante, manteniendo mi línea de visión a lo lejos, y observando a los patrulleros en mi periferia. Me estaban esperando. El farmacéutico no había exagerado; y en el fondo, yo ya lo sabía.

Aceleré el paso, moviéndome con la mayor rapidez posible sin llamar la atención. Sentía que en cualquier momento sonarían las sirenas y se encenderían las luces azules. Afortunadamente, no ocurrió. Seguí caminando, doblé en la siguiente calle lateral y corrí alrededor de la manzana. ¿Qué podía hacer? Ahora que sabía que todas las farmacias de la zona habían sido notificadas sobre mí, ¿qué haría? ¿Un radio de 160 kilómetros? Los momentos desesperados requieren medidas desesperadas. Para

mi suerte, o mi desgracia, las medidas desesperadas se habían convertido en mi especialidad.

Durante este tiempo, nunca se me había ocurrido comprar la droga en la calle. Por alguna razón, esa era una línea que había decidido no cruzar; una norma ridícula, teniendo en cuenta que lo que estaba haciendo era una ofensa mayor que comprarlas en la calle. También había otras razones. La razón más práctica era que comprar en la calle requería más dinero, y más dinero requería más manipulación, mentiras y esfuerzo.

Varios años antes, mientras visitábamos a mis padres, mi familia y yo habíamos ido a Sun Valley, Idaho, a una pista de esquí. Sabía que no estábamos muy lejos de allí. Llamé a mi madre desde el primer teléfono público que encontré. Le dije que había terminado en la biblioteca, que estaba paseando, que había perdido la noción del tiempo, y le pregunté si me podía buscar. Lo hizo.

Cuando subí al auto, sabiendo que aún nos quedaban unas horas hasta que tuviéramos que estar en la reunión de mi padre esa noche, se me ocurrió una historia ridícula de por qué tenía que ir a Ketchum, Idaho, una pequeña ciudad cerca de Sun Valley. Ketchum estaba a 130 kilómetros de distancia. Afortunadamente, o desgraciadamente, convencí a mi madre. Ella estaba desesperada por creer y experimentar una relación real. Esta desesperación suele encontrar un alivio en la negación. Uno desea tanto creer que las cosas no son tan malas como parecen, que exagera los buenos momentos e intenta olvidar los malos. En mi caso, el engaño funcionó. Llegamos a Ketchum y encontré una pequeña farmacia. Hice el pedido de una receta. Pude escapar de mi madre, escabullirme de una tienda en la que ella creía que yo estaba, e ir a buscar mi receta. Ese mismo día había robado

una de sus tarjetas de crédito. Por suerte, o por desgracia para mí, el farmacéutico no se puso en contacto con todas las farmacias en el radio de 160 kilómetros. Tal vez pensó que no volvería a intentarlo. Estoy seguro de que, con el tiempo, descubriría que los adictos, por muy locos y desesperados que estén, son muy previsibles. No pueden evitar ser predecibles. Donde hay voluntad, hay un camino.

En el viaje de vuelta a Twin Falls, mi madre conducía en silencio, sospechando de mi desaparición de veinte minutos. Intenté aliviar su duda. Intenté cambiar de tema. Mi estado de ánimo había mejorado de repente, mientras tocaba el frasquito de pastillas en mi bolsillo. Había llenado de papel higiénico el frasco para que no se oyera el traqueteo de las pastillas. Mi obsesión paranoica por "cómo" llevaba las pastillas se volvía cada vez más extraña. Tenía planes de contingencia para mis planes de contingencia. La paranoia se había apoderado de mí y pensaba demasiado en cada escenario. ¿Y si registraban mi auto? ¿Y si me registraban el cuerpo? ¿Y si mi esposa me revisaba los pantalones? La adicción se convierte en un estado constante de "y si..." sin respuestas fáciles.

La sensación del peso del frasquito me tranquilizó: *Todo va a estar bien, al menos durante las próximas horas.* Las drogas se habían convertido en una obsesión que provocaba nuevas obsesiones, un hábito que provocaba nuevos hábitos.

En los últimos años, yo no era el único que había desarrollado un hábito. La adicción puede tomar dos caminos: puedes tirar la toalla y consentirla, lo que te matará espiritual, emocional y, finalmente, físicamente; pero si la resistes, tendrás que aferrarte a algo más grande y poderoso que tú mismo. No puedes resistirte con tu propio poder. Claro que puedes resistirte a las drogas,

pero la adicción se manifestará en otra cosa. Mi madre resistió a la tentación de ceder a la aparente desesperación de mi adicción. Y la única forma que encontró para luchar contra mi desaparición fue la ORACIÓN.

Mis padres siempre tuvieron la costumbre de orar. Pero cuando la vida de un ser querido está en juego, eso te empuja a una comprensión más profunda de la oración. No hay nada como el dolor y la desesperación para arrancar el barniz de la religión teatral. A menudo, es recién cuando llegas al final de tu soga que extiendes la mano y te aferras a Dios. La enfermedad de la adicción es genial para crear situaciones de impotencia. El adicto está indefenso, atrapado en la obsesión y la compulsión de consumir drogas. La familia y los amigos del adicto son impotentes para cambiarlo. La adicción prospera en situaciones de impotencia. Pero ¿sabes qué? ¡Dios también! Así, mi adicción llevó la vida de oración de mi madre a un nivel completamente nuevo. Hubo al menos algo bueno en todo este mal.

Ella escribía todas sus oraciones en cuadernos. A menudo nos dice a sus tres hijos que heredaremos esos diarios de oraciones cuando ella muera. Mis hermanas, que rara vez se metían en algo que pudiera considerarse un problema, heredarán unos tomos de las oraciones de mi madre. Yo heredaré una biblioteca entera: tomos y tomos del llanto desesperado de una madre cuyo hijo se está matando lentamente. Cuando todo desaparece y no queda nada a qué aferrarse, entonces descubres el poder de la oración.

Así que, mientras yo caía más y más profundo en la oscuridad, mi madre descubría un nuevo nivel de fe y confianza. En la constante oscuridad de la angustia y del dolor, una luz se hacía más brillante: una cristiana se convertía en hija.

Sin duda, oraba en silencio mientras conducíamos de vuelta a Twin Falls. Con el familiar resplandor de los opiáceos entrando en mi torrente sanguíneo, mi boca se convirtió en un torrente incesante de palabras que chocaban y caían en cascadas, así como sus oraciones. Mientras yo no podía dejar de hablar, ella no podía dejar de orar.

Capítulo 7

Vuelo de conexión

Casi pierdo mi vuelo de conexión. Mientras mi avión se dirigía por la pista hacia donde iniciaría el ascenso, me despegué la camiseta del pecho. Se separó lentamente; estaba pegada a mi piel, mojada por el sudor de mi carrera hasta el aeropuerto. Solo había tenido dos horas en Atlanta. Había tomado mis últimas pastillas esa misma mañana, antes de despedirme de mis padres en Idaho. El síndrome de abstinencia ya había empezado a hacer efecto antes de aterrizar en Atlanta.

–¿Quiere beber algo? –preguntó la azafata.

–Agua, por favor.

Con cada día que pasaba, con cada uso, los picos se hacían más cortos, la dosis aumentaba y el síndrome de abstinencia era más intenso.

Sabía que cuando llegara a casa mi esposa me recibiría con recelo; así que, para ganar algo de tiempo, manteniendo la ilusión de que era realmente un hombre cambiado, tendría que pedir una receta durante mi breve escala de dos horas en Atlanta.

No había forma de conseguir una receta cuando llegara a casa; al menos, no por un tiempo. Si lo hacía, mi esposa sabría que seguía consumiendo. Una caída más podría ser el fin de nuestro matrimonio. Un cheque rebotado más, una tarjeta de crédito perdida o un saldo de la cuenta bancaria que no cuadrase era

todo lo que necesitaría para que mi matrimonio, que ya pendía de un hilo, se desintegrara en el olvido. Muy pocos adictos salen vivos de la adicción, y aún menos matrimonios logran sobrevivir. La confianza es la piedra angular de cualquier relación, y no se puede confiar en un adicto. Ni siquiera el adicto puede confiar en sí mismo. Las relaciones más importantes se convierten en el escenario de algunas de las mayores falsedades y manipulaciones.

Solo tenía dos horas para lograrlo. Dos horas desde el aterrizaje hasta el despegue. Así que, en cuanto aterrizamos, ya tenía un plan formulado. Corrí al teléfono público más cercano, encontré una guía telefónica y busqué la farmacia más cercana. La más cercana que encontré estaba en el Peachtree Center, a ocho paradas de subte del aeropuerto. Pedí la receta y crucé los dedos.

Fue un viaje corto: ocho intervalos de puertas que se abrían y gente que iba y venía. Mi visión tenía la forma de los túneles de este subte. Mi madre me había dado veinte dólares para comer en el viaje de vuelta. Probablemente pensó: *"Debe ser seguro darle veinte dólares. No hay forma de que pueda usarlos para comprar drogas en el vuelo de vuelta. No hay tiempo suficiente. Además, Brittney lo recogerá en el aeropuerto"*. Mi madre pronto aprendería, al recibir el extracto de su tarjeta de crédito tras mi reciente visita, a nunca subestimar la capacidad de innovación del adicto. La necesidad es algo que puede adaptarse a casi todo.

Salí del subte, busqué un directorio y localicé mi destino. El centro comercial estaba lleno de gente; la hora del almuerzo estaba en pleno apogeo. Esperaba que esto me beneficiara. Cuando la farmacia estaba ocupada, había menos tiempo para sospechas.

Llegué a la farmacia. Las luces de neón parecían llamarme. Me recibió todo eso a lo que estaba acostumbrado: la gente, el comercio, las pastillas y los cosméticos. Me limpié el sudor de la frente y me metí la camisa dentro del pantalón. Después de recomponerme, me acerqué a la farmacéutica. Quedaba una hora.

–Vengo a recoger una prescripción médica.

–¿Cómo se llama? –preguntó ella.

La misma farsa. La misma desesperación. Eché un vistazo a mi reloj, tratando de no parecer sospechoso, pero con la necesidad de vigilar mi estrecha ventana de salida.

–La están preparando ahora, señor. Tardarán unos minutos más.

Esperé otros cinco minutos, que me parecieron una eternidad, hasta que volvió la cajera.

–Catorce dólares y cincuenta y tres centavos, por favor.

El sonido más dulce a mis oídos. Le entregué el billete de veinte dólares, y ella me dio el cambio. Con un "Gracias" salí de la farmacia. En cuanto perdí de vista la tienda, salí corriendo. Solo quedaban treinta minutos.

Cuando llegué al subte que se dirigía al aeropuerto, apenas pude subir antes de que se cerraran las puertas. Quedaban 25 minutos.

El viaje de vuelta al aeropuerto duró ocho minutos. Había un niño de cinco años al otro lado del pasillo que no dejaba de mirarme. Mientras mascaba su chicle, sus ojos seguían cada uno

de mis movimientos. Me pregunté si había visto el fraude que mi mirada reflejaba. ¿Podría, en alguna longitud de onda infantil, ver directamente a través de mi inquietante sonrisa y distinguir cuán roto estaba yo como persona?

Llegué al aeropuerto siete minutos antes del despegue. Era imposible que llegara antes de que cerraran las puertas. Pero, por algún milagro, lo logré. Por una vez en la vida, la fila de seguridad era corta. Por una vez, el pasillo indicado estaba cerca de mí. Por una vez, mi puerta fue la primera a la que llegué. Como si se tratara de una intervención divina, se me abrió el camino para tomar el vuelo. Cuando llegué corriendo a la puerta, la agente estaba cerrándola.

–Espere –grité–. Estoy en este vuelo. Ya voy.

–Ha llegado con el tiempo justo, señor.

Le entregué mi tarjeta de embarque. La escaneó. Cuando entré en el avión, faltaba un minuto para la hora de despegue.

Los auxiliares de vuelo repasaron las directrices y el control de seguridad. Los pilotos les dijeron que se prepararan para el despegue. Mientras una de las azafatas pasaba revisando los respaldos y los cinturones de seguridad, pedí una botella de agua.

–Por supuesto, señor. Un momento –dijo mientras seguía su recorrido.

La adrenalina corría por mi cuerpo, y alimentaba mi adicción. Me sentía tan impotente y adicto tanto al proceso de conseguir las drogas como al de consumirlas.

El avión atravesó las oscuras nubes de tormenta en su trayectoria hacia la altitud de crucero. Atravesó el gris hacia la luz pura. Del mismo modo, las drogas habían empezado a hacer efecto, sacándome de la oscura y gris tormenta que era mi vida y haciéndome estallar en la luz. Al menos, así lo sentí durante un rato. La tormenta era cada vez más dura, y elevarme por encima de la lucha, aunque fuera por un segundo, era cada vez más difícil; los destellos de luz, cada vez más cortos. No me elevaba en absoluto, sino que me precipitaba hacia el fondo. Por un segundo, recordé algo que había oído o visto una vez en un documental: la desorientación espacial. El individuo cree que está subiendo cuando, en realidad, está bajando. Estaba atrapado en mi propia desorientación espacial. Me estaba cayendo, y todo lo que hacía para intentar enderezarme lo empeoraba, haciendo que me descontrolara aún más. Mi percepción había dejado de coincidir con la realidad hacía mucho tiempo. Y muy pronto, mi vida se estrellaría contra el suelo en un *crescendo* abrupto. ¿A quién quería engañar? Ya no lograba picos de euforia. Solo conseguía un poco de alivio durante un breve período de tiempo; una evasión momentánea de todo el dolor que había creado.

Capítulo 8

Boca abajo en un puente... y en mi matrimonio

Estaba boca abajo en un puente de una carretera secundaria no muy lejos de mi casa. El cinturón de seguridad me sostenía, y me sentía desorientado tras las numerosas volteretas que había dado mi auto. Por un segundo, creí que no estaba al revés. Pero realmente estaba boca abajo. Así estaba mi vida también.

Empujé la hebilla del cinturón de seguridad y caí al techo. Los cristales rotos me cortaron la frente y la mano mientras buscaba desesperadamente en el interior del coche mi provisión de drogas. La policía llegaría en poco tiempo. Todavía estaba desorientado mientras buscaba en el interior del auto. Tanteé hacia la caja de fusibles, donde sentí la forma conocida de un frasco de pastillas de plástico. Respiré aliviado, boca abajo, sobre un puente.

Salí a rastras por la ventanilla del conductor y casi me caí a un pequeño barranco. Fue entonces cuando me di cuenta de lo lejos que había volcado mi coche y de la suerte que había tenido de aterrizar boca abajo en ese puente. Unos metros a la izquierda o unos metros a la derecha, y habría caído al barranco. No hubiera sido una gran caída, pero sí lo suficientemente importante como para causar un daño mucho mayor. La hierba brillaba por la lluvia reciente; aún había una ligera niebla.

Había estado conduciendo desde mi casa en Portland, Tennessee, hacia el hogar de transición donde me alojaba en Nashville. Tenía prisa. Acababa de empezar a llover. Conducía el coche que acabábamos de comprar, un Ford Crown Victoria, un

coche con tracción trasera que reacciona demasiado bien en carreteras que acaban de mojarse. Al ingresar demasiado rápido a una curva, empecé a dar coletazos. Perdí el control del vehículo y di varias vueltas, hasta detenerme, boca abajo, en un puente.

Antes de salir de casa, mi esposa y yo habíamos tenido otra pelea. Parecía que eso era lo único que hacíamos últimamente. Me había permitido ir a casa por el día para ver a los niños, pero al poco tiempo de llegar, empezó a dar rienda suelta a su frustración, lo cual era bastante comprensible. No tenía a nadie con quien hablar. Me quería, pero se avergonzaba de mí. ¿Cómo se puede hablar con alguien sobre alguien a quien quieres pero de quien te avergüenzas? En lugar de compartir su dolor, hizo lo que la mayoría de la gente hace en esa situación: lo disimuló y lo tapó. Sonrió en el momento oportuno y trató de evitar el tema obvio de "¿Dónde está Richie?" Probablemente, a Brittney se lo habían preguntado mil veces en los últimos años. Estaba harta de las mentiras, de encubrirme. La gente terminó entendiendo la indirecta y dejó de preguntar.

Las cosas entre nosotros no siempre habían sido así. Nos queríamos. Brittney fue mi amor de toda la vida. Estaba completamente enamorado de ella. Para mí era la chica más hermosa del mundo; no solo físicamente atractiva, sino también mentalmente. Brittney es una de las personas más inteligentes que conozco.

Empezamos a salir durante el verano de 1997. Yo me había graduado recientemente del colegio secundario. A duras penas, pero me gradué. Ya me había metido un poco en el mundo de las fiestas. Pero poco sabía que lo que empezó como una fiesta terminaría como un trabajo a tiempo completo de dolor y

miseria. Comienza con el uso de drogas, pero cuando llegas al final, las drogas te están usando a ti. Sin embargo, antes de todo eso, yo tenía una vida aparentemente normal.

Brittney y yo nos conocíamos desde hacía años. Había sido amiga de mi hermana mayor, Jennifer, en el colegio. Teníamos muchos amigos en común y nos cruzábamos a menudo, pero nunca habíamos pasado mucho tiempo juntos a solas. Sin embargo, el verano de 1997 fue diferente. Muchos de nuestros amigos en común no volvieron a trabajar en el campamento, lo que nos llevó a Brittney y a mí a estar juntos.

Las conversaciones nocturnas y los paseos por las húmedas tardes de Tennessee se hicieron más habituales. Recuerdo la noche en que me di cuenta de que estaba absolutamente enamorado de ella. Habíamos salido a pasear en canoa por el lago. La luna llena se reflejaba en el agua tranquila. Era difícil discernir dónde terminaba la tierra y empezaba el cielo. En ese momento, entre risas y miradas, supe que le gustaba, y supe que me gustaba.

El resto del verano estuvo lleno de tardes como esta. Viajes a Nashville juntos, viajes a Chattanooga. Nuestras amistades mutuas nos unieron, pero nuestro amor mutuo nos mantuvo unidos. Tres meses más tarde, cuando todavía esperaba que Brittney sintiera por mí lo mismo que yo por ella, confirmó mi esperanza y alivió mi miedo, y me dijo que me quería. Poco sabíamos que ya estaba embarazada de nuestro primer hijo, Kaleb. Necesitaríamos este amor mutuo para seguir adelante. Cuando toda esperanza parecía perdida, ella se aferró a la esperanza.

El 4 de enero de 1998, Brittney y yo nos casamos en Portland, Tennessee. El matrimonio y la paternidad exigían un nivel de responsabilidad y madurez que yo aún no tenía. Todavía inmaduro, todavía egoísta, en lugar de estar a la altura de las circunstancias, me encontré alejándome más hacia el consumo de drogas. Más tarde aprendería, en rehabilitación, que no puedes salir de la adicción casándote ni mudándote. El problema no es dónde vives o con quién estás; el problema está en tu forma de pensar. A menos que recibas la ayuda que necesitas, el matrimonio solo empeorará la adicción, mudarte a una nueva zona solo empeorará la adicción, y tener hijos solo sacará lo peor de ti cuando estés en plena adicción. A lo largo de los años, he puesto a mi esposa y a mis dos hijos en algunas situaciones peligrosas.

Un par de semanas antes, alguien me había chocado por detrás. El coche quedó destrozado (de ahí el Crown Victoria). Pero antes de poder comprar un coche nuevo, todavía tenía que conducir mi antiguo coche, un Dodge Caravan, con la parte trasera aplastada y la ventanilla trasera destrozada. Realmente no era seguro conducir a ningún sitio. Pero cuando hay que drogarse, hay que drogarse. Le dije a Brittney que me gustaría cuidar a nuestra hija de un año y medio, Hayley. Kaleb estaba con sus abuelos, los padres de Brittney. En contra de su buen juicio, Brittney cedió y me dejó cuidar a Hayley.

Era de noche y hacía frío, así que, envolví a Hayley en unas mantas y conduje hasta Nashville para conseguir algunas drogas. El frío viento invernal azotaba la furgoneta mientras conducíamos por la autopista, y pude ver los ojos de Hayley bien abiertos y mirándome por el espejo retrovisor. Sus ojitos eran la única parte de ella que no estaba cubierta con abrigos y mantas. No fui totalmente descuidado, o eso pensé en ese momento.

Afortunadamente, no ocurrió nada que la pusiera en mayor peligro. Pero podría haber pasado. Durante años me perseguirían la culpa y la vergüenza de haber puesto a mis hijos en peligro.

Cuando llegué a casa, mis suegros me estaban esperando. Les mentí; ellos lo sabían. Me habían estado siguiendo. Mi suegro, Michael, intentó quitarme a Hayley. Lo amenacé. Kaleb, de cinco años, no sabía qué hacer, pero sabía que a su padre le pasaba algo. Michael y Leslie se fueron. Leslie tenía lágrimas en los ojos y, sin duda, rabia en el corazón.

Durante los siguientes días, semanas y meses, seguiría escuchando a mi esposa hablar sobre este tema. Estaba sola. Yo la había aislado con mi quebrantamiento. Su vida era una paradoja. ¿Qué hace una esposa cuando siente la necesidad de defender al padre de sus hijos, a su marido, a su amigo, y sin embargo, no hay nada defendible? Esta es una situación común para la familia y los amigos de los adictos. Se acostumbran al caos. La sospecha, la confusión y la decepción se convierten en una realidad cotidiana. Uno empieza a desconfiar de cualquier apariencia de vida normal. Así, lo anormal se convierte en normal. Nuestro matrimonio se había convertido en algo parecido a este accidente de coche: roto y al revés. Ambos, completamente desorientados; el arriba se convirtió en el abajo y el abajo en el arriba. Pero al menos mi auto había aterrizado en este puente. Podría haber sido peor. Quizá mi matrimonio aterrizaría en un puente. Quizá aún había esperanza.

Me quedé mirando mi coche, boca abajo en un puente. Podía oír a la gente de las casas cercanas corriendo hacia mí.

–¿Estás bien, amigo? –preguntó alguien.

–Creo que sí –respondí.

–Diste como cinco vueltas con tu coche –intervino otra persona–. Has cortado completamente ese poste telefónico.

Miré y vi que casi todo el poste se había caído. Lo que quedaba de él sobresalía del suelo, junto a la parte caída. Todo estaba borroso. No recuerdo nada después de empezar a deslizarme.

–Es un milagro que estés caminando. ¿Seguro que no estás herido? –preguntó alguien con un fuerte acento de Tennessee.

Sí que estaba herido. Quizá no por el accidente automovilístico, pero sí por el accidente que yo llamaba vida.

–No, estoy bien. Solo un poco conmocionado –dije mientras miraba fijamente mi coche. ¿Qué iba a hacer ahora? Sin coche. Sin casa. Sin vida.

Llamé al hogar de transición en el que me alojaba y les avisé que había tenido un accidente. No llegaría antes del toque de queda. Me dijeron que podía quedarme en mi casa esa noche. Esto no le iba a gustar a Brittney; acabábamos de comprar el coche.

Vino la policía. Hicieron un informe. Intenté actuar con la mayor naturalidad posible. No sospecharon nada. Se fueron. La grúa vino y se fue. El sol y su resplandor habían desaparecido por completo. Caminé los cinco kilómetros de vuelta a casa en la oscuridad de una noche nublada.

Capítulo 9

Navidad solo

Tres semanas después del accidente de coche, había gastado casi por completo los 3.000 dólares que recibimos por el siniestro del Crown Victoria. Me aseguré de reunirme con el agente del seguro para recibir el cheque en lugar de que me lo enviaran por correo. Mi esposa esperó durante semanas la llegada de ese cheque por correo; un cheque que yo ya había recibido y gastado en su mayor parte.

Ahora, mi cuñado me estaba prestando su auto. Vivía en él. Me habían echado del hogar de transición donde había estado viviendo; le había estado robando cheques al director del centro. Si no hubiera tenido el dinero del seguro para devolvérselo, me habría hecho arrestar.

Arranqué el motor brevemente para calentar el coche. Era Navidad. Estaba solo. El fondo del auto estaba cubierto de basura; había botellas con orina debajo de los asientos. Feliz Navidad.

Brittney y los niños estaban en la casa de sus padres. Ella quería que pasaran una buena Navidad. Yo no estaba en condiciones de dársela. Les había comprado algunos regalos a Kaleb y a Hayley: un juego de arco y flecha para Kaleb y una muñeca nueva para Hayley. Los compré, pero al día siguiente los devolví para que me reintegraran el dinero, así podía usarlo para drogarme. Mi familia se merecía algo mucho mejor que esto.

Durante el último año me había hundido más y más. Había entrado y salido de cárceles y de centros de tratamiento. Ahora

tenía cuatro cargos por delitos graves, por no mencionar los cargos menores (como pagar con cheques sin fondo y posesión de narcóticos). Si vivía lo suficiente, iría a la cárcel durante mucho tiempo. Había cosas peores que la cárcel. Ahora me daba cuenta de ello.

Mi aliento empañó el parabrisas mientras miraba el estacionamiento vacío. Aunque quisiera cambiar ahora, dudaba que pudiera hacerlo. Había llegado a aceptar que estaba perdido. Me había entregado a mi enfermedad; la línea entre la realidad y la mentira se volvía cada día más borrosa. Estaba cansado de pelear con Brittney. Estaba cansado de las mentiras. Estaba cansado del constante ajetreo para drogarme. Estaba cansado de vivir así. Estaba cansado de que la gente me mirara de la forma en que lo hacía. Los picos ya no eran suficientes; las drogas ya no eran suficientes. ¿Cómo pudo el hijo de un predicador convertirse en esto? Crecí en una buena familia. Crecí con todas las ventajas que la vida podía proporcionar. Pero a la adicción no le importa nada de eso.

Salí del auto. Era tarde, o muy temprano. El aire frío golpeó mi frágil cuerpo como una bofetada en la cara. Era Navidad y estaba solo. No había lugar para mí en la posada, ni esperanza para mí al final. Me había rendido.

La ironía de la adicción es que empieza como una búsqueda de significado, iluminación o paz. Pero al final, te quita esas cosas y te deja frío, desnudo y vacío. Te quita todo lo significativo. Empecé a consumir porque pensé que me hacía más interesante, pero la adicción no puede ser más aburrida. Día tras día, es lo mismo. ¡Qué terrible! Es un alivio que se convierte rápidamente en una reprimenda.

Era Navidad, y estaba solo, caminando alrededor de mi auto, de mi casa: lo único que me quedaba. Miré al cielo y, por un breve instante, pensé en Cristo, nacido en una noche como esta, en un pesebre. Dios estuvo solo en la Navidad, salvo por unos cuantos pastores y algunos animales. Me sentía igual: nadie compartía la Navidad conmigo. No podía quitarme de la cabeza los ojos del niño Jesús, envuelto en pañales y mirándome fijamente. Deseaba poder entrar en aquel lugar donde él había nacido. Sin nada que regalar, excepto mi desgarro, me arrojaría a sus pies y le daría mis últimas pastillas. Los ángeles no estaban cantando esta noche de Navidad, estaban llorando. Otro hijo de Dios había desperdiciado su vida.

Me iría a visitar a mi hermana en dos días. Mi visión del niño Jesús sería sustituida por otra. Mi hermana acababa de tener su primer hijo. Deseaba poder disfrutar de eso más de lo que lo hacía. Deseaba que aquello ocupara más espacio en mi mente del que ocupaba. Pero ya no podía pensar en nada más que en mí mismo, constantemente atrapado en mi propia miseria.

Unos días después de llegar, iría a un centro de tratamiento por última vez. Ya había ido cuatro veces. Cuatro veces no había funcionado. Había memorizado los mantras. Había elevado las oraciones. Había saboreado la comida con la conciencia limpia y, sin embargo, volvía a caer. Volvía al vacío. Volvía al caos previsible de la adicción. Esta sería la última vez que acudiera a un centro de tratamiento. Lo sabía, en parte, por la apelación final de mis padres: "Richie, se acabó. No tenemos más dinero. No tenemos más que dar. Nos cansamos de ver cómo te matas". Pero en el fondo sabía que si no podía desintoxicarme ahora, nunca volvería a estar limpio. Había agotado todos mis recursos. La única razón por la que iba a tratamiento era porque no tenía ningún otro sitio al que ir.

Volví a mi auto y apagué el motor durante un rato. Me envolví en mi chaqueta y pasé el resto de la Navidad mirando por el parabrisas, observando a los coches ir y venir. Estaba solo. No tenía adónde ir. No había sitio en la posada ni para Jesús ni para mí.

Capítulo 10

Gooding, Idaho

Cuando el avión aterrizó, la voz del capitán sonó por el altavoz: "Bienvenidos a Boise, Idaho. Estamos a -17 grados, y la temperatura máxima de hoy es de -16".

Estaba previsto que alguien del centro de tratamiento me recogiera. Tomé mi mochila y esperé en la fila hasta que el avión se vació. Fui directamente a los baños y mastiqué las últimas pastillas que me quedaban. Para la mayoría de las personas, eran bastantes pastillas. Pero yo tenía que masticar al menos diez a la vez para lograr drogarme. Mi hígado ya tenía que haber desaparecido para esa altura.

Salí del baño y me dirigí a la zona de reclamo de equipaje. No tenía equipaje que reclamar, pero era el lugar donde debía encontrarme con la persona del Centro Walker. El Centro Walker es un pequeño centro de tratamiento en la pequeña ciudad de Gooding, Idaho. Si pestañeas, lo pasas de largo. Lo único que hace que el pueblo se mantenga activo es el centro de tratamiento y una escuela para ciegos. ¡Qué casualidad! Personas ciegas que viven junto a personas ciegas. A diferencia de los ciegos físicos, los adictos son ciegos por elección: vagan por la vida, cargados de negación, buscando en la oscuridad algo que los sostenga, pero nada los sostiene.

La persona que enviaron para buscarme era el encargado de mantenimiento. Parecía tener más de setenta años. Estaba al final de la escalera mecánica con mi nombre en un cartel. Estoy seguro de que podría haberme identificado sin eso. Nunca me

habían esperado en el aeropuerto con un cartel. Pensaba que solo se esperaba con carteles a la gente importante y exitosa. Por un segundo, imaginé que yo era un magnate exitoso de los negocios. Se me dibujó una breve sonrisa que luego desapareció rápidamente. ¿A quién quería engañar? Era un drogadicto. No había hecho nada importante en toda mi vida. Las pocas cosas significativas que tenía –mis hijos, mi esposa– las había dilapidado por un bolsillo lleno de pastillas.

El hombre de mantenimiento tenía un rostro amable. Me acerqué a él y le dije:

–Soy Richie.

–Hola, Richie. Soy John. Soy del Centro Walker y he venido a buscarte.

Toda su cara se iluminó con una sonrisa. Había olvidado lo que era sonreír así.

–Me parece bien –dije.

–¿Tienes algún bolso? –preguntó; aunque sabía la respuesta.

–No, solo esto –dije mientras golpeaba las correas de la mochila que tenía sobre los hombros.

–De acuerdo; estacioné aquí cerca.

Lo seguí. Caminar hacia el aire frío era como chocar con una pared de ladrillos.

–Bienvenido a Idaho en invierno –dijo con otra gran sonrisa–. ¿Tienes una chaqueta más abrigada?

–No.

–Seguro tenemos algo en el centro que puedas usar mientras estés aquí –dijo mientras me abría la puerta del lado del pasajero de una camioneta, como si fuera un chófer.

Me subí.

El viaje a Gooding duró dos horas. Me pasé la mayor parte del tiempo mirando por la ventanilla. El desierto alto del sur de Idaho es muy diferente del verde exuberante de Tennessee. Parece otro mundo. El desierto parece vasto, y más grande, sin una espesa vegetación que oculte su grandeza. John intentó varias veces entablar una conversación conmigo mientras viajábamos, pero yo estaba distraído. Mi mente no dejaba de pensar en los últimos días en casa de mi hermana.

Cuando llegué, los regalos recién abiertos estaban debajo del árbol de Navidad. La casa de mi hermana tenía toda la apariencia y aroma de la Navidad. Habían pasado dos días desde Nochebuena. Mis dos hermanas y sus maridos estaban allí, así como mis padres, mi esposa e hijos. Yo llegué solo.

Cada vez que entraba en la habitación, todo el mundo "caminaba sobre huevos". En sus ojos había amor, pero también dolor y desconfianza. La incomodidad salía a la superficie e impregnaba la habitación con una espesa atmósfera de rareza. Nadie sabía qué decir. Nadie sabía qué hacer. Yo tampoco sabía qué hacer. Así que, me quedé allí de pie.

–Puedo calentarte un poco de comida si tienes hambre, Richie –dijo mi madre, intentando aliviar la tensión y fingir que todo era normal.

–No tengo hambre, pero gracias.

Jennifer me trajo a su recién nacida: Sydney. Era preciosa. La primera nieta desde Hayley, mi hija.

–Es preciosa –dije.

Era evidente para todos que yo era incapaz de realmente apreciar a mi nueva sobrina. Me faltaba la vitalidad. Me faltaba el carisma. Estaba enfermo. Débil. Roto. No quería abrazarla mucho tiempo para no romperla y que quedara como yo. Una parte de mí deseaba poder disfrutar de la Navidad y de mi familia como antes, pero eso no duró; había perdido incluso la capacidad de desear.

Brittney me evitó durante la mayor parte de los pocos días que estuvimos juntos. Todas las mentiras, la manipulación y la ira habían culminado en este momento. Apenas se atrevía a mirarme. Seguramente le habían aconsejado que me abandonara. Debería haberlo hecho. Hacía tiempo que no podía amarla. Ella se había enfermado por mi enfermedad. Mi quebranto la había quebrantado.

Bajo el árbol había unos cuantos regalos sin abrir. Uno de ellos tenía mi nombre. Llegó el momento de abrirlo. Era una Biblia Celebremos la Recuperación. Probablemente tenía veinte Biblias en casa, pero esta era diferente; había sido recopilada pensando en el adicto. Abrí la Biblia, y las páginas que quedaron ante mí contenían el Salmo 143:11 y 12:

"Por tu nombre, Señor, dame vida;

por tu justicia, sácame de este aprieto.

Por tu gran amor, destruye a mis enemigos;

acaba con todos mis adversarios.

¡Yo soy tu siervo!"

Una línea se me quedó grabada: "Por tu justicia, sácame de este aprieto". Lo dije en voz baja mientras conducíamos por los espacios abiertos de Idaho. "*Sácame de este aprieto*".

El resto de los tres días que pasé con mi familia están borrosos. Tuve momentos de conversaciones y normalidad, pero la mayor parte del tiempo fue más de lo mismo. Esta vez mi familia no intentó detenerme. Mi madre incluso me acompañó a buscar una receta. No le di otra opción: o me ayudaba a llegar al domingo, cuando iría al centro de tratamiento, o acabaría haciendo alguna estupidez y me arrestarían o moriría. Sufrió conmigo porque me quería. Me pregunto si Dios es así. Sufre con nosotros porque nos ama. Nos soporta porque nos ama. Aparentemente, él piensa que el dolor de no tenernos es mayor que el dolor de tenernos. A pesar de las cosas horribles que hacemos, sigue creyendo que podemos llegar a ser los hijos que hizo. "Por tu justicia, sácame de este aprieto". Mi familia había depositado su última esperanza en el lugar al que me dirigía ahora: el Centro Walker. Habían rodeado todas sus oraciones y sueños con esta última y gran esperanza.

–Aquí estamos –dijo John–. La floreciente metrópolis de Gooding, Idaho.

Estaba bromeando. Solo había un semáforo en medio de la ciudad y un puñado de tiendas y restaurantes.

De repente, mi realidad me golpeó en la cara. *¿Qué he hecho? ¿Por qué acepté venir aquí?*, pensé mientras John se acercaba a la

fachada de lo que parecía un pequeño hospital. Se bajó del vehículo y me abrió la puerta como un chófer.

–Ha sido un privilegio conocerte, Richie –dijo John–. Estoy seguro de que volveré a verte mientras estés aquí.

Me extendió la mano para que la estrechara y me miró con dos de los ojos más amables y pacientes que jamás haya visto.

–Gracias, John –dije mientras estrechaba su mano.

–Entra por ahí –dijo señalando la puerta principal–. Alguien te registrará.

Se detuvo un segundo, probablemente intuyendo lo que yo estaba pensando: salir corriendo. Miré detrás de él, hacia la escuela para ciegos, y más allá, hacia los campos de nada. No había ningún lugar al que huir. John se metió en su vehículo y se alejó.

Me dirigí a la puerta principal. Sentía el estómago apretado; las piernas, como si fueran de goma. Ya me dolía el cuerpo por el comienzo de la abstinencia.

Había alguien en la puerta principal, esperándome. En cuanto establecimos contacto visual, sonrió a través del cristal.

–Hola, tú debes ser Richie. Yo soy Pam.

Extendió su mano y la tomé, con mi disposición a ser agradable disipándose rápidamente.

–Hola.

–Ven, vamos, así puedes acomodarte e instalarte.

Me guio hasta su oficina y me invitó a sentarme frente a su escritorio. El centro de tratamiento era un ala rediseñada de un hospital. El hospital seguía teniendo una sala de urgencias, pero eso era todo. Desde luego, olía como un hospital.

Pam ya tenía algunos de mis datos de cuando mi madre me había reservado un lugar por teléfono. La información del seguro y los datos personales estaban entre los papeles que había que rellenar. Ya había pasado por esto tantas veces, que respondí sin pensar. Ya me sentía mal. Ya se me estaba pasando el efecto de las píldoras que había tomado al aterrizar. Mi tolerancia había llegado al punto de tener que consumirlas cada pocas horas, al menos tres veces al día. Y eso era solo para sobrevivir. Si quería drogarme en serio, tenía que tomar por lo menos de nueve a diez Lortab 10, las pastillas habituales que pedía. Cada pastilla tenía 10 miligramos de hidrocodona (el opiáceo) pero 500 miligramos de paracetamol. Si mis cálculos son correctos, cada día tomaba cerca de 13.500 miligramos de paracetamol. No me cabían dudas de que ya sufría algún daño hepático, pero no me importaba. Hacía tiempo que había dejado de importarme. En la adicción llegas a un punto en el que sucumbes a la idea de que probablemente vas a morir por ello. No sé cuántas veces me acosté sin saber si me iba a despertar. Caía desmayado con una oración en la cabeza: "Señor, no me dejes morir así. Te prometo que si me ayudas a sobrevivir a esta vez, pararé". El problema era que nunca me detenía. ¿Cuántas veces me escucharía Dios? Estas oraciones empezaron a parecerme sacrílegas. Las elevaba sin intención de cumplir nada de lo que decía. Era pura superstición. Si existía un Dios, le gritaba; por si el gran Dios tomaba realmente casos como el mío. Quería orar lo suficiente como para salirme con la mía, pero no lo suficiente como para que él actuara e interviniera en mi uso y búsqueda de formas y

medios para usar más. Me sentía avergonzado y abochornado por algunas de las oraciones que había hecho. Así que, en algún momento, dejé de orar. Decidí que era mejor no orar y no llamar la atención. Tal vez podría pasar desapercibido. Llegué a un punto en el que casi le daba la bienvenida a la muerte. *Mejor drogarse y morir que vivir y no drogarse*, pensaba.

Pam estaba tecleando cuando levantó la vista y me preguntó:

–La droga que prefieres son los opiáceos, ¿verdad?

–Sí.

–¿Cuánto estabas tomando?

Le dije, pero no pareció inmutarse. Probablemente lo había oído todo. Yo no era tan único, en lo que respecta a los adictos; la misma enfermedad, la misma historia.

–¿Cuándo fue la última vez que consumiste? –*clic-clac*, sus dedos bailaban sobre el teclado.

–Hace cuatro horas, más o menos.

–¿Cómo te sientes ahora? –preguntó ella.

–Estoy empezando a sentirme muy mal.

Era un verdadero adicto. Ya había pasado por la desintoxicación. Siempre buscaba conseguir más drogas. Estuviera donde estuviera, interpretaba un papel. Tanto en la calle como en el consultorio del médico o en la desintoxicación, siempre actuaba para intentar conseguir más drogas. Las drogas de desintoxicación de los centros de tratamiento varían casi tanto como las drogas a las que la gente es adicta. Los adictos a

los opiáceos reciben una cosa; los adictos a las anfetaminas, otra; los adictos a las benzodiazepinas y al alcohol, otra. No sé si realmente hay diferencia, pero los adictos tomaremos cualquier cosa si creemos que nos va a ayudar. Solo en los centros de tratamiento hay gente que se presenta treinta minutos antes de la hora en que se dan las drogas. No somos puntuales para nada más. Las graduaciones, las bodas, el nacimiento de nuestros hijos, lo que sea: llegamos tarde a todo. Pero a la hora de las píldoras, cuando estamos saliendo de los opiáceos, llegamos temprano. Estamos desesperados por tomar cualquier cosa. No importa si es paracetamol o ibuprofeno. Puede ser vitamina C, y la masticaremos, la inhalaremos o nos la inyectaremos si creemos que puede llevarnos a un pico de euforia. El mero hecho de consumir cualquier cosa parece ayudar.

–Ya casi hemos terminado aquí, y luego te llevaremos a ver a la enfermera –dijo, como si me hubiera leído la mente.

Solo dame algo, pensé.

Pam terminó de completar mi registro y me acompañó al puesto de enfermería. Allí respondí las preguntas que la profesional me hacía, muchas iguales a las anteriores. Pronto terminaron las preguntas y me dieron mi cóctel de desintoxicación. Podía ser mejor, podía ser peor... Me lo tragué.

A continuación, me llevaron a la que sería mi habitación durante los siguientes 28 días. Mi compañero de cuarto estaba sentado en el pequeño escritorio de nuestra habitación. Levantó la vista.

–Ron, este es tu nuevo compañero de habitación, Richie. Richie, este es Ron.

–Bienvenido a la mejor habitación –dijo Ron con una pizca de sarcasmo.

Extendió la mano para saludarme y sonrió genuinamente. Ron era un hombre de sesenta años que parecía de 75. Al igual que yo, había estado en tratamiento varias veces. Llevaba ya una semana en el programa. A juzgar por la cuerda que le sujetaba los pantalones, su atuendo y el tabaco sobre el escritorio, tenía toda la apariencia de ser un indigente.

–Richie, tu primera sesión de grupo es dentro de veinte minutos. Acomódate y Ron te llevará. Me alegra conocerte –dijo Pam mientras extendía su mano para estrechar la mía.

La estreché y luego dejé mi única mochila sobre la cama y me senté junto a ella. Eso fue todo lo que tuve que hacer para instalarme.

–¿De dónde eres? –preguntó Ron.

–Nashville –respondí.

–El famoso Opryland –dijo emocionado.

En realidad es el Grand Ole Opry, pero no me importó lo suficiente como para corregirlo.

–Sí, eso –dije.

–¿Eres de ahí originalmente?

Podía ver que Ron era del tipo hablador. Iupi.

–Básicamente, sí –dije.

Miró la etiqueta con mi nombre, y vio mi apellido.

–¿Halversen? Eso suena a noruego.

–Lo es.

Sus ojos se iluminaron cuando confirmé sus sospechas.

–¡Qué bien! ¡Sabía que me caías bien! Yo también soy noruego. Mi apellido es Christianson. Qué casualidad, pusieron a los dos noruegos juntos. ¿Eres luterano? –preguntó, y luego añadió–: ¿Budista? ¿Hindú? ¿Musulmán? Me imaginé que, como eres noruego, quizá seas luterano como yo. Mi padre era pastor.

Las coincidencias continuaban.

–No soy luterano, pero mi padre también es pastor.

–¿De verdad? ¡No lo puedo creer! –dijo, tan aturdido como un adolescente que acaba de conocer a su compañero de habitación en la universidad.

–¿De qué confesión religiosa?

Me daba cuenta de que iba a regresar a eso.

–Adventista del Séptimo Día.

Ron no me dio la respuesta habitual de "Ah, ya veo" que suelo recibir, ni el momento de incomodidad cuando la gente dice: "¿No son ustedes los que no donan sangre?" No. "¿No son los que no prometen lealtad?" No. "¿No son ustedes los que no...?" Lo he oído todo. Pero Ron no se inmutó.

–He conocido a algunos adventistas del séptimo día. Eran gente bastante buena.

Ron no hablaba de cosas que no conocía. Solo hablaba de cosas con las que tenía alguna experiencia. A lo largo de las siguientes semanas, descubriría que Ron había tenido bastantes experiencias. Algunas buenas y otras malas.

–Y ¿cuál es tu veneno? –preguntó Ron.

Entre los adictos siempre nos hacíamos esa pregunta. Es lo único que varía entre nosotros. Todo lo demás es básicamente lo mismo. Ya sea un alcohólico, un drogadicto o un adicto al crack, todos caemos en las mismas trampas de la desesperación.

–Pastillas. Opiáceos. Analgésicos.

–Ah, estás metido con las pastillas, ¿eh?

Ron no esperó a que le preguntara. Quizás intuyó que no iba a hacerlo.

–Para mí es el aburrido alcohol. Aunque he experimentado con casi todo lo que se puede tomar.

Hablaba de ello como si fueran historias de guerra o cicatrices de batalla.

–¿Has estado alguna vez en tratamiento? –preguntó Ron con una sonrisa. Ya sabía la respuesta.

–Sí. Unas cuantas veces –dije con cierto atisbo de sonrisa.

Me avergonzaba, pero había aprendido a reírme de ello. Como dicen: "Si no te ríes, lloras".

–Yo también. Este es el número diez para mí.

Una visión fugaz de mí, a los sesenta años, todavía pasando por centros de tratamiento, cruzó mi mente. Me acobardé ante esa idea. No podría aguantar un año más... mucho menos 35. Me resultaba increíble que alguien hubiera podido vivir tanto tiempo con ello.

Ron siguió hablando mientras mi mente divagaba. Solo quería drogarme. Solo quería drogarme, dormirme y no despertar nunca. Quería drogarme una vez más y luego morir. Estaba cansado de las mentiras. Estaba cansado de toda la manipulación. Estaba cansado de toda la desintoxicación. Estaba cansado de odiar mi vida y de no poder mirar a la persona que se reflejaba en el espejo.

Estaba llegando al punto de la abstinencia en el que todo empezaba a doler. Tu cuerpo te recuerda la dosis. Los medicamentos de desintoxicación apenas hacen algo para frenar el dolor. La cama en la que estaba sentado me hacía doler. La luz fluorescente de la habitación me hacía daño a los ojos. El sonido de la voz de Ron me dolía. Me sentía como un gran nervio expuesto: todo me pinchaba, me presionaba. El hambre me acosaba. Ron seguía hablando. Asentía con la cabeza en todos los momentos adecuados, pero no estaba escuchando.

Durante las próximas semanas aprendería a escuchar más. Especialmente a Ron. Él sabía mucho. Quizá no lo ponía en práctica todo el tiempo, pero sabía de qué hablaba. Tenía la habilidad de sacar lo mejor de cada situación. Estaba contento de estar en el centro de tratamiento. Hacía meses que no comía tan bien ni dormía tan bien. Ron acabaría enseñándome a apreciar las pequeñas cosas: la ducha caliente, la comida caliente, la cama blanda, una simple conversación. Pero eso sería más adelante. En

este momento me dolía todo; era un dolor furioso que me estremecía el cuerpo.

Capítulo 11

El crisol de la abstinencia

Era casi medianoche. Dentro de unas horas sería Año Nuevo. Mi fecha de sobriedad sería la de Nochevieja. Eso es raro. Que el Año Nuevo sea tu fecha de sobriedad es bastante común, ¿pero la víspera de Año Nuevo? Suele ser el día en el que tienes tu último pico de euforia antes de darle una oportunidad más a la sobriedad.

El dolor ahora era muy intenso. Todo mi cuerpo gritaba y chillaba, hasta los tuétanos. Cada receptor nervioso estiraba las manos como un niño hambriento. Era un tipo de hambre oscura y destructiva que roía desde la parte más tenebrosa de mi alma. Todo me dolía.

Tal vez podría escabullirme y conseguir algo, pensé. *Tal vez pueda escaparme por la ventana, ir a la ciudad y volver antes de que la enfermera se dé cuenta de que me fui.* En el momento en que ese pensamiento entró en mi mente, reconocí que era una locura. ¿Cuántas veces me había convencido a mí mismo de esto? Había dejado el tratamiento antes, en contra del consejo médico. Cuando las cosas se ponen difíciles, los valientes enfrentan la situación, pero los adictos empiezan a correr. Huyen de la sobriedad. Huyen de la responsabilidad. Todas las otras veces había estado en Nashville, mi zona de comodidad. Conocía esa ciudad por dentro y por fuera. Podía pedir dinero. Sabía a quién estafar. Contaba con todo tipo de personas a las que podía intentar manipular. Pero aquí, en Gooding, no tenía a nadie. Estaba en lo que parecía el pueblo más pequeño de Idaho. Era la víspera de Año Nuevo. Hacía unos veinte grados bajo cero afuera. Mi pensamiento era

una ridiculez empapada de desesperación. Estaba tan acostumbrado a mentirme a mí mismo que me resultaba difícil saber dónde terminaba la mentira y dónde comenzaba la verdad.

Los fuertes y constantes ronquidos de Ron hicieron que mi insomnio fuera aún más evidente y espantoso. Me levanté y me duché. Pareció ayudar por un momento. Subí la temperatura al máximo. Pero no duró mucho. La piel se me volvió a erizar. Las náuseas, la diarrea y los dolores corporales son solo algunos de los síntomas de la abstinencia del adicto a los opiáceos. Puede que no sea mortal, pero duele lo suficiente como para que quieras morirte.

Cerré la ducha y me vestí. Me arrastré a la cama, y fuera de la cama. Paseé por el dormitorio. ***No puedo hacerlo. No soy lo suficientemente fuerte. Me duele demasiado. Hace un año que no paso un día entero sin consumir.*** Durante más de un año, cada día, mi cuerpo se había acostumbrado a la ayuda sintética de los opiáceos. Mi cuerpo había olvidado cómo sentirse bien de forma natural.

Salí al pasillo. El resplandor del puesto de las enfermeras lo cubría todo con un gris clínico. Oí a alguien débilmente desde el interior, pero no lo vi. En el pasillo había un teléfono público, el único al que teníamos acceso. En el cajón de abajo había una pequeña guía telefónica. Esta era mi rutina: ir a un teléfono público, sacar la guía telefónica y empezar a pedir recetas. La guía telefónica de Gooding y sus alrededores solo tenía 6 milímetros de grosor. Era una pequeña ciudad en medio de la nada. ¿Por qué acepté venir aquí? Estaba al menos a mil kilómetros de cualquier persona que conociera remotamente. ¿Adónde iba a ir? Incluso si conseguía drogas, ¿adónde iría? Mis padres habían sido claros, mi esposa había sido clara. Todo se

resumía en sus últimas palabras antes de que me subiese al avión: "Si no te mantienes limpio, no vuelvas a casa", me había dicho, con un dolor abrumador en su mirada. Pero había algo más en esa mirada. Algo que no veía desde hacía tiempo. Una mirada de esperanza, de que tal vez, solo tal vez, volvería a tener a su marido; que tal vez, solo tal vez, este sería el momento en que todo se acomodaría. Pero era una posibilidad tan remota que dejó que saliera a la superficie apenas un segundo antes de guardarla en el fondo y ponerla junto a todas las demás esperanzas rotas de los últimos años. Llega un punto en el que duele demasiado tener más esperanzas. No podía culparla. Yo la había empujado hasta ese punto. La constante ansiedad de tener que ocultar su dinero, de que me arrestaran y de que muriera llegó a ser demasiado.

Abrí la guía telefónica en la letra "f". Solo había diez farmacias en toda la guía telefónica, de las cuales solo una estaba abierta 24 horas, y quedaba a 45 minutos de donde yo estaba. Las enfermeras se reían de algo. Probablemente por algo que habían hecho o dicho sus hijos pequeños. Me quedé mirando fijamente la "página de la farmacia" como lo había hecho mil veces antes, pensando en las posibilidades, en cómo podía convertir la imposibilidad en una posibilidad. Y fue ahí cuando lo escuché. Fue ahí cuando Dios me habló por primera vez en lo que me había parecido una eternidad.

No sé si realmente era Dios o simplemente un efecto secundario de mi abstinencia. Pero había pasado por este proceso de abstinencia muchas veces antes y nunca había oído nada parecido. Mientras estaba en el pasillo del Centro Walker, en la pequeña ciudad de Gooding, Idaho, considerando la posibilidad de dejar el tratamiento, oí una voz que decía: "Richie, si sales

por esa puerta, morirás; pero si me das tu vida, te prometo que volverás a vivir".

Fue tan audible, tan real, que miré a mi alrededor, casi esperando que Ron estuviera detrás de mí gastándome alguna broma pesada. Pero solamente estaba yo, con Alguien más. De repente, sentí un fuerte calor. Seguía con dolor, pero me sentía más ligero de lo que jamás me había sentido. Era un resplandor tranquilizador que apenas atenuaba el dolor de la abstinencia, pero que lo disminuía lo suficiente como para que pudiera pensar con claridad durante un segundo. Podía salir por esa puerta y morir –o peor, seguir viviendo como lo hacía– o podía quedarme aquí un poco más.

Dejé la guía telefónica y volví a mi habitación. Ron seguía profundamente dormido. Me acerqué a mi cama y, por primera vez en mucho tiempo, me arrodillé y junté las manos, tal como me habían enseñado de niño, como hijo de un predicador. Miré por encima de mi hombro para asegurarme de que ni Ron ni alguien más estuviese mirando. Y oré. Lloré. Sollocé. Las oraciones brotaron de mi mente como las lágrimas que corrían por mi rostro.

Estaba roto, y por primera vez, dispuesto a que algo que no fuera yo dirigiera mi rumbo. Por fin sentí que había tocado el proverbial fondo porque, por primera vez, el suelo debajo de mí se sentía lo suficientemente sólido como para soportar mi peso.

"Estoy cansado, Dios", susurré. "Estoy vacío. Estoy roto. Ya ni siquiera sé cómo ser una persona 'normal'. Estoy increíblemente solo y perdido. Ayúdame, cámbiame. Enséñame a vivir de nuevo". Era una oración corta pero concisa. Parecía

perfectamente suficiente para Aquel que estaba conmigo. Él podía tomar esa pequeña oración y convertirla en algo grande.

Me levanté lentamente y me arrastré de nuevo a la cama. Todo seguía doliéndome con la misma intensidad que antes, pero ahora había algo más en mí. Por primera vez en mucho tiempo, sentí algo bueno dentro de mí; no la sensación habitual de algo que faltaba, sino de algo presente.

Miré el reloj digital de mi mesa de luz. Dentro de unas horas, habría pasado mi primer día limpio en más de un año. Un día que me había parecido una eternidad. Pero, mientras estaba acostado en la cama, empecé a pensar en algo más que en las drogas. Empecé a pensar en las preguntas inquisitivas de mi hijo de cinco años. Casi podía ver la dulce sonrisa de mi hija de dos años. Casi podía sentir el toque de mi esposa y saborear su beso. Oí algo en lo más profundo de mi corazón: un versículo de la Biblia. No tengo ni idea de dónde vino, pero lo oí, tan claro como el cristal. "¡Miren a las naciones! ¡Contémplenlas y quédense asombrados! Estoy por hacer en estos días cosas tan sorprendentes que no las creerán aunque alguien se las explique" (Hab. 1:5).

Capítulo 12

El circuito de cuerdas

Había dormido toda la noche por primera vez desde mi ingreso al tratamiento. Dos semanas. Cada día era un poco mejor que el anterior. Cada día mi mente se aclaraba un poco más, y mis pensamientos eran un poco más racionales y concisos.

La comida empezó a tener mejor sabor. Las risas se volvieron más genuinas. Muchas cosas que daba por sentadas mientras consumía comenzaron a renacer en la recuperación. Comencé a apreciar lo que durante la adicción solo utilizaba para sobrevivir; no como un medio para un fin, sino como un fin glorioso en sí mismo. La comida está pensada no solo para mantenernos con vida, sino para que la disfrutemos. Las papilas gustativas empezaron a explotar de sabor.

Al salir del comedor, caminé con un grupo que se dirigía al circuito de cuerdas. El circuito de cuerdas era un ejercicio de equipo, un experimento para fomentar la confianza, una serie de caminatas por caminos estrechos, subidas empinadas y paseos movidos que nos enseñaron a escuchar a otra persona, para variar. Para los adictos, aceptar indicaciones en lugar de darlas constantemente, soltar y dejar que otra persona te guíe, es muy difícil.

Varios de los que se encontraban actualmente en el Centro Walker habían estado aquí antes y no podían evitar divulgar la verdad sobre el circuito de cuerdas. Su entusiasmo era palpable. "Lo cambia todo", decían. No pude evitar pensar que, aparentemente, no los cambiaba demasiado, ya que estaban aquí

de nuevo. Había estado en tratamiento tantas veces que pensaba lo mismo de mí. *¿Cómo sé que lo conseguiré esta vez? ¿Cómo sé que me mantendré limpio?* Mis pensamientos volvían a estas preguntas muchas veces. Intenté mantenerme ocupado para evitar pensar demasiado.

Salimos por la puerta y nos reunimos frente al circuito de cuerdas: un cuadrado gigante de madera elevado tres metros. Uno de los lados del cuadrado tenía tres cuerdas tensas: dos cuerdas tensas para agarrarse y una para los pies. Una sección consistía solo en un tablón estrecho; otra sección consistía en una serie de neumáticos. El cuarto lado del cuadrado estaba conformado por una serie de escalones de madera que se balanceaban un poco cuando estabas sobre ellos.

Nos quedamos allí, boquiabiertos ante el circuito. Cuando los instructores empezaron a explicar el proceso y a repasar el protocolo de seguridad, la ironía de que un grupo de adictos estuviera escuchando el protocolo de seguridad me hizo sonreír un poco. Todos los que fuéramos al circuito de cuerdas llevaríamos cuerdas de seguridad. Si nos caíamos, tendríamos algo que nos sostuviera. Miré a mis nuevos amigos. Compañeros de viaje. La comunidad de mi recuperación. Me sentí bien al ya no estar solo, al no tener que estar constantemente pendiente de mí mismo. Poder empezar a cuidar de otra persona fue una bocanada de aire fresco. Es algo que la gente "normal" hace todo el tiempo y que puede no parecer gran cosa, pero para nosotros, como adictos, era algo enorme porque no lo habíamos hecho en mucho tiempo.

Realizar pequeños esfuerzos por cuidar de otra persona constituye un paso enorme en la recuperación. No me cabía duda de que continuaba siendo una persona muy egoísta,

ensimismada. Pero cada vez que estábamos sentados en un grupo, escuchando las dificultades de otra persona, sentía que mi propia locura empezaba a aflojarse un poco. Me permitía empezar a respirar de nuevo. No te das cuenta de la cantidad de energía que consume la autoobsesión hasta que tienes un pequeño descanso de ella. En esos momentos, te das cuenta de cuánto has estado conteniendo la respiración. Siempre preocupándote: *¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a conseguir? ¿Qué me va a pasar?* Estás a cargo de todo, y todo empieza a desmoronarse, y te falta la fuerza, el ingenio y el poder para mantenerlo todo unido. ¡Qué alivio escuchar y aprender de otra persona, para variar! Había empezado a respirar de nuevo.

Algunos pacientes me habían pedido varias veces que asistiera a su "Primer paso"; básicamente, para escuchar y dar mi opinión sobre uno de los momentos más oscuros y desesperados de su vida. En el pasado, nadie quería mi opinión. Pero eso estaba empezando a cambiar. El Primer Paso es: "Admitimos que somos impotentes ante nuestra adicción y que nuestras vidas se han vuelto ingobernables". En el tratamiento, cuando alguien hace su Primer Paso, comparte la locura y la ingobernabilidad de su enfermedad. El principio espiritual que subyace a este paso es la honestidad. Se necesita gran honestidad para mirarse a uno mismo, con lo bueno, lo malo y lo feo (y en este momento, la mayoría es solo feo), y decir la verdad. *No puedo dejar de consumir. He maltratado a otros. He sido egoísta. Estoy destrozado. Ya no puedo hacerlo solo.*

Al observar el heterogéneo grupo que se había reunido para participar en el circuito de cuerdas, me sorprendió la diversidad. Como dice el refrán: "La adicción no discrimina". Allí había médicos, abogados, fontaneros y obreros de construcción, gente que tenía un doctorado y gente que ni siquiera había

terminado el secundario. Pero éramos iguales. Éramos absolutamente iguales. Vi a todas las personas que participaron en mi Primer Paso. Solo los conocía desde hacía unas semanas, pero confiaba en ellos. Habían estado donde yo había estado. Me habían visto en mi momento más feo y, sin embargo, no me habían rechazado. Seguían eligiendo estar a mi lado.

Fue aquí, mientras guiábamos a otros por el circuito de cuerdas y mientras otros me guiaban a mí, que me di cuenta de que la vida es un circuito de cuerdas. A menudo es inestable, precaria y vertiginosa, y por eso nos necesitamos unos a otros. Nos necesitamos desesperadamente unos a otros; necesitamos a personas que puedan ayudarnos y guiarnos por los rincones complicados de la vida, porque a menudo las cosas que nos resultan naturales son las que acaban matándonos. Por eso necesitamos una voz externa a nosotros mismos que nos reoriente hacia nuestro objetivo y nos recuerde nuestro camino.

Cuando llegas al final del circuito de cuerdas, llegas a lo que se llama "El salto de fe", donde caes de nuevo en la seguridad de los brazos de tus amigos. Como símbolo de las muchas incógnitas de la vida, en el salto de fe debes confiar en algo más grande, mejor y más poderoso que tú mismo. Hacer esto fue difícil para mí. En los últimos años solo había tenido fe en mí mismo. Había necesitado todo mi ingenio y creatividad solo para sobrevivir. Pero ese era el problema: solo había estado sobreviviendo. No había estado viviendo. No había estado amando.

El circuito de cuerdas nos recordó que podíamos tener fe en el compañerismo de nuestros nuevos amigos. No importaba lo lejos que cayéramos, teníamos una línea de seguridad que estaba conectada a nosotros. No fue hasta que nos volvimos vulnerables como en el circuito de cuerdas, o como con nuestro Primer Paso,

que pudimos sentir los brazos de nuestros amigos –o más importante, de nuestro Dios– rodeándonos. No fue hasta que llegamos al final de nuestra cuerda que le extendimos la mano a Dios. Ahora empezaba a ver con claridad. Empezaba a experimentar la vida real.

No todo el mundo dio el salto de fe: algunos por su miedo a las alturas, otros por su miedo a lo desconocido o por su miedo a caer. Dar el salto de fe no era garantía de recuperación y sobriedad duraderas; pero me obligué a darlo. No iba a correr ningún riesgo. Esta vez tenía que hacer las cosas de forma diferente. Tenía que dudar de mis dudas, cuestionar mis preguntas y vivir mi vida con fe en algo más grande, mejor y más poderoso que yo.

Cuando llegué a la plataforma del salto de fe, no me di tiempo para convencerme de no hacerlo. En el momento en que me dijeron que estaban listos para mí, me lancé hacia atrás, tal y como me habían indicado. Por un segundo, pensé: *"Qué descuido"*, pero en realidad era una de las cosas más cuidadosas que había hecho en mucho tiempo. Escuchar a otra persona, para variar; confiar en alguien que no fuera yo, para variar; y caer con la esperanza de que me sostuviera alguien que me quería. La caída duró solo un segundo, pero pareció, en la anticipación, durar una eternidad. Entonces, por fin, lo sentí: los brazos de mis amigos envolviéndome; el agarre de mi Dios sosteniéndome. Fue una experiencia que casi me dejó sin aliento; esta vez no por el peso aplastante del control y la adicción, sino por el puro placer de la libertad. La libertad absoluta. Ahora podía convertirme en la persona que Dios me había diseñado para ser. No necesitaba tener todas las respuestas. Podía empezar a dar pequeños saltos como este en la vida, escuchando las indicaciones de gente buena y confiando en la fiel sujeción de mi Dios. Un versículo pasó por

mi mente: "Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano" (Juan 10:28). Nadie podría arrebatarme de su amor. Nadie podría apartarme de su plan. Claro que podía ignorarlo y desviarme durante un tiempo, pero él era el Buen Pastor. Era un maestro en guiar a las ovejas errantes de vuelta al redil. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí seguro; seguro en los brazos de mis nuevos amigos, y seguro en el renovado agarre de mi Dios.

Capítulo 13

El Día de la Familia

En el Día de la Familia vería a mi esposa, mis hijos y mis padres. Llevaba 21 días de tratamiento. Solo una semana más y luego volvería a casa. Mantenerse limpio en un entorno controlado como este era una cosa, pero mantenerse limpio después de haber sido arrojado de nuevo al mundo era otra muy distinta. Había muchas preguntas y muy pocas respuestas. Pero ahora no tenía que preocuparme por eso.

Me senté en mi habitación y vi cómo los autos empezaban a llegar al Centro Walker y detenerse en el estacionamiento. Antes de completar mis 28 días de tratamiento, tenía que pasar por el "Día de la Familia". Me moría de ganas de verlos, pero tenía miedo de lo que pensarían cuando me vieran.

Las personas que estaban en tratamiento se habían convertido en mi familia, en mis confidentes. Sabían más de mí que mi propia familia. Pero había muchas cosas de mí que aún no conocían. Durante mucho tiempo, la honestidad no había sido mi política. Al igual que un par de jeans que no se han usado por un tiempo y están recién secados, era un poco ajustada y extraña para mi complexión. Todavía había demasiado de la calle en mí. El estafador. El manipulador. Nadie, salvo Dios, veía realmente todo mi ser, el Richie que yo quería que vieran. El Día de la Familia fue otro paso en el proceso de volverse vulnerable y sanar. Era un momento en el que los padres, los cónyuges y los hijos venían a ver a su familiar en tratamiento. También era un tipo de terapia para ellos. Les daba la oportunidad de decir las cosas que necesitaban decir. Yo tenía miedo de lo que dirían.

Tenía miedo de que mi esposa dijera lo que tenía derecho a decir: "Richie, no puedo aguantarte más" o "No puedo perdonarte por lo que has hecho". Le pasa a la gente todo el tiempo. ¿Por qué a mí no?

Observé cómo un par de niños veían a su madre por primera vez en semanas. Sus ojos se iluminaron y sus rostros se convirtieron en sonrisas. El padre no pudo evitar sonreír un poco también. Pero era una sonrisa cautelosa. Demasiadas sonrisas habían sido aplastadas, demasiadas esperanzas estrelladas contra los acantilados de la realidad.

Al poco tiempo, vi entrar en el estacionamiento la camioneta Dodge azul de mi padre. Dentro estaban mi madre, mi padre, mi esposa y mis dos hijos. Mi corazón latía con fuerza al prever que vería a mi familia. ¿Qué pensarían? ¿Qué diría mi esposa? ¿Seguiría enfadada? ¿Habría dañado irreparablemente a mis hijos?

La camioneta se detuvo y Brittney y mi madre salieron primero. Me quedé un poco sin aliento cuando vi a mi esposa. Fue como si la viera por primera vez. Es en momentos como este cuando te das cuenta de lo mucho que las drogas han atontado tus sentidos. Cuando estás drogado, lo único que puedes apreciar es la droga. Pero cuando dejas de consumir, al cabo de unos días, de repente empiezas a ver cosas que antes no podías ver. Como la forma en que mi esposa parecía brillar. Sus grandes ojos parecían un océano. Quería caer en sus ojos. Se rió mientras le decía algo a mi padre. Kaleb fue el siguiente en salir del auto. Había crecido mucho, y su mente inquisitiva se fijaba en su entorno. Mi madre sacó a Hayley del asiento del auto. Hayley estaba contenta de salir después del largo viaje. Sonrió cuando el sol se reflejó en su pelo rubio. Una repentina punzada de pánico

me invadió al pensar en verlos. ¿Qué les diría? ¿Qué me dirían ellos?

Me levanté y caminé hacia la entrada para poder verlos. Pasé por el puesto de las enfermeras. Uno de los adictos en recuperación pedía un medicamento para el dolor de cabeza. Las súplicas cayeron en saco roto. Las medicinas que se daban durante el Día de la Familia estaban muy restringidas. Ni siquiera daban paracetamol; nada. No querían que los adictos se medicaran. Querían que los adictos pudieran sentir, enfrentarse a las emociones y, finalmente, curarse.

Vi a mi familia llegar a la puerta principal por el lado opuesto. Nos vimos antes de llegar a la puerta de cristal. Mi esposa me dedicó una sonrisa. Era pequeña, pero era una sonrisa. No la había visto sonreír en mucho tiempo. La vida no le había dado muchos motivos para sonreír. Cuando abrimos las puertas, Kaleb corrió hacia mí y me dio un gran abrazo. Hayley, de solo dos años, me reconoció, pero se mostró un poco más indecisa. Me derretí por el amor plasmado en el abrazo de Kaleb. Su corta edad lo había protegido un poco de mi adicción. No pude contener las lágrimas. No pude contener los sollozos. Me sentía increíblemente feliz. Hacía mucho tiempo que no estaba tan feliz. Brittney se acercó a mí y a los niños, y también me abrazó. Este abrazo me restauró al instante. Fui redimido. Era todo lo que había perdido por la adicción. Nunca más lo perdería. Mis padres también nos rodearon, derramando sus propias lágrimas, con sus propias esperanzas, soñando sus propios sueños. "Querido Dios, ayuda a Richie a lograrlo esta vez".

Respiré aliviado. Mi esposa me había recibido con una sonrisa y un beso en lugar de una bofetada y los papeles de divorcio.

–¿Cómo va todo? –me preguntó.

–Hasta ahora ha sido increíble. Se siente tan bien estar limpio –dije.

Y lo decía en serio.

–Qué genial, Richie –dijo mi madre–. ¿Cómo es en comparación con los centros de tratamiento anteriores?

–Creo que más o menos lo mismo. Excepto que ahora realmente estoy escuchando.

Ni el mejor tratamiento del mundo ayudará a alguien que no está dispuesto a escuchar el plan prescrito.

–Te ves bien –dijo mi madre.

–Gracias. La comida es muy buena. Es increíble lo que puede hacer el mero hecho de comer -dije con una pequeña sonrisa, dándome cuenta de que estaba demasiado cerca de la verdad como para ser gracioso.

Los llevé por el pasillo. Hayley estaba en mis brazos. Les conté todo, desde los nombres de mis consejeros hasta lo que habíamos cenado anoche. Fue muy bueno verlos. En ese momento, me di cuenta de lo mucho que los había echado de menos. No solo por haber estado separados las últimas tres semanas, sino por haber estado separados durante los últimos años. Había echado de menos jugar con mis hijos. Había echado de menos reír con mi esposa. Había echado de menos estar con ellos. Simplemente, estar con ellos.

Entramos en la sala principal de reuniones, donde el propietario del Centro Walker se reuniría con las familias y les

explicaría la jornada. Todavía teníamos diez minutos, así que, llevé a Brittney a conocer mi habitación. Las tarjetas que Brittney les había mandado hacer a los niños para mí cubrían las paredes cerca de mi cama.

–Esta es mi habitación –dije.

Ron estaba sentado en su escritorio. No había venido ningún familiar.

–Brittney, este es mi compañero de habitación y amigo, Ron.

–Hola, Ron –dijo Brittney, tomando su mano y estrechándola.

–Es estupendo conocer por fin a la media naranja de Richie –dijo Ron con su característica sonrisa.

–Él también es de ascendencia noruega –dije.

–Así es. Tienen que mantenernos a los bribones alejados del resto del grupo. No quieren que corrompamos a los demás –dijo Ron mientras tomaba su cuaderno y se dirigía al pasillo.

–Ha sido un placer conocerte –añadió, dejándonos a Brittney y a mí solos un minuto.

Era hermosa. De repente sentí que mis pecados eran excepcionalmente feos, dañinos y malvados. En presencia de su belleza, me sentí inadecuado. La pobre se había quedado con un perdedor como yo. Pero ella no me miraba como si fuera un perdedor. No veía al drogadicto en el que me había convertido. Me miraba con ojos que veían a su esposo, al hombre con el que se había casado, al que, aunque los comienzos fueron un poco duros, amaba. Me sonrió mientras me tomaba de la mano, se acercó a ella y me dio un beso. Electricidad. Una electricidad al

rojo vivo recorrió mi cuerpo cuando nos abrazamos. Era el primer abrazo que recordaba haber sentido en años. Podría haber vivido en ese abrazo el resto de mi vida.

–Te quiero, Richie –dijo ella.

Su voz se quebró un poco.

–Estoy herida, pero te quiero.

Me abrazó un poco más fuertemente antes de soltarme. Tomé sus dos manos entre las mías.

–Yo también te quiero, Brittney. Y sé que lo he dicho miles de veces, y probablemente estés cansada de oírlo, pero lo siento. Lo siento muchísimo.

Esta disculpa iba en serio. Con esta disculpa deseaba tener la posibilidad de retroceder en el tiempo y deshacer todo lo que le había hecho a Brittney. Me sonrió antes de decir:

–Probablemente deberíamos volver.

–Sí, tienes razón.

La tomé de la mano y caminé con ella de vuelta a la sala de reuniones.

La sala estaba llena ahora. Había muchos niños riendo. Tantas parejas sonriendo... Pero bajo la fina capa de alegría había dolor. Dolor de corazón. Algunos de estos adictos estarían muertos en unos meses. Muchos de ellos recayeron. Las probabilidades de que un adicto logre salir son muy escasas. Miré a mi familia que escuchaba al orador. Estaba decidido a lograrlo esta vez.

Capítulo 14

Da, y recibirás

Cuando terminó la orientación, los pacientes volvieron a separarse de sus familias. Las familias de los adictos tienen sus propias sesiones de grupo por separado. Son solo unas horas para que los orientadores eduquen a la familia sobre cómo la enfermedad de la adicción afecta a todos los que conocen al adicto. Algunas personas realmente odian que a la adicción se la llame enfermedad; creen que es una salida fácil. Creen que es una excusa. No entienden por qué el adicto no puede dejarla. Sin embargo, que la adicción sea una enfermedad no exime al adicto de su responsabilidad. Solo se puede detener la adicción y vivir una buena vida con medicina diaria, como sucede con cualquier otra enfermedad. La medicina no consiste en pastillas, sino en la oración, la honestidad, la esperanza y la responsabilidad, por nombrar algunas.

Saludé a mi esposa y a mis hijos mientras salía de la sala y me dirigía a mi propio grupo. Llevaba mi libro básico de Narcóticos Anónimos como una Biblia. Nunca había leído un libro que compartiera mi historia tanto como este, excepto la Biblia. Estos libros también eran mi medicina.

El resto del día pareció pasar volando hasta que llegamos al momento que todo el mundo esperaba: cuando la familia –los más perjudicados– pueden expresarte su dolor. Nos habían instruido a fondo sobre lo que podíamos y no podíamos hacer.

"No se trata de ti", había dicho uno de nuestros instructores. "Se trata de tu familia y del dolor por el que han pasado. Tienes

que recibirlo. No puedes hablar durante todo ese tiempo. No se puede interrumpir". Ni siquiera se nos permitía cruzar las piernas y los brazos o encorvarnos. Incluso nos dijeron que no asintiéramos demasiado. El objetivo era evitar cualquier cosa que pudiera restarle importancia al miembro de la familia que estaba compartiendo su dolor, probablemente por primera vez. Habían soportado nuestras constantes travesuras, mentiras, manipulaciones y disculpas. Ahora era el momento de escuchar. No podíamos darles pañuelos, ni consolarlos mientras lloraban. Aparentemente, hay todo tipo de formas sutiles de intentar que esto se convierta en algo nuestro. Como dice el cliché: siente, enfrenta y cura. Nuestras familias tuvieron que sentir, enfrentar y curar como nosotros.

Solo mi madre y mi esposa participarían en este ejercicio. Mi padre estaba cuidando a los niños afuera. No estábamos solo nosotros. También había unos cinco pacientes más con sus familias en el círculo. Estaríamos juntos en esta montaña rusa.

Brittney fue la primera. La habitación estaba iluminada; todas las persianas estaban abiertas de par en par. Dejamos que la luz iluminara el dolor y las mentiras. El instructor/facilitador nos recordó las normas antes de empezar, y luego le pidió a Brittney que empezara. Brittney me dedicó una pequeña sonrisa como si dijera: "Lamento lo que va a pasar", y luego empezó. Durante los siguientes veinte minutos, Brittney compartió el dolor por el que la había hecho pasar. Los constantes temores por mi salud, la constante paranoia y preocupación por si me drogaba.

"Ni siquiera puedo salir de la habitación sin llevarme la cartera", dijo, con sus grandes ojos azules brillando llenos de lágrimas. Me contó un incidente tras otro, y todas las veces que su corazón había quedado destrozado. No recordaba haber hecho

la mitad de las cosas que mencionó, pero no tenía ninguna duda de que las había hecho. Los últimos años no habían sido más que un borrón, con breves momentos de lucidez. Cumpleaños perdidos, Navidades perdidas. Había estado desaparecido, como un niño al que se lo busca desde hace tiempo; con la diferencia de que todos sabían dónde estaba, pero no cómo llegar a mí. Me di cuenta del dolor que había causado. Me di cuenta del trauma que había causado. Mi pecho se sentía apretado por la vergüenza, como si uno de mis hijos estuviera sentado sobre mi pecho y yo acostado en el suelo. Pero aun así permanecí sentado y recibí lo que escuchaba. Con una postura abierta, mantuve las manos en los brazos de mi asiento, con los nudillos blancos de tanto sujetar. Era lo menos que podía hacer. Esto no era nada en comparación con el dolor que le había hecho pasar.

Cuando Brittney terminó, lo único que pudimos hacer fue abrazarnos. No debíamos decir nada. Era un momento delicado. Solo hacía falta un "lo siento" para que resurgiera una ola de malos recuerdos y el familiar cuestionara tu sinceridad. Así que, nos abrazamos en silencio, y el único sonido era el de algunos sollozos ahogados del círculo de personas sentadas en la sala, rodeándonos. Se sentían identificados con todo lo que acababan de oír. Sacaba su propio dolor a la luz. Hacía relucir sus propios "esqueletos". Me sentí bien al saber que no éramos los únicos con esqueletos; esqueletos que habían estado rondando nuestros armarios durante años, escondidos bajo nuestras camas desde que algunos de nosotros éramos niños. Es tan fácil pensar que estás solo... Que nadie está pasando por lo que tú estás pasando actualmente. No queremos que nadie piense mal del hijo, del cónyuge, del amigo al que queremos, entonces lo ocultamos y fingimos que no pasa nada. Pero es una mentira. Es una mentira que nos mantiene enfermos. Podías ver el alivio en los ojos de

todos cuando liberaban cosas que habían estado reteniendo durante años. Sentir, enfrentar y sanar. Sin embargo, no para todos fue terapéutico. Hubo muchas familias que salieron de la sala frustradas y enfadadas.

"¿Por qué tengo que estar aquí? No necesito terapia. Tú eres la que ha metido la pata. Tú eres la que ha descuidado a nuestros hijos", le gritó uno de los participantes a su esposa. Se levantó y salió de la sala. El facilitador hizo todo lo posible por animar a la paciente. Sus compañeros intentaron mirarla de forma tranquilizadora. Pero sus ojos reflejaban impotencia y pérdida. Sabía que las cosas no mejorarían, al menos para su matrimonio.

Mi madre fue la siguiente, con los ojos ya rojos por las lágrimas. No esperó ni se contuvo; se desató.

"Richie, estoy cansada de vivir cada día preocupada por si voy a recibir una llamada para avisarme que estás detenido, o peor, muerto. Tu padre y yo nos hemos preocupado mucho. Estamos casi en bancarrota financiera. Estamos casi en bancarrota emocional". Siguió hablando durante veinte minutos (el tiempo máximo concedido). Compartió su perspectiva. Cómo era para los padres ver a su hijo suicidarse lentamente. Cómo era ver al padre de sus nietos descuidar, e incluso poner en peligro, a sus nietos. Fue duro para mí oírlo, no porque no fuera cierto, sino porque lo era. Era una de las cosas más verdaderas que se hayan dicho alguna vez. Una vez oí a alguien decir que "la humanidad funciona con la negación como los coches con la gasolina". Nos engañamos a nosotros mismos constantemente, justificando el mal comportamiento; nos juzgamos a nosotros mismos por nuestros motivos, pero juzgamos a los demás por sus acciones. Constantemente nos damos treguas a nosotros mismos: "Oh, así me han educado", pero no damos nada a los demás. Y esto es

válido para todo el mundo, incluso para la "gente normal" (los no adictos). La negación es diez veces mayor para el adicto. La adicción y la honestidad no pueden vivir en una persona al mismo tiempo, por lo que el principio del Primer Paso es la honestidad. Todo debe empezar por la honestidad. No importa si tienes un problema con la heroína, con el tabaco, con la mentira, con el exceso de comida, con el orgullo, con el juicio, con la permisividad, con lo que sea: la libertad tiene que empezar por ser honesto. Observé cómo el peso que mi madre había estado cargando se iba quitando poco a poco al compartir su dolor, su culpa y su frustración. Le dolía decírselo a su hijo, pero tenía que hacerlo. Me dolía oírlo, pero tenía que escuchar. Tenía que empezar a sincerarme respecto a todos los estragos que había causado.

Mientras mi madre terminaba, me aseguró su amor. "Richie, tu padre y yo te queremos mucho. No te digo esto para hacerte daño, sino para ayudarte", me dijo. "Te queremos". Se levantó de la silla; yo también. Nos abrazamos durante lo que pareció una eternidad. Aquel abrazo contenía tanto significado y emoción... Me susurró que me quería una vez más para que quedara claro. Pero yo lo sabía. Siempre supe que me querían. De hecho, fue porque sabía lo mucho que me querían que exploté eso. Me aproveché de ello y jugué con los ángulos. Como decimos en recuperación: "Puedes amar a alguien hasta la tumba". La fianza de la cárcel, la contratación de abogados, el dar dinero constantemente... Queremos hacerlo por ellos porque son nuestros hijos. Sin embargo, a menos que el adicto esté dispuesto a desintoxicarse y a mantenerse limpio, todas esas cosas que intentas hacer para ayudarlo en realidad lo perjudican. Necesitan un amor más profundo que ese. Necesitan tener el tipo de amor que les permite experimentar las consecuencias de su

acción. Que les permite permanecer en la cárcel, pasar por el síndrome de abstinencia, salir heridos por las cosas que hacen. Ese es el verdadero amor. Es difícil de poner en práctica, pero es lo que se debe hacer. Sin duda, mi familia me ha ayudado mucho. Estoy agradecido por los abogados, por las fianzas y por los centros de tratamiento. Sin embargo, es una línea muy fina la que separa la ayuda del daño, el empoderamiento y la habilitación. Con el tiempo, mi familia descubrió el equilibrio, y yo también.

El Día de la Familia terminó con nosotros de vuelta en la sala de reuniones. El consejero principal se tomó unos minutos para dar las gracias a las familias por haber venido y les recordó algunas de las cosas que habían aprendido hoy y que eran muy importantes. Había muchas emociones en esa sala: arrepentimiento, remordimiento, vergüenza, ira, incluso odio. Pero la emoción más fuerte en esa sala era el miedo. Miedo a que cuando los pacientes salieran, volvieran a las drogas. Miedo a que esto fracasara. Miedo a que las cosas no cambiaran. Miedo a que, al final, terminaran solos.

Después de la última reunión, acompañé a mi esposa y a mi madre hasta la camioneta Dodge azul de mi padre. Corrí hacia Kaleb y Hayley y los tomé a ambos en brazos.

–Los he extrañado mucho –les dije, asfixiándolos a besos–. Estoy deseando llegar a casa y que podamos jugar juntos.

Los ojos de Kaleb se iluminaron. Hayley siguió mirándome inquisitivamente. Pero me reconoció. Tal vez, por primera vez, vio a su padre, el que estaba en el fondo de mí, sofocado por mi adicción. No había estado limpio más que unos días desde que

ella había nacido. Me había perdido muchas cosas. Estaba decidido a no perdérmelas más.

Los apreté por última vez. Mi padre, que no había podido estar en las reuniones, me abrazó.

–Richie, por favor, para –dijo, con dificultad para articular sus sentimientos–. Por favor, para. No queremos perderte.

Una lágrima rodó por su mejilla y se la secó rápidamente.

–Lo sé, papá. Gracias por todo.

Sonrió y subió al coche. Últimos abrazos y despedidas. No tardaría mucho en volver a verlos, al menos a Brittney. Volvería a casa en una semana. Quedaba una semana más y volvería a casa.

Capítulo 15

La graduación

El día que me gradué en el Centro Walker me resultaba difícil creer que había logrado estar 28 días limpio. Era la primera vez que estaba limpio por tanto tiempo desde que había empezado a consumir. Veintiocho milagros. Veintiocho períodos de 24 horas de libertad. Ahora podía dormir. Ahora me sentía bien al levantarme. Seguía existiendo esa profunda hambre de droga. Seguía existiendo esa sensación de duelo por un amigo o familiar desaparecido. Pero ahora me daba cuenta de que era un amigo o familiar que me mentía y me mataba lentamente. Así que, seguiría afligiéndolo hasta que ya no lo recordara, hasta que ya no fuera lo más importante en mi mente.

Estábamos todos sentados en un círculo gigante, como hacíamos en nuestras reuniones de grupo, mirándonos unos a otros; sincerándonos los unos con los otros; viendo lo bueno, lo malo y lo feo de cada uno. Mi ejemplar de Narcóticos Anónimos estaba pasando de mano en mano. Como era costumbre, la gente lo firmaba; me escribían pequeñas notas en él. Conocía a estas personas desde hacía poco tiempo, pero había sido más abierto y honesto con ellas que con la mayoría de las demás personas que había conocido en mi vida. Teníamos un objetivo común. Teníamos un problema común. Nos habíamos buscado mutuamente para llenar los espacios rotos de nuestras vidas. Leería estas notas durante años. En los momentos de adoración y devoción, en los momentos de dificultad, me llevarían de vuelta a donde comenzó mi viaje. Me recordarían que "puede ser que no esté donde quiero estar, pero al menos no estoy donde solía

estar". Recordaría el día en que Dios me habló y finalmente le hice caso. Recordaría a mis amigos del Centro Walker. Recordaría sus rostros al leer sus pequeñas notas para mí:

> Richie: ¡Te quiero, amigo! No puedo expresar con palabras lo increíble que ha sido estar aquí contigo. No te deseo nada más que la libertad de tu adicción y que sigas una vida maravillosa que incluya la bendición de otros por el mero hecho de estar ahí. Mantente en contacto. –Matt
>
> Richie: Ha sido un placer y un honor conocerte. Solo te deseo lo mejor. Pero solo puedes recibir lo mejor si te mantienes limpio. Sé que puedes hacerlo. Recuerda que en los momentos de debilidad no estás solo, porque Dios te ama. Recuerda que 1 Corintios 2:9 dice: "Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman". Con cariño, Jim
>
> Richie: Cuídate. Disfruta un día a la vez y un paso a la vez. No te caigas, pero si lo haces, estaré ahí para ayudarte a levantarte. –Big Mike
>
> Richie: Ha sido un verdadero placer conocerte durante las últimas tres semanas. Tu tranquilidad y simpatía son extraordinarias, junto con tu conocimiento. Amigo, esta vez tienes lo que se requiere; sigue concentrado, concéntrate, creo en ti. Te quiero, amigo. –Phil

Richie: Eres una persona genial. Has sido un verdadero líder para este grupo. Todo el mundo te respeta y quedará un gran vacío cuando te vayas. Les deseo lo mejor a ti y a tu familia. Sé bueno contigo mismo. –Mary

Ha sido toda una experiencia. He visto cómo has pasado de ser un joven golpeado, y que sigue golpeándose, a alguien que rebosa confianza y autoestima. Aprecio el tiempo que he podido pasar contigo, y espero con interés las futuras conversaciones. Tu familia tiene suerte de tenerte como hijo, esposo y padre, respectivamente. Espero que esto no sea un adiós. Te quiero, amigo. –Mike

Richie: Me has ayudado mucho en nuestro descubrimiento. No puedo creer que casi haya terminado. Tienes tantas bendiciones y apoyo de la gente que te quiere... Tu amistad ha significado mucho para mí. Creo que eres una persona humilde y buena que camina con Dios. Tienes un don. Recuérdalo. Nunca te olvidaré, ni siquiera con mi cabeza de metanfetamina. Gracias por todo. Rezaré por ti. Te quiero siempre. –Bryce

Richie: Gracias por todos los recuerdos que compartimos en el Centro. Me ha ayudado mucho el poder reírme un poco. Eres una persona muy especial. Siempre hablas desde el corazón. Gracias por compartir tu Primer Paso conmigo. Me ayudó mucho a profundizar en mi propia adicción. Gracias también por estar ahí durante mi Primer

Paso y ofrecerme palabras de sabiduría y ánimo. Te quiero. Que Dios te acompañe y buena suerte en el futuro. –Brian

Richie: No pierdas nunca el brillo que tus ojos tienen ahora. Recuerda siempre lo que se siente. –CB

Creo en ti, amigo mío. Sé que vivirás. Pero no dejes que el polvo entre en este libro. –Ron

Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando levanté la vista del libro y miré los rostros de las personas. Habían sido mucho más amables conmigo de lo que merecía. Pero eso es lo que necesita la gente cuando empieza este viaje. Necesita celebrar los pequeños pasos. Necesita alegrarse por un día de estar limpio. Puede que eso no parezca gran cosa para la mayoría, pero para los adictos es enorme. Esas palabras de ánimo harían más por mí de lo que estas personas jamás sabrían.

El consejero empezó a hablar, recordándonos que el tratamiento no sirve de nada si no practicamos lo que hemos aprendido. Me miró directamente y me dijo: "Richie, tienes que poner mucho empeño en tu recuperación. Has trabajado todos los días en tu adicción. Lo has sacrificado todo por ella. Si quieres seguir limpio, vas a tener que sacrificarte por tu recuperación. No ocurre así como así. Si consumías todos los días, vas a tener que orar todos los días. Si solías mentir todos los días, vas a tener que sincerarte todos los días. Si estafaste y manipulaste todos los días, vas a tener que rendir cuentas y hablar sobre ti mismo todos los días. Los últimos veintiocho días habrán sido una gran pérdida de tiempo si no sales de aquí y vas a las reuniones de doce pasos".

Asentí con la cabeza. Ya había oído este discurso, o uno parecido, todas las otras veces que había estado en tratamiento. Pero esta vez lo escuché. Hay una gran diferencia entre oír algo y escucharlo. Por primera vez en mucho tiempo, escuché.

El consejero sacó una moneda de su bolsillo: la moneda ceremonial de la graduación. Cada vez que alguien se graduaba, nos reuníamos en nuestro gran círculo, pasábamos la moneda a cada persona y orábamos por ella mientras la sosteníamos.

"Señor, ayuda a _____ a mantenerse limpio esta vez".

"Señor, permítele a _____ vivir una nueva vida".

"Señor, ayúdalos".

"¡Señor, cúralos!"

"Salva su vida, salva su cerebro, salva su matrimonio". Las oraciones variaban de una persona a otra. Sin embargo, todas podían resumirse en una frase: "Sálvalo". Las cartas estaban en nuestra contra. Las estadísticas de los adictos en recuperación no son buenas. Como ya lo había descubierto, la recaída era algo muy real y común. El único problema para el adicto que recae es que su vida está en juego. Muchos adictos no vuelven después de una recaída. Así que, cuando se acercaban las monedas orábamos por la persona. En esas oraciones había mucho de nosotros mismos. Mientras orábamos para que el graduado lograra su objetivo, también orábamos para que nosotros mismos lo hiciéramos. Cuando orábamos para que se aferraran más a Dios, estábamos orando para aferrarnos nosotros más a Dios. Fundíamos nuestras esperanzas, miedos y sueños, no con la moneda, sino con la persona que la moneda representaba. Pedimos al Dios del Universo que entrara en sus vidas/nuestras

vidas y las cambiara/nos cambiara. ¡Sálvanos! Sálvame de rendirme o de ceder. Sálvame de perder la paciencia y de actuar con ira. Sálvame de mi impulso de acudir a la droga cuando las cosas se ponen difíciles. Haz que me dirija a ti en lugar de a la droga. Haz que sea el padre, la madre, el hijo, la hija que querías que fuera en un principio. Ayúdame a encontrar un trabajo. Ayúdame a mantener un trabajo. Sálvame de la cárcel. Sálvame de mí mismo. Señor, sálvame.

Mi mente se dirige brevemente a la escena de la Biblia en la que, por un momento, Pedro caminó sobre el agua. Por un momento, Pedro experimentó el regocijo de participar en un milagro. Caminó sobre el agua. Para un adicto, mantenerse limpio es un milagro. Es caminar sobre el agua. No es hacer lo que le es natural (consumir), sino confiar en Dios. La humanidad de Pedro no tardó en involucrarse; empezó a mirar a su alrededor y tuvo miedo. Mateo 14:30 dice: "Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: —¡Señor, sálvame!" Esa es la oración de un adicto, si es que alguna vez hubo una. ¡Sálvame! Evita que me ahogue. Evita que me caiga. Tantas olas... Tantas preocupaciones... Tantas cosas que no tengo ni idea de cómo van a salir... En ese momento, empiezas a caer. Todos hemos caído. Todas las personas del mundo han caído, y por eso gritamos como Pedro: "Señor, sálvame". Tiene que ser una oración rápida, no una larga con palabras rebuscadas; terminarías bajo el agua antes de pronunciar la oración. Solo se necesita un segundo para hundirse bajo el agua. Solo se tarda un segundo en hundirse bajo la vida. Así que la oración tiene que ser rápida. Puede no ser elegante, pero sí eficaz. Tiene que ser práctica. No hay nada más práctico que gritar: "Señor, sálvame". Sálvame de mi estupidez. Sálvame de mi ego. Sálvame de mi impulso. "Señor, sálvame". Esa es la

oración que hice por cada persona que se graduó antes que yo. Y esa fue la oración que hice por mí mismo.

Cuando la idea de abandonar el Centro Walker, un lugar seguro, empezó a abrumarme; cuando la idea de las órdenes de detención que me esperaban en casa empezó a hacer estragos y las facturas en la mesa de la cocina empezaron a intimidarme; al igual que Pedro, cuando empecé a hundirme, oré: "Señor, sálvame", y al igual que con Pedro, "Al momento Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo" (Mat. 14:31).

Capítulo 16

Reencuentros

Primero vi a mi esposa. Brittney me estaba esperando junto al sector de reclamo de equipaje. Kaleb y Hayley estaban con ella. Sonrió cuando me vio. Su sonrisa me llenó de vida. Señaló a Kaleb y Hayley en mi dirección, y Kaleb corrió hacia mí. No pude contener las lágrimas. Todas las emociones retenidas durante años se precipitaron por mi cuerpo.

Tomé a Kaleb y lo levanté. Se sentía más liviano que de costumbre... o yo era más fuerte que de costumbre. Vio las lágrimas. No estaba acostumbrado a verme llorar, pero era lo bastante mayor para comprender que eran lágrimas buenas. Hayley seguía escondida detrás de las piernas de su madre, observándome. Corrí hacia ellas, le di un beso a Brittney y luego me puse en cuclillas para estar a la altura de Hayley. Jugué al cucú con ella durante unos segundos, haciéndole cosquillas en los costados con los dedos. Ella soltó una risita y yo la agarré y la cubrí de besos.

Rodeé a Brittney con mi brazo y alcé a Hayley. Kaleb trotaba, contándome todas las historias y pensamientos que se le ocurrían. Me sentí completo. Tan absolutamente completo... Mi corazón se sentía más lleno que nunca. Pero aún había algo en el fondo de mi mente. Seguía existiendo el hambre de consumir. Seguía llorando la pérdida de uno de mis mejores amigos; un mal amigo, que me estaba matando, pero que era una parte importante de mi vida. Rápidamente "adelanté la película" hasta el final y dejé de lado la parte del consumo. No puedes pensar en ello; de lo contrario, empezará a apoderarse de tus

pensamientos. El hambre todavía era grande, pero el amor por mi familia y la presencia de mi Dios eran mucho más fuertes.

Subimos al auto. Brittney me preguntó si quería conducir. Le recordé que aún no tenía carné. Me lo habían retirado durante el último año.

–Oh, es cierto –sonrió.

Nos reímos un poco de ello. La idea de todas las cosas con las que tenía que lidiar entró en mis pensamientos. Me había perdido una audiencia judicial cuando estaba en tratamiento, lo que significaba que había otra orden de arresto: una orden de incomparecencia. Una cosa tras otra. Por no hablar de todo lo que tenía que hacer. Pero me recordaba a mí mismo: "Un día a la vez. Un paso a la vez". Los clichés realmente funcionaban. Eran vitales para mantener la cabeza en el juego y fuera de los problemas. Si te centras en la pila de facturas, en cómo va a reaccionar la gente, en el qué dirán, o en la pregunta: ¿Voy a terminar en la cárcel?, todo se vuelve abrumador. Si las cosas se vuelven demasiado abrumadoras, la tentación es volver a la única cosa que hará que todos los problemas desaparezcan, al menos durante unas horas. Pero había identificado la mentira. Ahora sabía cuál era la opción correcta.

Brittney y yo hablamos como cuando empezamos a salir, cuando nos conocimos. En cierto modo, estábamos volviendo a conocernos. Hacía años que no era yo mismo. Kaleb se metía en la conversación cada vez que veía un hueco. Cuando mis pensamientos empezaban a desviarse, me obligaba a volver al ahora. Estaba sentado con mi familia, algo que no había podido hacer en mucho tiempo. Me di cuenta de lo mucho que había dado por sentado. Encontrar la paz y la alegría en las pequeñas

cosas es lo que hace que la vida valga la pena. Claro que las cosas grandes son geniales: las graduaciones, un nuevo trabajo, un nuevo hijo, una nueva casa, etc., pero es en las pequeñas cosas del día a día que se vive de verdad. Se trata de vivir la vida con las personas que amas.

Volvimos a casa por la ruta habitual, una ruta que había recorrido mil veces. Pero ahora parecía diferente. Todo parecía diferente.

–Te hemos extrañado mucho, Richie –dijo Brittney.

–Yo también los he extrañado mucho.

Estaba seguro de que una parte de Brittney se preguntaba si eso era realmente cierto.

Si realmente nos echabas de menos, ¿por qué nos seguías usando? ¿Por qué seguías robando? Si de verdad nos echabas de menos, ¿por qué nos hiciste pasar tanto infierno?

Sin embargo, si lo pensaba, no lo demostraba. Afortunadamente, la esperanza y el amor de Brittney por mí superaban el dolor y la desconfianza. Ella realmente creía y esperaba que yo lo lograra, que lo lográramos, que volviéramos a vivir juntos en santo matrimonio. En la enfermedad y en la salud. Bueno, definitivamente se había quedado conmigo en la parte de la enfermedad. Ahora esperaba que pudiéramos vivir la parte de la salud.

En los próximos años, no todo sería fácil. Habría muchos momentos en los que aflorarían la ira y el resentimiento del pasado. Cuando las personas se desintoxican, a menudo caen en la trampa de pensar que su familia debería abrirles su casa, su

corazón y su billetera, y que deberían confiar en ellos. Como descubriría, la confianza tarda en recuperarse. Le había robado a Brittney y a nuestra familia tantas veces en el pasado, que les llevaría tiempo volver a confiar en mí. Durante aquellos primeros días de recuperación, tenía que pedir que me llevaran a todos los sitios a los que quería ir. Tenía que pedir dinero. Nadie me lo hizo notar, pero la realidad es que la confianza se construye con el tiempo. Tuve que comprender que estar limpio durante unas semanas no borra años de abusos, negligencia y dificultades. Durante los días, semanas, meses e incluso años siguientes, las heridas de la adicción tardaron en empezar a cicatrizar. Pero nuestro amor mutuo era más fuerte que nuestra disfunción. Descubriría que muy pocos matrimonios salen adelante tras los abusos de la adicción. Tuve la suerte de tener uno que sí lo hizo.

El auto entró en el camino de grava de nuestra pequeña granja. Con ella llegaron muchos recuerdos de mis días de consumo: el granero en el que solía consumir, los lugares donde escondía mis drogas, los lugares donde fumaba. Pero en esos momentos en los que mi mente volvía a los malos tiempos, miraba a mi esposa, miraba a mis hijos, miraba al cielo y recordaba que no todo era malo. Esta zona podía volver a ser tierra sagrada. Podría vivir aquí sin vivir la pesadilla de los últimos años. Pero necesitaría gente piadosa en mi vida, y depender de Dios como nunca antes.

Les leí un libro a mis hijos y los acosté; su suave piel y su apacible descanso aliviaron el peso de la vida por un momento. Vi, clavada en la cama de Kaleb, una de las cartas que les había escrito. Mi penoso intento de dibujar un hipopótamo me hizo sonreír. Leí la carta.

"Queridos Kaleb & Hayley:

¡Los extraño mucho!

Pienso en ustedes todo el tiempo. No puedo esperar hasta volver a verlos. Jugaremos todo el día. Kaleb, tú y yo tenemos que volver a trabajar en nuestro fuerte. ¡Echo de menos trabajar en él contigo! Cuando regrese, haremos lo que ustedes dos quieran. Podemos ir al parque y volar una cometa... Lo que sea. El cielo es el límite para nosotros. Por favor, dale un beso a tu mamá de mi parte. Dale un gran abrazo. Kaleb, eres el hombre de la casa mientras yo no esté. Sé un niño grande. Los quiero, chicos.

P.D. Aquí tienen un pequeño poema que escribí sobre ustedes dos cuando eran bebés:

'El hueco, el redoble de tambores en la barriga nos hace reír a los dos.

Nunca supe que alguien fuera capaz de amar a alguien como te amo yo.

Tus párpados ondean como ramas de palmera de la paz.

Tus labios, como pétalos redondeados, susurran la nueva creación.

Tus arrullos me hacen llorar'.

Gracias, Dios, por dármelos, por confiarme sus vidas y alegrías.

"Frágil, tratar con cuidado".

Lo haré. Te prometo que lo haré.

–Papá".

Capítulo 17

La recuperación

Entré en la reunión de los Doce Pasos, encontré un asiento y me senté. Brittney me había traído y volvería a buscarme cuando terminara sus mandados. Por un momento, me molestó mi situación: que me dejaran y me buscaran como a un niño. Pero luego aparté ese pensamiento de mi mente. Recordé que era una de las consecuencias de mis actos. La situación mejoraría.

Me había comprometido a asistir a noventa reuniones en noventa días. Eso significaba una reunión diaria durante los tres meses siguientes. Lo necesitaba. Había consumido drogas todos los días. Había robado todos los días. Le había mentido a alguien todos los días. Necesitaba hacer esto todos los días. Me mantenía centrado. Me mantenía humilde. Me mantenía enfocado. Era un gran inconveniente para Brittney tener que llevarme a las reuniones todos los días. Sin embargo, sería un inconveniente aún mayor que volviera a consumir.

En las reuniones de Doce Pasos hay todo tipo de personas: médicos, abogados, trabajadores de la construcción, negros, blancos, pobres, ricos (aunque los ricos rara vez llegan a las reuniones antes de haber perdido toda su riqueza). Como dice uno de nuestros mantras: "No importa si recibiste tu educación en Penn State o en el corral del Estado. La adicción no discrimina". La belleza de las reuniones de los Doce Pasos radica en que nos recuerdan que, por muy diferentes que parezcamos o por muy diferentes que sean nuestros orígenes, bajo la superficie todos somos iguales. Sangramos del mismo color. Soñamos los mismos sueños. Todos somos como Humpty Dumpty: personas

rotas que buscan a alguien que los ayude a recomponerse. Nos recomponemos unos a otros; por eso se llama compañerismo. Lo que nunca podríamos hacer solos, lo podemos hacer juntos. Dios nos vuelve a unir. Muchas de las personas que terminan en un programa de doce pasos conocen a Dios por primera vez en estas reuniones. Estos doce pasos nos llevan desde el fondo del barril hasta una cierta apariencia de normalidad. Las lecciones prácticas de los pasos son muy parecidas a las que me enseñaron de niño, excepto que están escritas de una forma que es buena para los adictos. Se saltea las palabras rebuscadas y llega al corazón de lo que necesitamos. Honestidad, fe, esperanza, rendición, confianza, por nombrar algunas, son cosas que necesitaba desesperadamente.

Me senté en el círculo de sillas y miré a mi alrededor. ¡Qué grupo tan diverso de inadaptados! Habíamos encontrado nuestro hogar. Habíamos encontrado un lugar donde, algunos de nosotros por primera vez, pertenecíamos de verdad y podíamos mejorar. Reconocí a una de las personas que entró. Había estado en muchas de las reuniones a las que yo había asistido. Se llamaba Marvin. Medía 1,65 m y era casi tan ancho como alto. Tenía una barba enorme, conducía una Harley Davidson y tenía un tatuaje en cada parte visible de su cuerpo. Parecía un tipo bastante duro, pero siempre que hablaba lo hacía con una dulzura y una amabilidad que yo deseaba para mi vida. Siempre parecía feliz, que era algo que yo también deseaba. No parecía perder la cabeza ante cualquier cosita, lo cual también era algo que yo quería. Quería que fuera mi padrino.

Un padrino es alguien que tiene algo que tú quieres. Llevan algún tiempo limpios y alguna recuperación en su haber. Han trabajado los Doce Pasos y te guían a través de ellos. Tienen un padrino que tiene un padrino que tiene un padrino. Son un

mentor de la vida. Y Marvin era el tipo que yo quería que fuera mi padrino. No se parecía en nada a mí. Sus antecedentes eran muy diferentes de los míos. Pero teníamos algo en común, algo más significativo que cualquier otra cosa: ambos queríamos vivir una vida feliz, libres de la prisión de la adicción.

La reunión comenzó. *Un recién llegado es la persona más importante en cualquier reunión, porque no puedes conservar lo que tienes si no lo das. Consigue un padrino. Nos autofinanciamos totalmente. No aceptamos contribuciones externas.*

En esta reunión había algunos recién llegados. Me alegré de llevar un par de semanas viniendo y de no tener que identificar esta como mi primera reunión. La mayoría de las reuniones con recién llegados se convierten en una reunión sobre el Primer Paso. La gente comparte sus historias. *No hay consejos. No hables de algo que no sabes; eso haría que alguien muera.* Así que, me callé la boca. Llevaba solo un par de meses limpio. ¿Qué sabía yo? Entonces me senté y escuché.

La reunión continuó con las habituales historias de finales amargos y nuevos comienzos. Sin embargo, mi mente no dejaba de pensar en pedirle a Marvin que fuera mi padrino. ¿Por qué querría un motorista tener algo que ver con el hijo de un pastor de los suburbios? Pero había reflexionado y orado mucho al respecto. Marvin era el indicado. Te dicen que no te sientas herido si la persona a la que le pides que sea tu padrino dice que no, pero seamos realistas: si Marvin decía que no, me iba a sentir como una idiota. No sabía realmente por qué, aparte de que no me caía bien el rechazo.

La reunión llegó a su fin. Nos juntamos en un círculo, sosteniéndonos unos a otros, y recitamos la oración de la

serenidad: "Que Dios nos conceda la serenidad para aceptar las cosas que no podemos cambiar, el valor para cambiar las que sí podemos, y la sabiduría para conocer la diferencia. Amén". Una oración tan sencilla, pero tan significativa... Me ha devuelto la cordura más de un par de veces. No puedo cambiar lo que he hecho, pero puedo cambiar lo que estoy haciendo. No puedo cambiar a mi cónyuge, pero puedo cambiar mi forma de reaccionar ante ella. No puedo cambiar a mi jefe, pero puedo cambiar la forma en que dejo que me afecte. ¡Hay tantas cosas que intenté controlar con las drogas: mis sentimientos y mis resultados! Control, control, control. Sin embargo, empezaba a experimentar la libertad que surge cuando vemos el poco control que tenemos en realidad. Podía dejar que Dios hiciera su trabajo, y yo podía centrarme en el mío. Había aprendido a dejar de perder tiempo y energía en lo que no controlaba, para poder dedicar más tiempo y energía a lo que sí controlaba. La serenidad, ¡qué cosa tan hermosa! La paz que supera todo entendimiento.

La oración terminó, y las personas se soltaron unas a otras. La gente salió de la seguridad del círculo al mundo abierto, con sus decisiones aterradoras y sus emociones dolorosas. Sin embargo, sabíamos que ahora podíamos tener éxito; lo que no podíamos hacer solos, lo podíamos hacer juntos. La gente se rió, se abrazó y empezó a despedirse. Había una ligereza tranquilizadora en la sala. No había pretensiones. Éramos quienes éramos. No nos excusábamos, pero tampoco mentíamos sobre ello. Era agradable poder ser uno mismo por una vez.

Me acerqué a Marvin. Estaba en el estacionamiento, subiendo a su moto.

–Hola, Marvin, soy Richie.

–Hola, Richie. Hace un par de semanas que te veo por aquí. ¿Cómo va la recuperación?

–Va bastante bien –dije.

–Bien. Sigue viniendo. Realmente funciona cuando trabajas en ello.

–Me preguntaba...

De repente no estaba tan seguro de esto. Tal vez no fuera tan buena idea...

–Si quisiera ser tu padrino –terminó mi frase.

–En realidad, sí. ¿Lo harías?

Estaba a punto de empezar el discurso que había preparado para ese momento cuando él continuó:

–Llámame todos los días durante los próximos treinta días, y veremos cómo va. ¿De acuerdo? Aunque solo sea para llamar y decir: 'Oye, me va bien'. No hace falta que tengamos una larga conversación por teléfono. Es solo para que todos seamos responsables y desarrollemos algunos hábitos saludables –terminó.

–Por supuesto.

Mi deseo por la tutoría era evidente. Estaba desesperado porque alguien me ayudara a aprender a vivir de forma limpia.

Marvin se puso el casco. Empezó a dar un poco de marcha atrás con su moto. "Realmente funciona si trabajas en ello", dijo, y luego salió del estacionamiento de la iglesia y se fue por la

carretera. Todavía podía oír ese sonido característico de las Harley Davidson incluso cuando ya no lo veía.

Me olvidé de preguntarle si quería que empezara a llamarlo esa noche. Lo llamaría, solo para estar seguro. Estaba desesperado por seguir limpio, y tenía miedo de hacer algo que pudiera sabotearlo. Me habría puesto de cabeza si me hubieran dicho que me pusiera de cabeza. Es irónico. Fue por desesperación que empecé a consumir drogas, y fue por desesperación que llegué a un punto en el que haría cualquier cosa para mantenerme limpio. Tienes que estar lo suficientemente desesperado para salir de tu zona de confort. Tienes que estar lo suficientemente desesperado para probar algo que nunca has probado y hablar con gente con la que no hablarías habitualmente. Tienes que ser humilde, y la vida me había humillado. La vida me había puesto de rodillas, pero fue de rodillas como empecé a orar. Fue de rodillas donde había sentido la presencia tranquilizadora del Espíritu de Dios. Fue de rodillas donde había encontrado la fuerza para defender lo que debía hacer y para oponerme a lo que no debía hacer.

Una brisa fresca me recorrió el pelo mientras estaba afuera, en el estacionamiento, esperando a que Brittney viniera a buscarme. Había un poco de primavera en esa brisa. Solo un poquito de calor que me recordaba que el invierno estaba llegando a su fin. ¡Gracias, Dios, por recordarme que mi invierno está llegando a un final tan esperado! Vi que nuestra camioneta se acercaba. Brittney se detuvo. Me moría de ganas de decirle que tenía un padrino, alguien más que ella para ayudarme en mi viaje.

Capítulo 18

El día del juicio

Me presenté temprano en el juzgado de Nashville, porque mi esposa tenía que dejarme allí antes de ir a trabajar. Era un hermoso día de primavera, pero no lo aprecié porque estaba preocupado por lo que pudiera pasar. Era el día de mi audiencia judicial. Había llegado el día del juicio. Cada agente de policía que pasaba a mi lado hacía que se me acelerara el pulso. Esperaba al que me tirara al suelo y me esposara. Por supuesto, ninguno lo hizo.

Estaba más preparado que nunca. Llevaba dos meses limpio. Había estado trabajando en mis Doce Pasos con Marvin. Incluso nos habíamos reunido el domingo anterior con un grupo de nuestra familia de apadrinamiento. Una familia de apadrinamiento, o reunión de árbol, es una reunión con todas las personas apadrinadas por una persona concreta. Randy era el padrino de Marvin. Esta reunión fue con todos los apadrinados por Randy y todas las personas que ellos apadrinaban. Fueron solo un par de horas. Comimos juntos y compartimos lo que ocurría en nuestras vidas. Fue una experiencia increíble. En la adicción, pierdes el don de pasarla bien sin la ayuda de algún tipo de droga que altere el estado de ánimo. Empiezas a creer la mentira de que no puedes divertirte sin ella. Estaba empezando a ver más allá de esa mentira. Había empezado a reír de nuevo, a reír de verdad. Había empezado a llorar de nuevo, lágrimas de verdad. En la adicción, siempre me sentía solo, pero en la recuperación, reconocía a todas las personas que se preocupaban por mí. En la adicción, solo te cuidas a ti mismo, pero en la

recuperación, cuidas de los demás. Cuando me tocó compartir lo que estaba ocurriendo en mi vida, compartí lo que más me pesaba: mi audiencia judicial. ¿Iría a la cárcel? La respuesta que recibí del grupo fue buena, pero honesta. Básicamente, ponlo en manos de Dios y lo que sea, será. "Si Dios te llevó a ello, te acompañará a atravesarlo". Ahora que estaba en la puerta del juzgado, tuve que apoyarme en cada una de las palabras de ánimo que la Comunidad me había dado.

Vi a mi abogado subiendo los escalones. Respiré aliviado. Había tenido el mismo abogado desde el principio. No era mi primera comparecencia ante el tribunal. Sin embargo, esta era una de las más importantes.

–Hola, señor Halversen –dijo mi abogado.

–Hola.

–¿Cómo le ha ido?

No lo dijo abiertamente, pero yo sabía lo que quería saber. ¿Estaba limpio?

–Me va bien. El otro día cumplí dos meses limpio. He estado trabajando en un programa de doce pasos. Tengo un padrino –dije.

Vi un alivio inmediato en sus ojos. Era la primera vez que nos reuníamos y tenía buenas noticias para él.

–Eso es estupendo. Me alegro de oírlo. Y lo que es más importante, el juez se alegrará de oírlo –dijo mientras me abría la puerta–. Esto es lo que va a pasar: vamos a avisarles que estás aquí y luego te van a detener.

Vio el miedo en mis ojos.

–Tienes una orden de detención por incomparecencia. Así que, este es el procedimiento habitual. Te arrestarán y te llevarán a una celda de detención donde están todos los demás reclusos. Allí te mantendrán hasta que tu nombre aparezca en el sumario, momento en el que te llevarán ante el juez. Yo estaré aquí afuera esperándote. Si lo que me cuentas es cierto, todo debería salir bien.

Entramos en la sala del tribunal; estaba llena de actividad. Abogados hablando con abogados. Familiares hablando con familiares. Abogados hablando con clientes. Nos dirigimos a uno de los alguaciles, y mi abogado le hizo saber que tenía una orden de incomparecencia. El alguacil miró el expediente del día, encontró mi nombre y me dijo que iba a detenerme.

–Las manos, por favor.

Me puso las esposas, me acompañó hasta una puerta trasera y me hizo pasar. Volví a mirar a mi abogado por un segundo, preguntándome si esta sería la última vez que lo vería, preguntándome si me iría por mucho tiempo. El guardia me condujo a una habitación trasera e hizo un gesto a otro guardia, que abrió la puerta. La cerradura hizo clic y el guardia la abrió. La sala estaba llena de reclusos. No había asientos. Estaría de pie. No me importaba. Estaba tan nervioso que, de todos modos, no podría sentarme.

Pasaron unos minutos y, de repente, oí mi nombre. Esta vez no provenía de un guardia, sino de uno de los reclusos. Miré en la dirección desde la que me llamaban. Al principio, no reconocí a nadie. Luego me fijé en David. David era alguien a quien solía

comprar drogas. David creció en la misma iglesia y asistió a la misma escuela que yo.

–David, ¿cómo estás? –pregunté.

Me di cuenta de lo estúpido que había sido preguntar eso casi en cuanto salió de mi boca.

–Bueno, como puedes ver, no muy bien, amigo. ¿Qué haces aquí? –preguntó, haciendo espacio a su lado para que pudiera sentarme. Me senté.

–Tengo una audiencia judicial. Me perdí la última por estar en tratamiento, así que, tenía una orden de arresto.

No tuve que preguntarle a David por qué estaba donde estaba. Ya lo sabía. Un negocio de drogas había salido mal. Habían disparado y matado a alguien. Lo estaban juzgando por ser cómplice de asesinato. Había ido a la escuela con este tipo. Nos movíamos en los mismos círculos. De repente me di cuenta: tuve la suerte de no estar en la misma situación que él. Simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Cuántas veces había estado yo en el lugar equivocado?

–Tratamiento, ¿eh? –preguntó con un toque de escepticismo.

–Sí, no fue mi primera vez. Pero espero que sea la última.

–Espero, por tu bien, que funcione. Yo tengo mis dudas, pero supongo que hay diferentes trabas para cada persona.

David aún no estaba preparado para reconocer que necesitaba ayuda o que tenía un problema. Seguía pensando que todo era cuestión de mala suerte.

–Sí, gracias.

–¿Tienes cigarrillos? –preguntó en voz baja.

–No, lo siento. En realidad estoy intentando dejarlo.

Su decepción era evidente. Probablemente ya se arrepentía de haberme hecho un hueco a su lado.

–¿Cómo está tu familia? –Intenté cambiar de tema.

–Bien, por lo que sé –David tenía un hijo pequeño.

La familia de mi esposa era muy unida a la de él.

–Como puedes imaginar, no los veo mucho.

Estuvimos sentados en silencio durante los siguientes treinta minutos. Muy pocos reclusos hablaban entre sí. La mayoría de ellos estaba sentada en silencio y con temor a lo que pudiera ocurrir. Me levanté y me acerqué a la pequeña ventana de siete centímetros de ancho y un metro de alto. Vi a los coches pasar. Vi a la gente pasar. En momentos como este te das cuenta de lo mucho que das por sentado: la libertad de andar por donde quieres andar y de conducir por donde quieres conducir, la libertad de salir al exterior y disfrutar del sol. Me prometí que nunca más daría esas cosas por sentadas. Disfrutaría de cada día bonito, incluso de cada día no tan bonito. Al menos estaba vivo y era libre. Susurré una oración a Dios.

"Padre, perdóname por malgastar la vida que me has regalado. Por favor, perdóname por darla por sentada. Te prometo que nunca más lo haré. Atesoraré los momentos; no solo los grandes momentos, sino los pequeños. Los paseos al aire libre, las risas, los llantos y los juegos con mis hijos. Gracias por devolverme la

vida. Gracias por ayudarme a apreciar de nuevo las pequeñas cosas. Si es tu voluntad, Señor, te pido que pueda salir hoy. Pero si no, seguiré confiando en ti. He tomado mis decisiones; ahora es el momento de aceptar sus consecuencias. Gracias, sin embargo, por tu misericordia. Por todas las malas decisiones que he tomado, pero que en lugar de hacerme pagar por ellas, tú has asumido el costo. Gracias porque donde mi pecado aumentaba, tu gracia abundaba más. Has sido muy bueno conmigo, a pesar de mí. Gracias, Dios. Gracias por todo". Solo una vida redimida puede seguir alabando a Dios en una celda. Era por pura gracia que iba ante el juez por cargos de fraude de recetas y no por algo como David, cómplice de asesinato. "Por la gracia de Dios, ahí voy".

Pasaron otros treinta minutos mientras miraba por la rendija de la ventana. Y entonces oí que la puerta se abría y que llamaban una lista de nombres. Mi nombre era uno de ellos. Me dirigí a la puerta. Al pasar, saludé a David con la cabeza. Apenas me devolvió el saludo. No se lo reproché; sin duda, tenía más cosas en la cabeza que ser educado y amable conmigo. En la cárcel no hay tiempo para los buenos modales.

El guardia nos guio de vuelta a la sala. Todos los reclusos se sentaron en una sección. Yo era el único de nuestro grupo que no llevaba un mono anaranjado. Esperaba que siguiera así.

Cuando llamaron mi nombre, me acerqué y me puse de pie con mi abogado.

–Richard Halversen, tienes tres cargos por fraude de recetas. También por no presentarte a tu audiencia judicial. ¿Por qué faltaste a tu audiencia? –el juez me miró con ojos penetrantes.

–Lo siento, Señoría. Estaba en tratamiento. En Idaho. Debería haber avisado, pero no estaba pensando con claridad. Necesitaba cumplir con el tratamiento. Sentí que era una situación de vida o muerte –respondí.

–¿Terminaste el programa? –preguntó.

–Sí, Señoría. Fue un programa de 28 días. Desde entonces he ido a las reuniones todos los días. Tengo un registro firmado de mis reuniones.

El juez hizo que el alguacil le trajera la lista de reuniones.

Se tomó un momento para mirarlo. Segundos después, levantó la vista del papel y preguntó:

–¿Estás limpio?

–Sí, Señoría, lo estoy. Llevo más de dos meses limpio.

No pude ocultar mi orgullo. Por muchos años no había podido decir esa frase.

Mi abogado le dijo algunas cosas al juez (algo de jerga jurídica que no entendí bien), básicamente, solicitando una audiencia posterior y pidiendo que pudiera seguir en libertad bajo fianza. El juez no respondió inmediatamente. Se limitó a mirarme un momento.

–Le haremos una prueba de dopaje al Sr. Halversen y, si sale limpio, seguiremos permitiéndole estar en libertad bajo fianza. Si no está limpio, permanecerá en la cárcel hasta su próxima audiencia. Sr. Halversen, asegúrese de llegar a su próxima audiencia.

Tras el golpe de martillo, mi abogado y yo fuimos a la planta baja, donde se realizaría la prueba de dopaje. Me sometí a la prueba y, por supuesto, di negativo en las cuatro drogas principales que analizaron. Podía irme. ¡Libre! Bueno, aún no completamente libre, pero afortunadamente me iba a casa. Iba a poder acostar a mis hijos esa noche.

Mi abogado me dijo lo que pasaría después y se despidió.

–Adiós. Gracias por todo.

Me di cuenta de lo afortunado que era por tener un abogado, un defensor, aunque le pagaran por hacerlo. Al menos tenía a alguien que estaba de mi lado. Había visto la diferencia entre las personas que tenían un abogado y las que no. Era significativa.

Fui a un teléfono público y llamé a Brittney para darle la noticia. Se alegró de que su marido no fuera a la cárcel ese día. No saldría del trabajo hasta dentro de unas horas. Tendría que hacer algo de tiempo en Nashville. Había una reunión de NA en West End, a pocos kilómetros. Si salía ahora, podría llegar allí antes de que empezara. Me dirigí en esa dirección.

Era un hermoso día de primavera. Era aún más hermoso ahora que se me había quitado el peso de preguntarme si iría o no inmediatamente a la cárcel, al menos temporalmente. El aire olía un poco más limpio. El sol brillaba un poco más. Mi paso era un poco más ligero. Oía el bullicio de la ciudad, pero no ahogaba la belleza de la naturaleza. Vi a una ardilla subir corriendo a un árbol. Un cardenal estaba sentado en lo alto de una rama, cantando. Cada detalle que notaba era un anuncio de mi recuperación. Di las gracias a Dios por mi libertad.

"Gracias, Dios, por la libertad de salir a pasear en este hermoso día de primavera, por no tener que preocuparme por drogarme, por cómo voy a drogarme, y por cómo voy a conseguir el dinero para drogarme. En la adicción, nunca pude apreciar paseos como este. Gracias por devolverme los paseos. Gracias por devolverme la vida".

Una enorme sonrisa llenó mi rostro mientras decía: "*Amén*", la palabra con la que mucha gente termina sus oraciones. Es una palabra griega que significa "verdaderamente". Verdaderamente, me habían devuelto la vida. Verdaderamente, había renacido. Verdaderamente, podía disfrutar de la vida, disfrutar de mi esposa, disfrutar de mis hijos. No había podido disfrutar de esas cosas durante mucho tiempo. Pero "de verdad, amén", ahora podía hacerlo. *Gracias, Dios. De verdad.*

Miré el reloj y aceleré el paso. La reunión empezaría pronto. Debería llegar bien. Si llegaba un par de minutos tarde, no había problema. Ya había empezado mi propia reunión, paseando por West End durante un hermoso día de primavera, más libre de lo que nunca había sido.

Capítulo 19

El momento de enmendar

Estaba sentado en mi auto frente al consultorio de un dentista. Era un lugar en el que ya había estado muchas veces, pero esta vez era por otro motivo. Esta visita no era para conseguir medicamentos, sino para reparar los dolores de cabeza y las dificultades que le había causado a este dentista en particular. Me había hecho pasar por él, durante años, para pedir mis propias recetas. ¿Cuántas veces lo habían despertado en mitad de la noche? ¿Cuántas veces lo habían interrumpido durante sus vacaciones o invadido durante su tiempo familiar, por culpa de mi egoísmo? La farmacia no siempre llamaba para confirmar, pero muchas veces lo hacía. La vergüenza de lo que había hecho me abrumaba hasta el punto de no querer salir de mi coche.

Había estado trabajando los Pasos con Marvin y había llegado al infame noveno paso: "Enmendar directamente a las personas siempre que sea posible, excepto cuando hacerlo los perjudique a ellos o a otros". En el octavo paso, haces la lista de las personas a quienes debes enmendar. Esto me había llevado meses; todavía me venían a la mente personas que tenía que incluir en la lista. Tanta gente herida por mi egoísmo... Te das cuenta al principio de los Pasos que no es un proceso rápido y fácil. Es un proceso sencillo, pero no fácil. Trabajaría en los Pasos durante el resto de mi vida, lidiando con un nuevo defecto, actitud o hábito.

Salí del auto y me dirigí hacia la puerta del despacho. Había escrito una carta al Dr. Smith hacía varias semanas, preguntándole si estaría dispuesto a reunirse conmigo. Supo inmediatamente quién era yo. El trabajo de los Pasos estaba

claro. Haces "reparaciones directas, excepto cuando hacerlo pueda perjudicarlos a ellos o a otros". Yo estaba incluido en "otros". Hacer enmiendas no significaba ponerse en peligro para arreglar las cosas. Algunas enmiendas debía hacerlas a la distancia. Incluso hubo algunas enmiendas que tuve que hacer a título póstumo. Algunas personas murieron antes de que pudiera hablar con ellas, por no mencionar las innumerables personas a las que dañé a través de las ondas de la adicción y a las que no tenía ni idea de que había hecho daño. Con esas situaciones particulares, he tenido que acudir a Dios y dejárselas a él. Algunas personas escriben una carta a un individuo o a varios y luego las queman. Otros se han reunido con los familiares. La clave es que hagas la restitución lo mejor que puedas.

Me puse en contacto con otro de los odontólogos que había suplantado. Fue claro: "No quiero volver a hablar contigo. Eres una basura. No pierdo mi tiempo con basura. No me importa que estés limpio. He estado limpio toda mi vida. No veo que vaya a recibir una recompensa por ello", me dijo en su carta de respuesta. Al enmendar las cosas, recibes todo tipo de respuestas diferentes. Eso está bien. Lo importante es que hagas tu parte. La enmienda consiste en liberarte a ti, y a la víctima, del dolor del pasado. Aunque alguien no acepte tu enmienda, has hecho tu parte, y experimentas la libertad que conlleva.

Abrí la puerta del consultorio del médico. Era la hora del almuerzo, así que, no tenía citas para la siguiente hora. Este era el único momento que tenía. Le avisé a la recepcionista quién era, aunque ella ya lo sabía.

–Le avisaré al Dr. Smith –dijo.

Desapareció en la parte de atrás. El corazón se me salía del pecho. No dejaba de recordarme a mí mismo que, aunque esto era difícil de hacer, la alegría y la paz que me daría este paso valdrían todos los sentimientos incómodos que tenía que sentir. No estaba aquí solo para decir: "Lo siento".

Los familiares y los amigos de los adictos oyen tanto "lo siento" que se convierten en palabras huecas. Las oyen tantas veces que dejan de creerlas y empiezan a resentirlas. Les robas algo de dinero y te descubren. "Lo siento". Llegas tarde a la fiesta de cumpleaños de tu hijo. "Lo siento". Te recogen en la cárcel. "Lo siento". Te olvidas de tu aniversario; no, no solo te olvidas de tu aniversario, sino que le quitas dinero a tu mujer en tu aniversario. "Lo siento". Rápidamente, el "lo siento" no sirve. Cuando estaba con mi adicción, Brittney se cansó tanto de oírme decir: "Lo siento", que un día se volvió hacia mí, me miró fijamente a los ojos brillantes, y dijo: "Richie, lo sientes". Tenía razón: utilizaba "lo siento" simplemente cuando no podía utilizar ninguna otra mentira o engaño. Era un intento de disculpa para suavizar las cosas... hasta que me volvieran a descubrir. Recordar algunos de mis intentos de disculpa utilizando "lo siento" me hace estremecer.

Desde que me recuperé y trabajé en los Pasos con Marvin, descubrí que "enmendar" no significa decir que lo sientes. Es mucho más que eso. Es poner las cosas en su sitio. No es solo pedir disculpas por el comportamiento, sino también dejar de hacerlo, y restituir. Enmendar un robo es devolver el dinero/objeto y dejar de robar. Enmendar un temperamento explosivo no es solo decir: "Lo siento"; es disculparse por el comportamiento, es escuchar cualquier dolor que la persona haya estado guardando, y es dejar de actuar con ira. En el caso del Dr. Smith, vine a expresarle mis disculpas por todo el dolor

que le había causado y a preguntarle si podía hacer algo para compensarlo.

La recepcionista volvió. Me sonrió y me invitó a seguirla hasta el pequeño despacho del Dr. Smith.

–Hola, señor Halversen –dijo el doctor Smith con una bondad genuina que yo no merecía.

Sus ojos solo reflejaban amabilidad. Yo esperaba ver resentimiento.

–Hola, Dr. Smith. Muchas gracias por tomar tiempo de su apretada agenda para reunirse conmigo solo unos minutos.

–Claro, me ha alegrado recibir tu carta. Me alegro de que estés mejor.

–Gracias –dije, y por un segundo no salió nada más de mis labios.

¿Qué se dice? ¿Cómo se empieza? Y aunque juré que no iba a empezar con un "lo siento", lo hice.

–Lo siento, Dr. Smith. Lo que le hice pasar fue horrible. Me aproveché de su confianza y de su buen nombre.

El Dr. Smith se limitó a escuchar. La amabilidad de sus ojos nunca se fue. Recordé la definición de reparar: "compensar o resarcir un agravio", y le dije:

–¿Hay algo que pueda hacer por usted o que pueda darle para compensar algo del dolor que le he causado?

–No, Richie. Esto es suficiente. Te perdono.

Las palabras insuflaron nueva vida en mí. La creciente ingravidez de la vida se hizo más ligera. No puedo pensar en nada más liberador que las palabras "te perdono". Un perdón real. No se limitó a decirlo y luego volvió a tratarme mal; eso no es perdón. Me miró de una manera que era nueva. En ninguna parte de sus ojos vi ira o resentimiento por lo que había hecho.

–No sé qué decir –le dije.

–No digas nada, Richie. Fue un año doloroso. Pero la persona que veo hoy es muy diferente de la que vino a mi consultorio hace un par de años. Me alegra que hayas conseguido la ayuda que necesitas.

Nos sentamos y hablamos durante otros treinta minutos. Me hizo preguntas sobre mi familia, mi trabajo, mi vida. Me habló de su vida. Hablamos como si nos conociéramos desde hace años.

Cuando llegó la hora de su siguiente paciente, me despedí y me fui. Me había despojado de una carga al punto de que sentía como si caminara en el aire. Mientras conducía a casa, me di cuenta de la importancia de este noveno Paso. La libertad se encuentra en el perdón. Independientemente de cómo reaccionaran las personas con las que estaba haciendo las paces, me estaba liberando por el simple hecho de hacer las cosas bien. Tanto si recibía la reacción que deseaba como si no, lograba la libertad y la paz de este paso. No tenía ningún control sobre la reacción de la gente, solo sobre la forma en que yo respondía. Y por hoy, no quería que ningún resentimiento me atara. No quería que nada del pasado me retuviera.

Pablo escribe en 2 Corintios 5:17: "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas". Si quieres ser una nueva creación, tienes que

vivir como una nueva creación. Esto significa hacer las cosas de forma diferente. Significa aprender cosas nuevas. No ocurre por accidente. Si solo quieres saber lo que ya sabes, te estás apartando de la nueva vida que Dios nos promete. Esto es válido para todos, no solo para los adictos. El Señor promete: "Yo hago nuevas todas las cosas" (Apoc. 21:5). "He aquí que yo hago cosa nueva" (Isa. 43:19). Si quieres vivir una vida nueva, será mejor que planifiques aprender algunas cosas nuevas por el camino.

Capítulo 20

Una nueva vida

Mientras escribo este capítulo, se cumplen tres años de estar limpio. Pero no solo limpio, en recuperación. Cada día me convierto en una persona mejor. Estoy aprendiendo a vivir y a afrontar la vida como un adicto en recuperación.

Hoy también es especial porque me gradúo y obtendré mi título. Al principio de la recuperación, mi padrino, Marvin, me dijo que escribiera algunos objetivos que me gustaría alcanzar después de un año, de cinco años (y así sucesivamente) de estar limpio.

"No limites a Dios. Sueña en grande. Si quieres verlo en tu vida, escríbelo", dijo Marvin. "Te prometo que, cuando mires atrás, verás que has limitado a Dios en lo que puede hacer".

Así que, hice lo que me pidió. Escribí todo lo que se me ocurrió. Soñé a lo grande; o, al menos, creí que lo hacía. De hecho, escribí algunas cosas que sabía que serían prácticamente imposibles. Pero Marvin tenía razón.

Mis objetivos para un año estando limpio eran cosas como mantenerme limpio, tener un trabajo y seguir casado, con lo que Dios me ha bendecido. No solo me mantuve limpio ese primer año, sino también ayudé a otros a mantenerse limpios. Devolví algo a mi comunidad. No solo conservé mi trabajo, sino además Dios me abrió oportunidades que creía imposibles. No solo seguí casado, también Dios nos bendijo con otro hijo, Tristen Patrick Halversen. Ahora, tras tres años de mi plan quinquenal, he

conseguido todas las cosas que he enumerado, y más. He podido conseguir mucho más viviendo una vida en recuperación de lo que jamás podría haber hecho en la adicción. Todos los puentes que creía haber quemado, ahora me doy cuenta de que Dios puede repararlos. Nunca pensé que conseguiría mi título. Hace unos años, no creía que fuera a vivir un año más. Pero Dios me rescató utilizando a muchas personas especiales en mi vida.

Me puse en fila donde me indicaron los instructores. Se graduaban trescientas personas. Nunca pensé que yo sería una de ellas. Examiné mi programa, abriendo el abanico hasta que llegué a mi nombre bajo "Colegio de Artes y Letras", Licenciado en Ciencias de la Comunicación. Tuve que mirar varias veces para asegurarme de que no estaba soñando.

Salimos a la señal, con nuestras túnicas rojas que se movían en el aire, y nos sentamos en nuestros espacios asignados. Había muchas personas en el público. Busqué durante un rato hasta que vi a mi esposa, Brittney, y a nuestros hijos, Kaleb, Hayley y nuestro hijo de tres años, Tristen. Tristen es el primer hijo que he podido disfrutar estando completamente limpio, desde su nacimiento hasta hoy. Ha sido increíble.

Sentados junto a mi esposa y mis hijos, estaban mis padres. Sentados junto a ellos estaban los padres de Brittney. Estaban orgullosos de mí. Era una experiencia nueva para mí. Significaba mucho hacer que la gente se sintiera orgullosa en vez de avergonzada. A la larga, también es mucho más fácil.

El presidente se levantó y empezó a hablar. Fue un mensaje sobre los logros, los nuevos comienzos y el valor. Era un mensaje con el que podía identificarme de muchas maneras, más de las que creo que pretendía hacerlo. En los últimos años, había visto

muchos milagros. Había visto cómo Dios arreglaba muchas cosas que creía rotas e irreparables. Dios arregla nuestros errores mejor de lo que nosotros podríamos hacerlo. Cada uno de ellos. Me había llevado de ser alguien que no podía pasar unas horas sin drogarse a ser alguien que simplemente se drogaba con la vida. Suena a cliché y a cursilería, pero es cierto.

El auditorio era como mi nueva vida: llena de esperanza, llena de sueños y aspiraciones. Ahora tenía planes. ¡Oh, la simple belleza de tener algo por lo que luchar que no fuese mi destrucción...! Nunca creí que pudiera afrontar la vida sobrio, pero es una experiencia mucho mejor que el mejor éxtasis que haya experimentado alguna vez.

Empezaron a decir nombres. Presté atención mientras iban en orden alfabético. Pronto llegaron a la H. Me ubiqué en mi espacio asignado cerca del escenario. Miré a mi familia mientras me dirigía al frente. Sus sonrisas reflejaban la mía. Uno de sus sueños también se estaba haciendo realidad: no que su hijo obtuviera un título universitario, sino que yo viviera y que encontrara mi vocación; que alcanzara todo mi potencial como ciudadano, como padre, como marido; pero sobre todo, como hijo de Dios. Oí que decían mi nombre: "Richard Halversen", y avancé por el escenario hasta donde el presidente entregaba los títulos y felicitaba a los graduandos.

–Sr. Halversen, felicidades –dijo.

–Gracias –respondí mientras seguía caminando para salir del escenario.

Un momento muy breve, pero al que me aferro. Solo duró unos segundos, pero tenía eternidad en él. Representaba mucho más que una educación universitaria. Representaba una nueva vida.

Representaba segundas oportunidades. Era la prueba de que Dios realmente puede sacar a la gente de los lugares oscuros y rotos del mundo, de vuelta a la luz. La luz realmente brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la han vencido (Juan 1:5).

La graduación llegó a su fin con el habitual lanzamiento de birretes. Mi familia me encontró en el auditorio. Nos abrazamos. Me felicitaron. Se derramaron lágrimas de alegría. Salimos a comer juntos, y contamos historias y reímos durante la cena. Fue un día tan hermoso... ¡*Gracias, Dios, por un día tan hermoso!*

Capítulo 21

El predicador

Era sábado de mañana. El sábado. Mi primer servicio en mi primera iglesia como pastor. Todavía estábamos en proceso de mudanza; mi familia y yo habíamos llegado el viernes por la noche y nos alojamos en un hotel. Al día siguiente volveríamos a Tennessee para terminar la mudanza.

Miré a la congregación. Otra experiencia surrealista. Otro sueño que creía truncado, pero que Dios había hecho posible. Las cosas sucedieron muy rápido después de la graduación. Tuve dos entrevistas, dos oportunidades a considerar: una en ventas en una empresa de comunicación sanitaria –algo parecido a lo que había estado haciendo– y la otra, ser pastor en Montgomery, Alabama. Recordé cómo había surgido todo esto: una simple conversación con un amigo.

Me encontré con Chris en un restaurante. Chris y yo nos habíamos conocido en quinto grado. No lo había visto ni había pasado mucho tiempo con él mientras estaba en la adicción. En ese entonces no tenía tiempo para nadie. Así que, ahora estaba recuperando el tiempo perdido. Aquella noche hubo muchas risas. Siempre las había cuando Chris estaba cerca.

Chris me contó lo que había estado haciendo el verano pasado: auditar para la Asociación de los Estados del Golfo, donde trabajaba su padre. La Asociación de los Estados del Golfo era una sede regional de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Su padre formaba parte de la administración y era uno de los responsables de las contrataciones. No tenía intención de preguntar a Chris

por alguna vacante en la Asociación de los Estados del Golfo, solo quería recuperar el tiempo perdido con un querido amigo. Pero mientras Chris hablaba, pregunté, casi de pasada:

–Oye, ¿sabes si la Asociación del Golfo necesita un director de Comunicación? –pregunté.

–No estoy seguro. Puedo preguntarle a mi padre –respondió Chris.

–Sí, eso estaría muy bueno –dije.

Procedí a contarle sobre mi entrevista en Washington para la empresa de comunicaciones de sanidad, pero algo me impulsó a preguntarle sobre las comunicaciones para la iglesia. No pregunté nada sobre puestos de pastor. No tenía el título de teólogo. No creía que fuera posible, entonces no lo mencioné. Pero en el fondo, eso es lo que mi corazón me decía que hiciera.

Recuerdo que cuando era joven y crecía como hijo de pastor, eso era lo que quería hacer: quería ser un predicador como mi padre. Pero en algún momento, el sueño empezó a desvanecerse. La voz del llamado se hizo más suave. Ahora me daba cuenta de que no se había ido a ninguna parte, sino que había empezado a disimularla; a encubrirla con otras cosas que me parecían mucho más interesantes. Pero ahora la voz había vuelto, y más fuerte que nunca.

La velada llegó a su fin. Chris y yo nos fuimos por caminos distintos, y la idea de ser pastor desapareció casi tan rápido como había aparecido. Pero a la mañana siguiente recibí una llamada del padre de Chris.

"Chris me ha dicho que te sientes llamado al ministerio pastoral".

Me quedé sin palabras. Nunca había dicho nada de sentirme llamado al ministerio; al menos, creo que no dije nada. Lo sentí; ¡vaya si lo sentí! Pero no lo dije. De alguna manera, Chris lo oyó. Dios permitió que Chris oyera lo que yo realmente anhelaba pero tenía demasiado miedo de pedir.

–¡Sí! –declaré.

–Richie, nos encantaría que vinieras a la oficina y te reunieras con nosotros.

–Por supuesto. ¿Cuándo?

–Lo antes posible –dijo.

Seguimos hablando durante un par de minutos más, ultimando una hora que fuera posible para todos. Haría cualquier cosa para que funcionara. Habían pasado dos días desde mi entrevista en Washington, pero sabía que esto era lo que Dios me había llamado a hacer. Había huido del llamado, pero Dios es implacable. Continuó persiguiéndome.

Fui a las dos entrevistas. En ambas me fue bien. En ambas me ofrecieron un trabajo. En el puesto de ventas ganaría bastante más dinero. Pero yo ya sabía que el ministerio pastoral era lo que necesitaba hacer.

En el vuelo de regreso a casa desde Washington, escribí una oración a Dios:

"Querido Señor,

"Gracias por mi nueva vida. Gracias por estas nuevas oportunidades. Gracias por la oferta de Conner Communications. Pero, Señor, mi corazón está en el ministerio pastoral. En el fondo, es lo que siempre he sentido que me llamabas a hacer, incluso cuando tenía demasiado miedo de admitirlo. Señor, si abres esta puerta y me llamas al ministerio pastoral, seguiré adelante y no miraré atrás. Ya he malgastado demasiado mi vida. No voy a despilfarrarla más.

"Con amor, Richie".

Cuando volvía a casa después de la entrevista con la Asociación de los Estados del Golfo, Mel Eisele, el presidente de la Asociación, me llamó y me extendió la invitación para pastorear Montgomery First en Montgomery, Alabama. Dije que sí.

Ahora estaba sentado frente a la congregación. Mientras me preparaba para dar mi primer mensaje, una partecita de mí pensaba: *¿En qué estás pensando? ¿Qué podrías decirle a esta gente?* Pero entonces recordé que Dios me había dado un mensaje para compartir con los demás; un mensaje de esperanza.

Una vez oí decir a alguien que cada pastor tiene básicamente un solo sermón. Claro que predican sobre diferentes versículos, pero el mensaje central es siempre el mismo. Cuando me levanté para empezar a predicar, mi mente se dirigió a aquella primera noche en el Centro Walker, cuando oí la voz de Dios que me decía: "Richie, si sales por esa puerta, morirás, pero si te entregas a mí, te utilizaré para mi gloria". Él hizo todo lo que dijo. Siempre hace todo lo que dice. Tomó a un drogadicto,

quebrantado y vacío, y le dio esperanza. Me sacó de la nada y me convirtió en algo.

Capítulo 22

La oscuridad no prevalecerá

Camino por la playa descalzo. La arena fresca se adapta a mis pies. Dejo mi huella donde paso. Mi familia y yo hemos pasado todo el día en el agua. Taylor, nuestra nueva incorporación, corre hacia mí, toma un puñado de arena y lo lanza al océano. Es un lanzamiento espectacular, pero no alcanza su objetivo. No le importa. Está impresionado. Yo finjo que también estoy impresionado. Tomo a Taylor y lo lanzo al aire. Se ríe. No puedo evitar sonreír, completamente cautivado por este hijo mío incorrupto. Lo dejo en el suelo y lo persigo por la playa.

–Papá, atrápalo –grita Kaleb mientras lanza un balón de fútbol en mi dirección. Lo atrapo y se lo devuelvo.

–Por aquí –grita Tristen.

A continuación le lanzo el balón. Él se lo lanza a Hayley.

Taylor se acerca a mí y me pide la pelota de la forma típica en que lo hace un niño de dos años: con las manos extendidas y gritando: "¡Mío, mío, mío!" Nunca me he sentido tan bien como en este momento. Toda mi familia está reunida y en un mismo lugar. Soy verdaderamente feliz.

Brittney se acerca a mí y me toma la mano. Me sonríe. Su sonrisa lo dice todo. Hemos pasado por mucho juntos, por mucho dolor. Pero hemos aprendido a perdonarnos mutuamente y a vivir en una actitud de perdón. El matrimonio no funciona si no se vive con una actitud de perdón. No ha sido fácil; la adicción

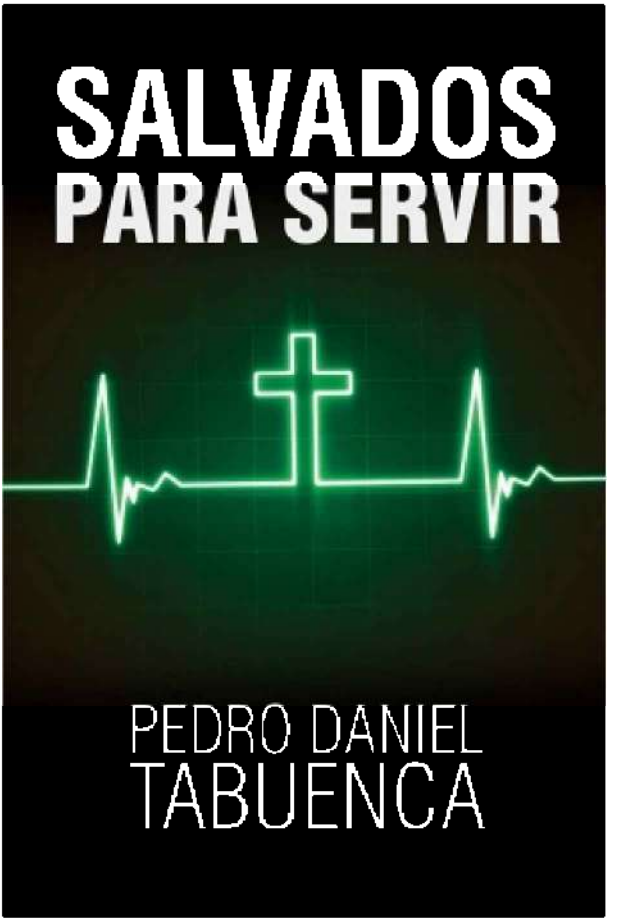
deja mucho que perdonar. No solo el adicto resulta herido, sino toda la familia. La adicción hiere a cualquier persona con la que entra en contacto. La adicción golpeó a mi familia con todo lo que tenía. Nadie salió ileso. No ha sido fácil. Brittney ha tenido que recibir tanta ayuda como yo. Ha tenido que enfrentarse a algunos de los problemas de su propia vida. Ese es el problema de la adicción: puede sacar lo peor de una persona. Hubo momentos, estoy seguro, en los que mi esposa tuvo ganas de rendirse. Hubo momentos en los que yo tuve ganas de rendirme. Pero no lo hicimos, y eso es lo que importa. Nos mantuvimos unidos, incluso en los momentos en que nos sentíamos increíblemente heridos por el otro.

Seguimos caminando por la playa con el sol poniéndose a nuestras espaldas. La luz dorada se extiende por el océano, incendiando las olas. Me recuerda a un experimento que hice una vez en la escuela cuando era niño.

"Una llama no tiene sombra", dijo nuestro profesor. Nos llevó al armario del conserje, la única habitación de la escuela sin ventanas. Nos apiñamos los 18. Apagó las luces y encendió un fósforo. Luego encendió una linterna e iluminó la cerilla. Tenía razón: Las llamas no tienen sombra. La sombra del fósforo estaba allí, pero no la sombra de la llama. La luz no tiene sombra. Me recuerda a Juan 1:5: "La luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la dominaron". Las tinieblas intentaron vencerme. Casi lo consiguieron. A veces, la oscuridad era lo único que podía ver. Pero el destello de la luz de Dios nunca me abandonó. Descubrí que los momentos que más oscuros parecen son aquellos en los que Dios está más cerca. En el momento en que me rendí a Dios, su luz superó la oscuridad. Es muy sencillo, pero no es fácil. Como Marvin siempre me decía: "No confundas lo simple con lo fácil".

La libertad no se consigue de la noche a la mañana. Se consigue un día a la vez. Una buena decisión a la vez. Con cada centímetro cuadrado de mi alma que entrego a Dios, ardo mucho más para él. Si te aferras a la luz, la oscuridad no te vencerá. Por años pensé que Dios era represivo; que si realmente quería brillar con fuerza, tenía que abandonar la seguridad de lo que había creído desde mi niñez. Pensaba que la libertad significaba no tener reglas. Ahora me doy cuenta de que la libertad se encuentra en encontrar las reglas adecuadas. La ironía es que dejé las enseñanzas de mi fe porque pensé que me impedían vivir una vida original y emocionante. Pero mi abandono me llevó a la existencia más monótona, predecible y aburrida que podía vivir; de acuerdo, quizá no aburrida, pero ciertamente miserable. No podía disfrutar de mis hijos, no podía disfrutar de mi esposa, no podía disfrutar de la vida. Las mismas cosas que hacía para "experimentar la vida" empezaron a desviar mi vida, una mala decisión tras otra. No hay nada original ni esclarecedor en la adicción. En realidad, es muy predecible porque siempre conduce a la cárcel o a la muerte. Pero Dios me rescató de mi oscuridad. Él ha hecho que mi vida arda con luz. Ahora me doy cuenta de que las vidas más originales, emocionantes y únicas, las que más brillan, son las de aquellos que viven de la forma en que fueron diseñados para vivir.

El sol ardiente sigue fundiéndose en el mar mientras la risa de mis hijos me arranca una sonrisa. No me preocupa quién fui una vez, excepto para recordar que no quiero volver atrás. Soy una nueva creación en Cristo. La gracia de Dios ha hecho arder mi vida. Ya no hay sombras que me persigan. Las llamas no tienen sombras. Mantendré la luz de Cristo encendida en mi vida para mí, para mi familia y para el mundo. Enciéndeme, Señor. Quiero brillar con fuerza por ti. La oscuridad no vencerá.



Salvados para servir

Tabuenca, Padro Daniel
9789877983968
216 Páginas

Este libro es un testimonio de vida narrado por el autor. Nos invita a acompañarlo en un recorrido por momentos significativos de su vida, y a través de relatos y recuerdos, nos

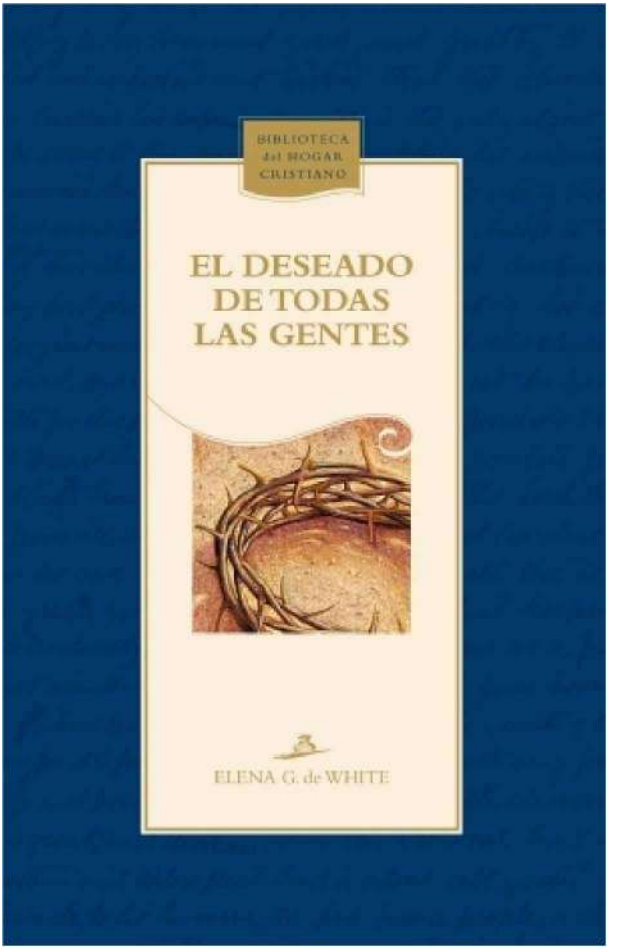
muestra cómo Dios hizo milagros en su vida. En el camino, nos habla de muchos milagros más que vio, de vidas sanadas, transformadas y salvadas para servir.

El conflicto de los siglos

de White, Elena G
9789877981391
767 Páginas

El mundo está al borde de una crisis estupenda; la más grande en la historia, la crisis final. Ante ese futuro omnioso, la presente obra expone una respuesta autorizada para la

confusión, el caos y la desesperación. Sus páginas contienen una explicación inspirada y al mismo tiempo clara del significado real de la historia humana durante los pasados 20 siglos, mostrándonos qué nos depara el presente siglo XXI y cómo va a terminar "la madre de todas las batallas". Al revelar el plan de Dios para la humanidad, este libro notable y atrapante puede llegar a ser el más importante que alguna vez usted haya leído.

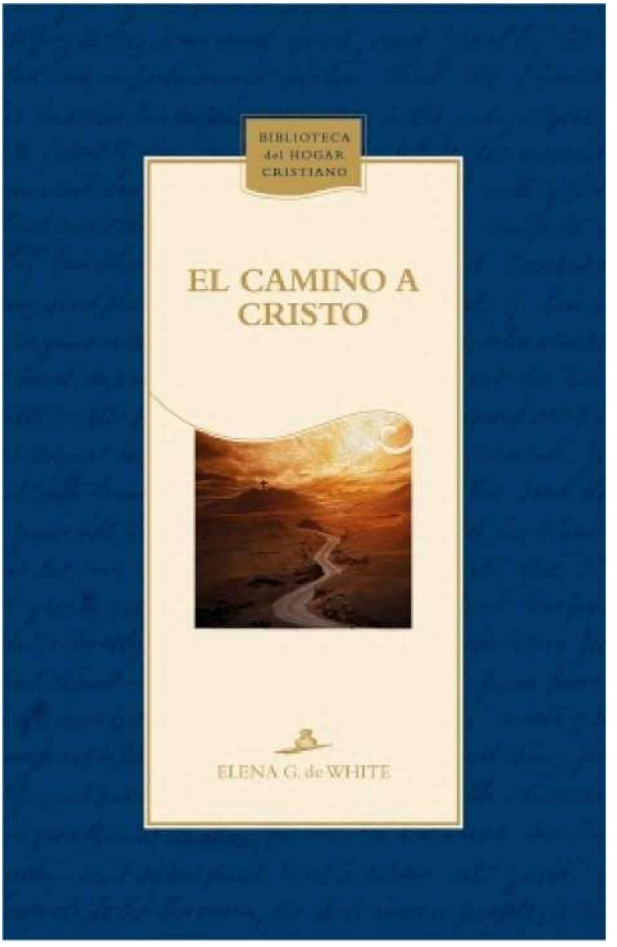


El Deseado de todas las gentes

de White, Elena G
9789877981384
797 Páginas

Esta obra presenta al Hombre que está en el centro de la historia de la humanidad. Y aunque todos sabemos que nadie ha tenido tan profunda influencia en la gente de este planeta

como Jesucristo… ¿Quién era él? ¿De dónde vino? ¿Por qué vino a este mundo? ¿Qué clase de vida vivió? ¿Dónde está ahora? ¿Volverá a la Tierra? Usted encontrará respuestas a estas y a otras preguntas vitales, al tiempo que su corazón se conmoverá mientras lea las frescas y vigorizantes páginas de este libro. Usted no solo aprenderá algunos hechos acerca de Jesús, sino que lo llegará a conocer como un Amigo personal, íntimo. Y sabrá por experiencia que solo él puede sarisfacer los deseos más profundos de cada ser humano.

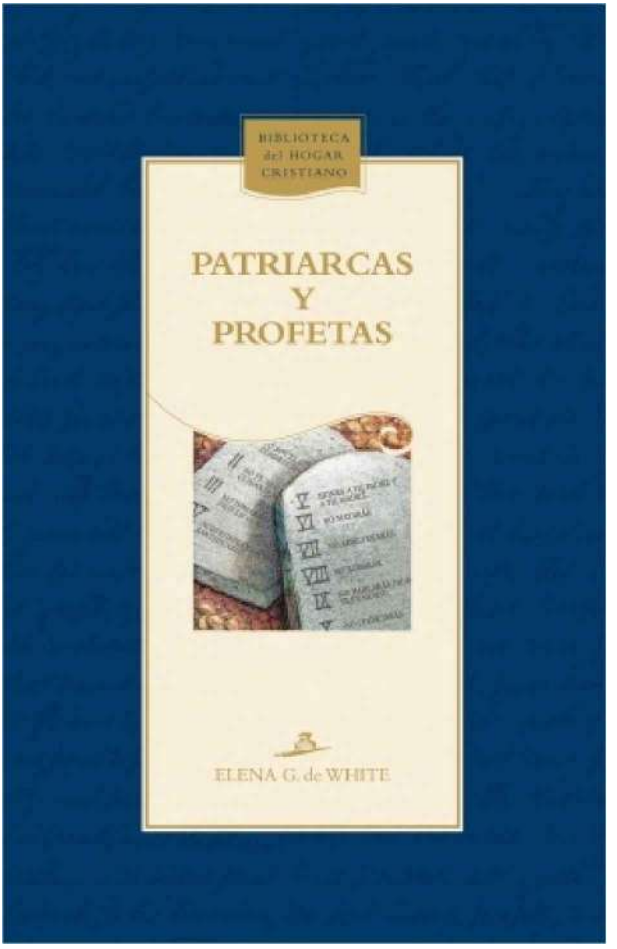


El camino a Cristo

de White, Elena G.
9789877981117
111 Páginas

Es imposible que escapemos por nosotros mismos del abismo de pecado en que estamos sumidos… Jesús vivió, sufrió y murió para redimirnos. El corazón de Dios suspira por sus hijos

terrenales con un amor más fuerte que la muerte. Aprovechemos los medios con que se nos ha provisto para ser transformados conforme a su semejanza y restituidos al compañerismo con los ángeles ministradores, a la armonía y comunión con el Padre y el Hijo.



Patriarcas y profetas

de White, Elena G.
9789877982084
845 Páginas

¿Cuál es el origen de nuestro mundo y del universo? ¿Cómo surgió el hombre y cuál es su futuro? ¿Siempre existió el mal? ¿Por qué somos como somos los humanos? Estas y otras

preguntas, que han intrigado a la mente humana en todas las épocas, se responden en esta obra. Este es un libro acerca del origen de las cosas y de "la madre de todas las guerras", librada a escala cósmica, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre el amor y el egoísmo, entre la justicia y la injusticia, entre la verdad y la mentira. Aunque está escrito en un lenguaje sencillo y directo, trata asuntos sublimes que conmueven hasta lo más profundo del corazón y despiertan las emociones más vivas de la mente. Su lectura se recomienda a todos los que se interesan por temas vitales que definen nuestro futuro.